LUCHADORES DEL ESPACIO

LA CONQUISTA de un IMPERIO



POR GEORGE H. WHITE

Invadidas la Tierra y Venus, aplastados sus ejércitos, la Abominable Bestia Gris se enseñorea de los planetas cristianos sometiendo a la Humanidad.

Solamente unos pocos millares de seres humanos han logrado escapar a la hecatombe huyendo en los últimos minutos a bordo del invencible autoplaneta *Rayo*. ¿Qué será de esos exiliados de la Tierra, forzados por un destino cruel a buscar una nueva patria entre los lejanos planetas inexplorados que gravitan en las inconmensurables profundidades del universo? ¿Encontrarán al fin un nuevo mundo donde proseguir la civilización que fue arrasada en la Tierra?

La conquista de un imperio abre una nueva puerta en esta serie de apasionantes novelas, y nos sorprende trasladándonos a un original mundo, donde los hijos de la Tierra asentarán los cimientos de una nueva y esplendorosa civilización.



George H. White

La conquista de un imperio

La saga de los Aznar - 7

ePub r1.2
Titivillus 13.10.16

Título original: *La conquista de un imperio*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LA CONQUISTA DE UN IMPERIO

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO I

APÁTRIDAS DEL COSMOS

Aunque una parte importante de su vida había transcurrido en este lugar, todavía hoy sentía Fidel Aznar la impresión de entrar en un santuario al pasar la puerta de la Sala de Control.

Aquí, detrás de los paneles de acero inoxidable de un muro de 157 metros de longitud, por 20 metros de altura, en una habitación de planta circular de 50 metros de diámetro, estaban almacenados toda la Ciencia, la Historia y la Filosofía de seis milenios de civilización.

En efecto, este era el santuario del omnisciente cerebro electrónico del autoplaneta “Rayo”.

Habitualmente la Sala de Control aparecía débilmente alumbrada con un resplandor rojizo que favorecía la lectura de los

indicadores, las pantallas de los ordenadores y los receptores de televisión.

Cuando llegaba uno del iluminado ascensor y entraba de repente en esta semipenumbra apenas veía nada, salvo el parpadeo de los diodos luminiscentes de los grandes cuadros de los ordenadores, y alguna pantalla de televisión funcionando. Después de un par de minutos los ojos se acostumbraban a esta suave luz roja y eran capaces de distinguir los objetos en rededor.

Al entrar Fidel Aznar en la Sala de Control estaba funcionando una de las cuatro pantallas grandes de televisión.

La luz que irradiaba de la pantalla iba a iluminar los rostros de un pequeño grupo de personas que permanecían atentas a las imágenes. En el centro de este grupo, sentados en cómodos sillones, estaban don Miguel Ángel Aznar y mister Richard Balmer, los hombres más viejos a bordo del autoplaneta “Rayo”, y probablemente los más viejos de todo el género humano.

Estos dos hombres extraordinarios habían vivido la segunda mitad del siglo XX. Pioneros de los viajes interplanetarios, de regreso de Venus, su cosmonave fue a estrellarse en un planeta vagabundo que se alejaba del sol a la respetable velocidad de 400.000 kilómetros por hora. La expedición terrícola permaneció dos siglos en aquel planeta. Al regresar a la Tierra encontraron ésta envejecida… ¡en cuatrocientos treinta años!

Pero aunque juntando sus edades sumaban entre los dos un milenio, su aspecto actual no era el de dos decrépitos ancianos. Más o menos aparentaban unos 60 años de edad, viéndose un poco más acabado mister Richard Balmer, el cual padecía una afección de corazón.

En circunstancias normales su aspecto debería haber sido todavía más joven, gracias a los progresos de la medicina moderna y a dos de sus ramas principales: la cirugía y la dietética.

Pero a bordo del autoplaneta “Rayo” las circunstancias no podían ser normales, ni sus tripulantes podían disfrutar de las ventajas y recursos que habrían encontrado de seguir en la Tierra. ¿Pero cuáles eran las circunstancias actuales en la Tierra?

Se ignoraban. Hacía cuarenta y tres años que el autoplaneta “Rayo”, nave del espacio esferoiforme, de
36,6

millones de toneladas de desplazamiento, había zarpado de la Tierra en circunstancias altamente dramáticas.

Hacía cuarenta y tres años la Bestia Gris, una raza extragaláctica aposentada en Marte, había lanzado sus poderosas escuadras siderales de combate contra la Tierra y Venus, aniquilando la heroica resistencia de terrícolas y venusinos.

En el último momento, cuando ya todo estaba perdido y era inminente la derrota de los terrícolas, Miguel Ángel Aznar había tomado a bordo de su autoplaneta “Rayo” a 5.750 españoles, gran parte de los cuales eran notabilidades en las más diversas ramas del saber: científicos, técnicos, investigadores y especialistas, médicos, artistas y filósofos.

La tentativa de Miguel Ángel Aznar no tenía precedentes en la Historia. Se trataba de buscar en los remotos rincones del Universo un planeta donde las condiciones de vida fueran favorables para el ser humano, un mundo, en suma, donde estos exiliados pudieran continuar la civilización terrícola.

La experiencia había venido a dar la razón a la teoría de los más eminentes astrónomos, en el sentido de que los mundos habitables constituían una rareza en la inmensidad del Cosmos.

Sin embargo, el Universo era tan grande, tan numerosas las estrellas que, a pesar de todo, el número de mundos, habitados o habitables, debía ser considerable.

Se calculaba que solamente la Vía Láctea debía comprender 30.000 millones de soles. Los soles que no tenían planetas, los que no eran otra cosa que radiantes globos incandescentes, constituían la regla. Los soles que poseían algunos planetas eran raras excepciones. Más aún así, si de entre este enjambre de soles sólo uno entre un millón poseía al menos un planeta habitable, la Vía Láctea debería tener… ¡treinta mil mundos susceptibles de ser habitados!

Pero el espacio ocupado por la Vía Láctea no era todo el Universo, sino solamente una parte de él. Innumerables enjambres de estrellas se encontraban fuera de la Vía Láctea… unos dos millones calculando por bajo. Y muchos de estos universos-islas eran más nutridos en estrellas que la propia Vía Láctea.

No era exagerado suponer que cada una de estas galaxias comprendía, en cifras redondas, mil millones de soles. Por

consiguiente, los dos millones de galaxias deberían albergar 2.000 billones de soles.

Si solamente uno de cada millón de soles poseía un planeta habitable, deberían existir por lo menos 2.000 millones de mundos con posibilidad de albergar alguna forma de vida.

Después de 43 años de búsqueda infructuosa, el "Rayo" había encontrado un sol de características semejantes al Sol de la Tierra; un sol metálico en el que ardían vapores de hierro, de zinc, de estaño, de calcio y sodio.

Tres planetas giraban en torno a este sol. De ellos había dos que poseían una atmósfera de nitrógeno, oxígeno y vapor de agua en proporciones semejantes a la de la Tierra. Uno de estos planetas estaba cubierto por un solo y uniforme océano, del que solamente sobresalían algunas pequeñas islas. En el segundo, el telescopio electrónico había revelado la existencia de océanos y continentes. Además, el análisis espectroscópico había denunciado la presencia de clorofila, indicio inequívoco de la existencia de plantas.

Sin embargo… ¡oh, decepción! Aquellos dos últimos planetas eran mucho más grandes que la Tierra. El hombre de la Tierra, trasplantado a uno de estos mundos, estaría sometido a tremendas fuerzas de gravedad que le impedirían mover un sólo miembro. Su corazón no tendría fuerza suficiente para impulsar la sangre por las venas, y el terrícola necesariamente moriría.

Los desdichados hijos de la Tierra jamás podrían poner su planta sobre este hermoso y gigantesco planeta. Sin embargo, el "Rayo" se disponía a situarse en una órbita de satélite alrededor de aquel mundo. ¿Para qué?

La respuesta a esta pregunta estaba expuesta en un informe de veinte folios mecanografiados que desde hacía varios días estaba sobre la mesa de trabajo del comandante de la nave, don Miguel Ángel Aznar. En este informe se exponía de manera concluyente la angustiosa situación en que se encontraba el autoplaneta, la cual podía resumirse de este modo:

Después de cuarenta y tres años de funcionamiento ininterrumpido, la planta eléctrica de energía nuclear estaba quemando los últimos kilogramos de uranio. Este uranio era el total de la materia fisionable que quedaba a bordo de la astronave, después de recuperar el de las pilas atómicas de los aparatos aéreos

de la flotilla de combate del “Rayo”, y las cabezas explosivas de todas las bombas y missiles, incluso la munición pequeña de cañones y armas automáticas.

El funcionamiento de la planta de energía eléctrica era vital para la supervivencia del autoplaneta mismo y de los seis mil cuatrocientos ochenta tripulantes.

La energía eléctrica hacía funcionar los motores fotónicos de la nave y el gigantesco cerebro electrónico que ordenaba la vida toda a bordo de aquel pequeño mundo en movimiento.

El “Rayo”, antes de zarpar de la Tierra, había tomado a bordo enormes cantidades de provisiones y de agua, de petróleo y substancias químicas, materiales y productos de la más variada índole; es decir, todo lo necesario para garantizar la supervivencia de los tripulantes y la misma astronave por un largo período de tiempo.

Sin embargo, con el curso de los años, las provisiones se habían ido agotando, lo mismo que el agua y el oxígeno en su estado natural.

En la actualidad, la tripulación del “Rayo” se autoabastecía obteniendo sus alimentos, el agua y el aire por medios muy tecnificados, a partir de la materia de que estaban constituidas las rocas.

Las rocas se encontraban en cualquier parte del Universo, y ni siquiera había que ir a buscarlas. En forma de astrolitos estaban estrellándose continuamente contra el férreo casco del “Rayo”, donde estallaban convirtiéndose en polvo.

Máquinas de una gran complejidad tomaban este polvo, rompían su estructura molecular, modificaban sus átomos y los convertían en átomos de hidrógeno y oxígeno.

Mezclando 78 partes de nitrógeno, 21 de oxígeno y una de argón, se obtenía el aire necesario para la respiración de los tripulantes. Con dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno se obtenía agua, otro de los elementos indispensables para la vida del hombre. Por destilación del aire líquido se obtenía nitrógeno.

Gran parte de esta portentosa cosmonave estaba ocupada por estas máquinas y otras que obraban aún mayores prodigios.

Operando químicamente con el agua, el oxígeno y el carbono se lograba obtener aminoácidos, combinados de veintisiete maneras

distintas, base de la fabricación de proteínas.

La respiración de los 6.480 tripulantes del “Rayo” daba como residuo anhídrido carbónico, el cual se utilizaba para la obtención de hidratos de carbono, utilizando el delicado proceso de fotosíntesis, que era el mismo que realizaban las plantas a través de la clorofila. Los hidratos de carbono eran la base de la obtención de azúcares.

Los cosmonautas disponían, además, de dos enormes estanques de 12 hectáreas de superficie dedicados simultáneamente al cultivo de algas. Las algas eran grandes productoras de oxígeno y proteínas naturales. En estos estanques se criaban también varias especies de almejas y mejillones de alto valor nutritivo.

Todo a bordo del autoplaneta “Rayo” era un proceso en cadena, un perfecto equilibrio entre el consumo y la obtención de calorías. Sin embargo, había algo que estaba consumiendo materia en un continuo desgaste. Era el reactor nuclear.

La energía eléctrica era la base de todo aquel intrincado proceso. No sólo era necesaria para la obtención de oxígeno, de agua y de proteínas. Sin electricidad no sería posible impulsar, dirigir ni frenar la cosmonave.

La carestía de uranio no había surgido en un día ni un año. Simplemente era un problema que venía de lejos y se agudizaba de hora en hora mientras el “Rayo” devoraba kilómetros volando a través del espacio a la fantástica velocidad de 240.000 kilómetros ¡por segundo!

Desde hacía un año, el “Rayo” venía frenando su tremenda velocidad para aproximarse al Sol metálico. Esta maniobra había implicado un consumo considerable de energía adicional, ya que mientras viajaba por el espacio y con sólo el impulso adquirido, el “Rayo” no tenía necesidad de utilizar sus motores. Mas para frenar aquella enorme mole, el “Rayo” tenía que gastar igual de energía que gastara mientras aceleraba hasta conseguir aquella tremenda velocidad.

En el informe presentado conjuntamente por los profesores Valera, Castillo y Ferrer, se exponía claramente la situación, justificando el alto consumo de energía de los últimos meses, a la vez que insistiendo en la ineludible urgencia de obtener uranio de alguna parte. Y esta no podía ser otra que los planetas que estaban

a la vista del “Rayo”.

Si, como resultaba evidente, aquellos planetas no podían ser pisados por el hombre, el “Rayo” debería continuar su viaje en busca de otro planeta más afín a las características del terrícola, aunque tardara otros cuarenta y tres años en encontrarlo.

Sin embargo, antes de proseguir viaje, los hombres del “Rayo” tendrían que obtener uranio de alguno de estos planetas. De lo contrario, al pararse el reactor nuclear que movía las turbinas de la planta eléctrica, el “Rayo” quedaría convertido en un planetillo del Sol, o en satélite perpetuo de alguno de los planetas.

Probablemente, aún en tan adversas condiciones, el ingenio de los tripulantes del “Rayo” encontraría la forma de sobrevivir. Grandes paneles de células fotoeléctricas transformarían la luz del Sol en electricidad. Se incrementaría el cultivo de algas, que además de nutrir a la población del satélite proporcionarían oxígeno vitalizador. Los cosmonautas no morirían. ¿Pero qué clase de vida sería la que les deparaba el futuro, condenados a vivir a perpetuidad en un satélite artificial? ¿Valdría la pena prolongar su vida en tan difíciles condiciones?

De momento, sin embargo, los cosmonautas no se encontraban todavía en tan apurada situación. La planta de energía eléctrica todavía seguiría funcionando por unos días más, no muchos. Si el hombre, por su propia constitución, no podía poner su planta sobre aquellos mundos, las máquinas del hombre podrían hacerlo…

Aeronaves dirigidas por control remoto, repletas de instrumentos de gran precisión, volarían a poca altura sobre los continentes de aquel hermoso planeta que los tenía y detectarían la existencia de los yacimientos de uranio.

Localizados los yacimientos se enviarían allá poderosas máquinas excavadoras que, insensibles a la fuerza de gravedad, removerían el suelo y extraerían el precioso mineral, cargándolo en las aeronaves que lo transportarían al “Rayo””.

Aparte del uranio se obtendrían otros valiosos elementos, tales como agua, oxígeno, petróleo y minerales. Tal vez incluso frutos y peces.

El “Rayo”, en cualquier caso, quizás tuviera que permanecer tres o cuatro años convertido en satélite del planeta hasta completar su reabastecimiento, antes de estar en condiciones de reemprender

viaje en busca de un nuevo mundo.

Esto en sí ya era un consuelo, aunque no valía en modo alguno para los astronautas del “Rayo”, la mayoría de los cuales se habían anticipado a los acontecimientos… dando por seguro que en alguno de aquellos planetas iban a encontrar su segunda patria. Incluso habían bautizado a este mundo de promisión con un nombre, Redención.

Cuando el joven Aznar entró en la Sala de Control, la resplandeciente imagen de Redención llenaba completamente la gran pantalla.

Parándose en la semipenumbra, junto al pupitre de una computadora, Fidel Aznar contempló por un momento aquella cabeza familiar, la cabeza cubierta de cabellos blancos de aquel hombre extraordinario que era su padre.

En ambos, padre e hijo, se acusaban los mismos rasgos enérgicos —barbilla prominente, cuadrado el mentón—, la misma nariz aquilina, la altiva y despejada frente y el corte inconfundible de la nuca que distinguía a los Aznar.

Sólo en los negros ojos se apreciaba una diferencia. En el viejo, la mirada apagada del hombre que ha vivido mucho y contempla la vida bajo el cristal de pasadas y abundantes decepciones. En el otro, la luz vivaz de una inteligencia ágil e imaginativa, reflejando todo el vigor de una exultante juventud que mira de cara al futuro con ilusión y esperanza.

Eran iguales, y sin embargo distintos. Un hombre al final del camino, y otro hombre al principio del camino. Quizás con los años acabaría Fidel siendo un viejo gruñón, como su padre. Y quizás llegara también un día en que se sentiría directamente llamado por Dios para llevar a cabo una importante y difícil misión, que él y nadie más sería capaz de llevar a cabo.

Éste era el caso de don Miguel Ángel Aznar, el hombre que había regresado providencialmente del pasado tripulando una cosmonave fabulosa, como no existía ninguna en el mundo.

Algún historiador exaltado, al escribir la biografía de don Miguel Ángel Aznar, quería ver en este hecho sorprendente la intervención directa de la voluntad de Dios, quien había señalado expresamente a Miguel Ángel Aznar para que salvara a la Humanidad y la proyectara hacia las estrellas en busca de un glorioso futuro.

Lo malo del asunto, a juicio de Fidel, era que el propio don Miguel Ángel participaba consciente o inconscientemente de la misma creencia. Como un moderno Moisés, don Miguel Ángel Aznar pretendía ser el conductor del pueblo de Dios, a quien éste había reservado la misión de conducirlo hasta una nueva Tierra de promisión.

Durante las últimas semanas, mientras el “Rayo” frenaba su impulso para acercarse a los planetas, cuando todavía existía una bien fundada esperanza de que el terrícola pudiera habitar alguno de aquellos mundos, don Miguel Ángel Aznar había vivido una especie de enajenamiento. Fueron unos días felices para el viejo luchador, que veía así realizados sus secretos presagios.

Luego vino la decepción. Los dos planetas que tenían atmósfera y océanos eran de tamaño sensiblemente parecido; 22.000 kilómetros de diámetro en números redondos. Su masa debería ser, a juzgar por el tamaño, cinco veces mayor que la de la Tierra. Un hombre que en la Tierra pesara 70 kilos, pesaría sobre Redención más de 350.

Imposible por lo tanto que el hombre pusiera sus plantas sobre ninguno de estos colosos. La fuerza de gravedad le impediría moverse. Literalmente le aplastaría.

Y ahora, ¿qué se llevaban entre manos los hombres de la Sala de Control?

Las computadoras estaban trabajando. El profesor Valera y Verónica Balmer permanecían atentos a los datos que la máquina iba escribiendo velozmente sobre una tira de papel.

De pie, junto a don Miguel Ángel Aznar, estaba Ricardo Balmer. Verónica y Ricardo eran los dos únicos hijos de Richard Balmer, un norteamericano compañero de aventuras de Miguel Ángel Aznar.

Nacidos casi al mismo tiempo, Ricardo y Fidel se habían criado como hermanos. Verónica, una guapa chica de cabellos cobrizos, ocupaba en el afecto de Fidel el lugar de la hermana que no tuvo nunca. Los Balmer, a su vez, no sólo querían a Fidel, sino que sentían verdadera veneración por el viejo Aznar.

Fidel se movió lentamente acertándose al lugar donde Verónica Balmer y el profesor Valera se inclinaban sobre la máquina traductora de datos.

—¡Hola! —saludó—. ¿Qué ocurre? ¿Qué fue ese tirón que

sacudió a la ciudad y tanto alarmó a la gente?

—¡Aquí está! —exclamó el profesor Valera arrancando un pedazo de papel repleto de cifras—. ¡Es increíble!

—¿Qué es increíble? —preguntó Fidel.

El astrónomo no atendía. Con el pedazo de papel en la mano se dirigió rápidamente al lugar donde el viejo Aznar contemplaba las imágenes de la pantalla con el ceño fruncido. Verónica le siguió, y Fidel echó detrás de la chica. Había más de 20 operarios en la Sala de Control, inmóviles ante los cuadros de mandos e indicadores, siguiendo atentamente los movimientos del profesor Valera.

—Bien, parece que ahora estamos en la órbita correcta —dijo el profesor Valera—. Si es así…

—¿Parece? —gruñó el viejo Aznar—. ¿Para qué demonios nos sirve tener el mejor cerebro electrónico del mundo si luego no saben utilizarlo? ¿Qué quiere decir con eso de "parece"? ¿Es que no está seguro?

Era difícil el trato con don Miguel Ángel Aznar. Obstinado, gruñón, sus invectivas solían levantar bambolla, especialmente en el sensible amor propio de los técnicos más jóvenes.

El señor Aznar tomó bruscamente el pedazo de papel.

—Enciendan las luces —ordenó secamente.

Un joven auxiliar apretó diligentemente un botón en el cuadro de mandos a su cargo. Se encendieron las luces blancas de la Sala de Control.

El viejo Aznar trató de leer el papel, alejando éste de sus ojos como era habitual en los individuos de vista cansada.

—No veo, no tengo aquí mis gafas —gruñó devolviendo el papel a Valera—. Dígame, ¿hemos llegado a alguna conclusión, sí o no?

—Al parecer… —Valera se interrumpió carraspeando, corrigiéndose—: Es evidente que hemos sido engañados por el tamaño de este planeta. Le calculamos una masa de acuerdo con su volumen, pero estábamos en un error. Esto lo hemos podido constatar al tratar de fijar al "Rayo" en una órbita de satélite. De acuerdo con nuestros primeros cálculos, al parar los generadores, el "Rayo"" debería mantener la velocidad y la distancia que habíamos dispuesto. No ocurrió así, y el "Rayo" se nos fue a una órbita inesperada. La razón de todo ello es sorprendente. Pese a su volumen, la masa de ese planeta es aproximadamente igual a la de

la Tierra.

—¡Válgame Dios! ¿He oído bien? ¿No se habrán equivocado de nuevo? —exclamó don Miguel Ángel Aznar crispando sus manos sobre los brazos del sillón.

—La materia de ese planeta debe ser como piedra pómez, muy ligera. Algo realmente raro.

—No me importa si es de piedra pómez o algodón. Veo océanos, bosques y montañas… y esas montañas parecen por lo menos tan consistentes como el Himalaya. Lo que quiero saber es si podemos posar nuestro orbimotor allí y desembarcar a nuestra gente —dijo el señor Aznar con voz excitada.

—Repetiremos todas las operaciones de cálculo si usted quiere.

—Sí, quiero tener la certeza de que esta vez no nos hemos equivocado. ¿Cuánto tardarán?

—Sólo unos minutos. Se trata de un problema muy sencillo —respondió el profesor Valera.

El viejo Aznar asintió con la cabeza, despidiendo al sabio con un seco ademán. Los ojos del anciano luchador brillaban como carbones. Miró a su alrededor y sus ojos se encontraron con los de Fidel. Había una expresión de desafío en la mirada de don Miguel Ángel Aznar, algo también como reproche. Porque Fidel había dudado, pero el viejo Aznar siempre estuvo seguro.

Seguro de que aquella era la Tierra de promisión por la que llevaban buscando cuarenta y tres años en el inmenso desierto del Cosmos.

CAPÍTULO II

TIERRA DE PROMISIÓN

El “Rayo”, nave del espacio, era una máquina de particular concepción. Su forma externa era la de una esfera de 220 metros de diámetro, rodeada en su parte ecuatorial o media por un anillo de 600 metros de diámetro y 20 de grosor.

El anillo externo daba a la nave un curioso parecido al planeta Saturno, y dividía a la esfera en dos partes iguales. La sección que quedaba abajo estaba dividida en una serie de plantas de altura variable, que comprendían hangar y laboratorio, hospital, almacenes, cámara de control, sala de máquinas, reactor nuclear y depósitos de agua, lubricantes y petróleo, formando el conjunto un intrincado laberinto de corredores y escaleras.

En la sección superior, por el contrario, todo era espacio libre, luz y amplitud. Allí las paredes se elevaban sin obstáculo cerrando en forma de cúpula a 190 metros de altura sobre el nivel del suelo, cubriendo una superficie de 125.000 metros cuadrados, en la que se levantaban cuatro esbeltos rascacielos de mármol y cristal, de 60 pisos.

Estos bellos edificios, de 2.500 metros cuadrados de superficie, cubrían en total 10.000 metros alrededor de una amplia plaza de 100 metros de lado, quedando alrededor de ellos un espacio libre de 105.000 metros cuadrados destinados a campos de deportes y áreas de esparcimiento.

Esta original concepción del “Rayo”, la primera y auténtica ciudad del espacio, una ciudad que albergaba a 6.480 habitantes confortablemente instalados en apartamentos de carácter familiar, regidos por leyes y ordenanzas como cualquier otra ciudad, con su

alcalde y sus ediles, y sus servicios de Policía, Sanidad y Salud Pública.

Hacía solamente una hora que el profesor Valera ratificara las prometedoras perspectivas de habitabilidad del planeta, y la noticia era todavía un secreto para la mayoría de los habitantes de la ciudad, cuando Fidel Aznar, Verónica y Ricardo Balmer entraron en el espacioso ascensor que les condujo rápidamente hasta el hangar situado bajo el suelo de la ciudad.

Su misión era efectuar un vuelo de reconocimiento hasta el planeta, aterrizar en él y tomar diversas muestras para determinar el contenido bacteriológico del aire, la tierra y el agua del mar. También tomarían especímenes vegetales, y animales en el caso de que estos existiesen en alguna forma.

Un equipo científico iba a formar parte de esta expedición, formando parte del mismo personajes tan ilustres en sus especialidades como el profesor Castillo, el profesor Valera y el doctor Durero con sus ayudantes.

El hangar bajo la ciudad, en forma de corona de círculo, tenía un área de 80.000 metros cuadrados. Aquí, en otros tiempos, se alineaban los cincuenta destructores y los doscientos pequeños cazas familiarmente conocidos por “zapatillas volantes” que formaban la dotación del “Rayo”.

De aquella reducida, si bien que potente flotilla, sólo quedaban cinco destructores y veinte cazas. El resto quedó en la Tierra luchando contra las escuadras de la Bestia Gris, cubriendo la retirada del “Rayo” cuando éste zarpó en mitad de una furiosa batalla aérea sobre Madrid.

El destructor “Navarra”, como todos los de su tipo, era una aeronave fusiforme de 60 metros de eslora. Su aspecto general recordaba mucho el de los submarinos que estuvieron en uso en el siglo XX, incluso por la torrecilla que sobresalía de la parte superior hacia el centro del esbelto casco.

No era de extrañar este parecido, ya que realmente los destructores del tipo “Navarra” estaban capacitados para operar lo mismo en el espacio exterior que en la atmósfera o bajo el agua.

La propulsión, por medio de iones excitados, la proporcionaban dos motores situados a popa, donde se advertía la presencia de un robusto timón. Toda la aeronave aparecía pintada de un color

amarillo brillante.

El espacioso hangar, donde Fidel Aznar y sus amigos se reunieron con el equipo científico, estaba ocupado en su casi totalidad por grandes máquinas de obras públicas; excavadoras, “bulldozers”, compactadoras, apisonadoras, palas cargadoras, camiones “dumper”, grúas, locomotoras eléctricas y vagonetas.

Ésta era solamente una parte del copioso material que el “Rayo” había tomado a bordo antes de emprender su histórico viaje a lo desconocido. En otras dependencias de la cosmonave se guardaban otras máquinas destinadas a la colonización del nuevo mundo que Miguel Ángel Aznar esperaba encontrar en algún apartado lugar del Universo.

El mundo largamente buscado estaba allí, bajo el “Rayo”, y era lógica la excitación que en este momento dominaba entre los expedicionarios.

El personal de servicio del hangar daba los últimos toques a la aeronave alistándola para el vuelo.

Una curiosa particularidad de los destructores y las “zapatillas volantes” era que mientras permanecían inactivos en el hangar no descansaban sobre ningún punto de apoyo, sino que flotaban en el aire como globos, amarrados a un metro de altura sobre el suelo.

Los cascos de estas aeronaves, como el casco del autoplaneta “Rayo”, estaban hechos de “dedona”, un exótico metal 40.000 veces más pesado que el hierro común, cuya más notable propiedad era la de crear un campo de fuerza magnético bajo determinada inducción eléctrica. Bajo estas condiciones la “dedona” rechazaba la fuerza de atracción de las grandes masas, comportándose de forma parecida a la antimateria.

Para mantener a las aeronaves en permanente ingravidez se las tenía conectadas por medio de gruesos cables eléctricos a la red general del autoplaneta.

Respecto al “Navarra”, el personal del servicio de entretenimiento había puesto en marcha el reactor atómico de la aeronave. Desconectada de la red general, ésta flotaba ahora por sus propios medios.

—Procedamos a llenar los tanques de oxígeno. En media hora estará lista para zarpar —informó el oficial de servicio a la pregunta de Fidel Aznar.

Los expedicionarios se dirigieron en grupo al almacén de pertrechos para proveerse de los indispensables trajes de vacío. Un equipo ligero de tela impermeabilizada, con escafandra y botellas de oxígeno a la espalda, hubiera sido lo apropiado para este caso, pero la mujer encargada del almacén opuso algunos reparos al deseo de los expedicionarios.

—El equipo lleva más de cuarenta años sin usarse y acusa el paso del tiempo. El tejido impermeabilizado aparece agrietado, y corren el riesgo de que se raje con el uso. ¿Por qué no se llevan un equipo de combate? Tenemos miles, de todas las tallas.

—¡Pero esas armaduras son muy pesadas! —protestó Ricardo Balmer.

—No son tan pesadas, aunque tal vez resulten poco cómodas —objetó Fidel Aznar—. Además, un equipo de combate es tan hermético como el mejor traje espacial, lleva incorporado una radio y también amplificador para la recepción de los sonidos del exterior. Quiero oír el rumor de las olas y el susurro del viento en las copas de los árboles. Yo me quedo con la armadura.

Los demás decidieron hacer lo mismo, visto las escasas garantías de hermeticidad que ofrecían los trajes de tela.

El equipo de combate venía a ser como el obligado uniforme del soldado moderno. Consistía en esencia de una armadura completa y una escafandra metálica con frente de cristal azul. Tanto la armadura como el calzado y la escafandra eran de titanio y tenían un revestimiento interior de amianto complementado con acolchado de espuma de caucho.

Pese al ligero material de que estaban construidas estas armaduras, todavía resultaban pesadas, eran muy incómodas y daban al que las vestía un aspecto macizo y grotesco. Una ligera joroba alojaba entre dobles paredes un depósito de oxígeno capaz para cuatro horas.

Después de ser llenados los depósitos de oxígeno y recibir cada uno las pilas de cadmio y níquel para alimentar al aparato de radio individual, los expedicionarios regresaron al hangar vistiendo las armaduras de titanio, llevando sus respectivas escafandras bajo el brazo.

Junto a la rampa de acceso al aparato, el oficial del servicio de entretenimiento presentó a Fidel una nota de las verificaciones

efectuadas sobre la aeronave. Fidel repasó concienzudamente la lista, puso su firma al pie y guardó una copia diciendo a los que esperaban:

—Adelante, todos a bordo.

Fidel accedió el último a la nave, apretando el botón eléctrico que cerraba la escotilla y contestando con un ademán al saludo de despedida de los hombres del hangar que les contemplaban con envidia.

Mientras a bordo del "Navarra" los tripulantes se dirigían a sus puestos, una sección rectangular de 80 metros de largo por 20 de ancho se desprendió del techo y descendió colgando de cuatro robustas columnas de acero.

Seis hombres del hangar se dirigieron al "Navarra" y los empujaron, desplazando suavemente y sin esfuerzo la mole de 60 metros de longitud, hasta dejarla entre las cuatro columnas. Luego, apenas el "Navarra" había quedado inmóvil, el montacargas empezó a subir, empujando a la aeronave por debajo.

Al detenerse el montacargas, poco después, el "Navarra" se encontraba en el interior de una larga esclusa cerrada por ambos extremos. Para entonces, Fidel Aznar se encontraba ya sentado ante los mandos de la aeronave, comunicado por radio con la Sala de Control de Vuelos.

—Aquí destructor sideral "Navarra" solicitando permiso para salir.

La respuesta llegó inmediatamente:

—Atención, "Navarra". En la esclusa y listos para ser lanzados.

—Aquí el "Navarra". Estamos preparados.

—Allá van. Buena suerte.

La puerta de la esclusa se abrió ante la proa del destructor. La esclusa estaba llena de aire a presión normal, y más allá de la puerta estaba el vacío absoluto. La brusca apertura de la puerta provocó una salida súbita del aire contenido en la esclusa, y éste empujó también a la aeronave lanzándola suavemente fuera.

La cabina de mando carecía de ventanas, pero ante el piloto y el copiloto, que en esta ocasión era Ricardo Balmer, se extendía una larga y curvada pantalla panorámica de televisión.

Al transponer la puerta de la esclusa, la nave se encontró bruscamente en mitad del espacio, con el Sol y las estrellas

brillando a la vez sobre el fondo de un cielo totalmente negro.

El “Navarra” se movía en la órbita del “Rayo” y para abandonar ésta, Fidel encendió los motores de popa. La leve presión sobre un botón de la consola provocó el disparo de un chorro de iones por una pequeña tobera situada en la parte superior de la proa.

El destructor bajó la proa, apareciendo en la pantalla el gigantesco disco plateado del planeta. En éste se distinguía el contorno de los continentes bañados por los mares. La tierra se ocultaba en extensas zonas bajo el mundo de las nubes, y se veía también el borde de uno de los casquetes polares.

—Es hermoso visto desde aquí —dijo Ricardo Balmer.

—Conecta el altímetro radar —dijo Fidel, sin dejar traslucir en su voz la gran emoción que le embargaba.

El “Navarra” descendía con rapidez acelerada. En la pantalla, las imágenes parecían estirarse, como un mapa dibujado sobre un globo que estuviera hinchándose. Se apreciaban cada vez con mayor nitidez los detalles de la geografía del planeta. En mitad del océano se destacaba el contorno de una gran isla.

A mil kilómetros de altura Fidel apagó los motores y conectó el sistema de reacción. En astronáutica se entendía por reacción la fuerza de rechazo que la materia llamada “dedona” tenía la propiedad de ejercer contra la masa. Esta reacción era directamente proporcional a la densidad de la masa, e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia, pero podía dosificarse aumentando o disminuyendo la intensidad de la corriente eléctrica por medio de la cual era inducido este supermetal.

El “Navarra”, en caída libre hacia el planeta, era frenado por la fuerza de rechazo de la “dedona” del casco de la aeronave, y esta fuerza actuaba con mayor energía a medida que el “Navarra” perdía altura. Imperceptible, al principio, iba haciéndose notar por momentos. Era como si una masa algodonosa frenara a la nave oponiendo una resistencia blanda y enérgica a la vez.

El ordenador de a bordo controlaba ahora la maniobra, manteniendo aquella frenada en unos límites soportables para la integridad física de los tripulantes.

A 100 kilómetros de altura sobre la superficie del planeta, el destructor sideral “Navarra” encontró las altas capas de la atmósfera. Ésta, a su vez, también actuaba como un colchón

amortiguador. Los cuerpos de los tripulantes se hundieron un poco más en el mullido de sus asientos de conformación anatómica. Sus miembros se tornaron ligeramente más pesados, y eso fue todo.

A 10.000 metros de altura, el "Navarra" detuvo su caída. La reacción de la "dedona" equilibraba la fuerza de gravedad del planeta. Fidel Aznar tuvo que mover la palanca ligeramente para que el navío perdiera lentamente altura.

De nuevo encendió los motores iónicos de popa. El destructor empezó a moverse hacia adelante mientras seguía perdiendo altura. Volaban sobre el océano.

Ésta era una experiencia inédita para la tripulación del "Navarra", quienes por vez primera en su vida contemplaban el mar "auténtico". Pero la aeronave carecía de ventanas. Sólo podían mirar al exterior a través de la pantalla de televisión, y aunque ésta les ofrecía imágenes perfectas, en colores reales y con cierta sensación de profundidad, no podía decirse en justicia que aquella fuera una imagen "de verdad".

—¡Qué hermoso es el mar! —exclamó Verónica extasiada, a espaldas de los pilotos.

—¡Lo que daría yo por darme una zambullida! —dijo a su vez Ricardo.

—¡Atención, tierra a la vista! —exclamó Fidel.

Volaban muy aprisa a mil metros sobre el mar. Allá lejos, difuminada por una tenue neblina, se advertía una masa azulosa como una cordillera. Casi por sorpresa vieron mucho más cerca una masa verde y compacta, y a continuación una línea blanca… la espuma de las olas rompiendo en los arrecifes de coral.

—¡Árboles… allí! —señaló Verónica excitada, pugnando por levantarse de su asiento, cosa que le impedía el cinturón de seguridad.

Fidel Aznar apagó los motores. La mano que pulsó el botón temblaba ligeramente. Aunque aparentemente tranquilo, no podía evitar el contagiarse de la excitación de sus amigos.

Con los motores apagados, el "Navarra" siguió avanzando, perdiendo poco a poco impulso. El pesado aparato flotaba en el aire como un globo. Una ligera brisa le empujaba por detrás en dirección a tierra.

El profesor Valera soltó su cinturón de seguridad y vino hasta

situarse detrás de Fidel. Allá el mar rompía contra una línea de arrecifes.

—Curioso —murmuró el profesor—. Yo diría que son arrecifes de coral.

—¿Qué tiene eso de extraño? —preguntó Verónica viniendo a reunirse con el profesor.

—La presencia de coral implica la existencia de seres vivos. Lo que vulgarmente conocemos por coral es en realidad una secreción caliza, porosa, producida por zoófitos que viven en colonias.

Suavemente el “Navarra” era impulsado por el viento hacia la playa, por encima de los rompientes. Más allá de la playa surgía el bosque, verde y profundo, mientras por encima de los árboles, a gran distancia, azuleaba la cordillera a través de una tenue neblina.

Al acercarse el “Navarra”, brotó del bosque una gran bandada de pájaros multicolores.

—¡Mire, profesor, aves! —exclamó Verónica.

—En efecto, lo estoy viendo. Este planeta parece estar mucho más evolucionado de lo que suponíamos.

La aeronave estaba sobre la playa y Fidel anunció:

—Vamos a aterrizar.

Fidel puso la palanca del sistema de reacción a cero y el destructor descendió sin brusquedades hasta un metro de altura del suelo. Un ancla se desprendió del casco de la aeronave y se clavó en la arena inmovilizándola.

—¡A tierra! —dijo Fidel alegremente desabrochando su cinturón —. Y no olviden sus escafandras.

La cabina de mando ocupaba totalmente la torrecilla que sobresalía de la parte superior de la aeronave. Una plataforma móvil les condujo hasta el puente inferior. Un largo pasillo, cortado en compartimentos estancos, recorría longitudinalmente desde la proa a la popa de la nave y se cruzaba bajo la torre de mando con otro pasillo transversal más amplio que comunicaba las dos escotillas laterales, a babor y estribor del casco.

En esta especie de vestíbulo se reunieron con el profesor Castillo, el profesor Durero y los seis hombres que formaban el resto de la expedición, con sus aparatos de medida y el equipo científico.

A una orden de Fidel, se cubrieron todos con las escafandras, abrieron sus respectivas válvulas de oxígeno y conectaron sus

aparatos de radio individuales.

Fidel se dirigió a la escotilla, apretó un botón eléctrico y esperó. La puerta se abrió silenciosamente en dos hojas corredizas, y una plataforma emergió de una ranura, bajo el umbral, para formar una rampa hasta la arena de la playa.

Desde la puerta Fidel miró afuera. El mar, la playa de suave arena y el oscuro bosque formaban un cuadro pintado por la Naturaleza de una belleza como Fidel no había visto jamás. Sin embargo, ni aún ahora era un paisaje real. El cristal polarizado de la escafandra, previsto para proteger la vista de un exceso de luz, falseaba y mataba el esplendor de los colores naturales.

Impaciente, Ricardo Balmer empujaba a su amigo:

—¡Vamos ya! ¿A qué esperas?

Fiel echó a andar sobre la rampa hasta que sus zapatos metálicos hollaron la rubia arena, dio unos pasos más y se detuvo.

Ningún sonido del exterior llegaba hasta sus oídos. Había olvidado conectar el circuito auditivo exterior. Su escafandra tenía por fuera una rejilla metálica sobre cada oído, y tras estas sendos micrófonos conectados a dos pequeños altavoces, tras pasar por un amplificador.

A la inversa, había un micrófono interior conectado a un altavoz exterior oculto tras una especie de persianilla bajo la mirilla de cristal, más o menos a la altura de la boca.

Al conectar el circuito auditivo, Fidel escuchó un sonido nuevo, jamás oído hasta entonces. Era el rumor del mar. También escuchó el canto de los pájaros en el bosque inmediato.

Aunque debía haber cierta distorsión del sonido original que llegaba por el circuito eléctrico, Fidel experimentó una emoción profunda. No se trataba esta vez de la banda sonora de un rancio filme documental. ¡Aquél era un sonido “en directo”, producido allí mismo y que él podía escuchar en su misma fuente de origen!

Fidel echó a andar hacia la playa seguido de todo el grupo. Alcanzaron el agua y se metieron en el mar hasta las rodillas.

Pero sus herméticas armaduras les impedían experimentar ninguna sensación; ni frío ni humedad. Solamente el golpe amortiguado de las olas. Pese a todo, se sintieron emocionados. Las aguas eran tan limpias que podían ver algunos pececillos nadando y conchas en el fondo de arena.

—¡Qué lata no poderse quitar uno esta armadura! —exclamó Ricardo Balmer.

—Conserve su armadura, Ricardo —dijo el profesor Castillo a través de la radio—. Bajo este aspecto paradisiaco pueden esconderse terribles gérmenes mortales.

—Yo no veo nada distinto de como era la Tierra. Ésta podría ser perfectamente la playa de una tranquila isla del Pacífico, tal como nos las describen los filmes de los principios de la Era Atómica. No me sorprendería ver aparecer unas hermosas chicas tocando el ukelele, ofreciéndonos collares de flores y frutos del cocotero.

—Pues a mí me sorprendería mucho —dijo Valera.

—¿No cree posible que haya chicas en este planeta?

—Me gustaría que las hubiera. Sin embargo, lo más seguro es que no encontremos rastros de seres humanos. El hombre es la criatura más joven de su mundo. Nació cuando los mamíferos que poblaban su planeta llevaban millones de años de existencia. Bastaría una diferencia de trescientos mil años en la edad de este mundo respecto al nuestro, para no encontrar ni vestigios de criatura humana alguna.

—Está bien, amigos —dijo Fidel interrumpiendo la disertación del profesor—. Vamos a trabajar. Tomen muestras del aire y el agua y vamos a echarle un vistazo al bosque.

Verónica Balmer y el profesor Valera se quedaron allí llenando algunos recipientes de agua y tratando de coger algunos peces con las manos, mientras Fidel, Ricardo y los ayudantes del profesor Castillo se dirigían con éste al bosque.

La vida era muy rica en el bosque. Los pájaros volaban sobre las copas de los árboles, siendo especialmente numerosos los insectos. Los había de todas clases y todos de gran tamaño; una especie de mosquitos tan grandes como libélulas, y libélulas del tamaño de palomas.

Los ayudantes del profesor Castillo capturaban estos insectos con redes y los introducían en frascos de cristal. Castillo tomaba muestras de especímenes vegetales y Ricardo Balmer cortó con el hacha algunas ramas de los árboles, troceándolas para introducirlas en sacos de plástico que cerró herméticamente.

Muestras de tierra y frutos silvestres pasaron asimismo a engrosar la colección. Finalmente, regresaron a la playa, donde se

reunieron con el profesor Valera y Verónica Balmer.

Durero y sus ayudantes fijaban al casco de la aeronave un par de detectores de radioactividad, conectados por medio de hilos eléctricos con el interior del “Navarra”.

Después de permanecer una hora en tierra, la expedición se acogió de nuevo a la aeronave, escuchando la recomendación del profesor Castillo:

—Les recuerdo que deberán conservar las escafandras puestas y respirar del oxígeno de nuestros depósitos individuales hasta en tanto estemos de regreso a bordo del autoplaneta. Nuestras armaduras han estado en contacto con el aire de este planeta y todavía ignoramos su contenido bacteriano.

—Pero al menos podríamos conectar nuestros trajes a la toma de oxígeno de abordo —objetó Ricardo Balmer.

—Sólo en caso extremo, si nuestro vuelo se prolonga más de lo previsto. Estamos contaminados y todo a bordo de la aeronave quedará contaminado con nuestra presencia. También las embocaduras de las tomas auxiliares de oxígeno —contestó el profesor.

De nuevo, el pequeño ascensor elevó a Fidel, a Verónica y a Ricardo hasta la cámara de derrota, quedándose Valera en el puente inferior ocupado en examinar las muestras con el profesor Castillo.

Se recogió el ancla, Fidel puso en marcha los motores de popa e hizo elevarse al “Navarra” por encima de los árboles, ganando altura sin parar hasta los dos mil metros. Desde aquella altura se dominaban centenares de kilómetros cuadrados de selva, y a la derecha el curso de un río de gran caudal que parecía venir de la cordillera.

Conectando su teléfono al cuadro, Fidel preguntó:

—Profesor Durero, ¿en qué dirección prefiere que volemos?

—Hacia las montañas —fue la respuesta—. Esta inmensa selva debe ser terreno de aluvión. Si existiera un yacimiento de uranio en el suelo estaría cubierto por varios metros de tierra.

—De acuerdo, volaremos hacia las montañas. Pero diviso desde aquí un gran río a estribor y me gustaría verlo de cerca.

—Muy bien, como usted quiera.

La aeronave se movía ahora en un medio fluido y para dirigirla Fidel empuñó el timón, que venía a ser poco más o menos como el

de un gran avión de transporte de los del siglo XX.

Obedeciendo dócilmente al timón, el "Navarra" orientó su proa hacia el río, volando sobre la inmensidad de la selva impenetrable a 500 kilómetros por hora.

El río resultó ser mucho mayor de lo que parecía de lejos. Era una gran corriente de agua que cruzaba la selva describiendo amplios meandros en dirección al mar. De orilla a orilla no debería medir menos de dos kilómetros.

Fidel movió de nuevo el timón siguiendo el curso del río en dirección a las montañas. Por encima de la cordillera se divisaba a lo lejos otra cordillera mucho más alta cuyas cimas aparecían cubiertas de nieves perpetuas.

Al parecer, las montañas más próximas no eran más que el borde de una extensa y elevada altiplanicie que se extendía sin interrupción hasta la lejana cordillera.

El río, en su recorrido desde el interior, recibía la aportación de numerosos riachuelos que drenaban la selva. Media hora después descubrían una imponente catarata que desde las rocas se precipitaba en el vacío tendiendo una cortina de agua de casi 500 metros de altura. El agua pulverizada formaba una nube que el sol irisaba con todos los colores del arco iris.

La belleza imponente del espectáculo hizo lanzar a Verónica una exclamación admirativa.

—¡Dios mío, qué hermoso es todo esto! ¡Ojalá quiera Dios que podamos habitar este maravilloso planeta!

—Aquí todo parece hecho a lo grande —comentó Ricardo—. Un mundo enorme… con enormes océanos, continentes enormes… enormes selvas y enormes ríos.

El "Navarra" pasó sobre la cascada. El río llegaba hasta allí a través de un profundo desfiladero, y en sucesivas cascadas iba ascendiendo como por una escalinata hacia las altiplanicies.

La vegetación en la altiplanicie era escasa y de especies totalmente distintas a las que encontraron en la selva. Menudeaban los valles cubiertos de altas hierbas, alternando con llanuras semidesérticas.

—El clima debe ser templado y bastante seco en esta altiplanicie —se oyó decir al profesor Valera a través del teléfono.

—¿Qué es aquella polvareda? —señaló Ricardo en la pantalla de

televisión.

—Seguramente el viento —dijo Fidel—. ¿Está funcionando el video?

—Sí. Los amigos del “Rayo” se van a volver locos cuando vean todo esto en sus aparatos de televisión —contestó Ricardo. Y después de una breve pausa—. No hay viento. Si lo hubiera, el viento dispersaría esa columna de polvo.

—Tal vez se trate de una manada de animales salvajes —Fidel se interrumpió sin concluir la frase. Algo chisporroteaba en la base de la columna de polvo, como si alguien agitara allí millares de pequeños espejos.

—¡Caray! ¿Qué puede ser eso? —murmuró.

Y templó su ánimo preparándose para descubrir algo que podría resultar también sorprendente en este enorme y sorprendente planeta.

CAPÍTULO III

¡HOMBRES!

El “Navarra” acortaba distancias rápidamente. En la base de la gran columna de polvo se movía una masa oscura en la que iban destacando motas de color, principalmente rojo y amarillo.

—Algo se mueve allí —señaló Ricardo—. Pero no alcanzo a distinguir las formas.

Fidel Aznar tocó un botón de la consola. El teleobjetivo exterior de la cámara se movió efectuando un cambio de lentes. El efecto óptico fue de que la aeronave daba un brusco salto hacia adelante. Las imágenes se ampliaron en la pantalla.

Todos pudieron ver entonces lo que estaba ocurriendo allá en la parda llanura. Dos o tres millares de hombres y caballos andaban de un lado a otro, se acometían, caían y se levantaban.

Eran las corazas de los hombres, sus cascos de bruñido metal, sus escudos y sus espadas que centelleaban al sol, vieron los ojos de los atónitos terrícolas.

—¡Hombres! ¡Seres humanos! —exclamó Ricardo.

—¡Válgame Dios, este mundo está habitado! —se oyó exclamar al profesor Castillo a través del teléfono.

—¡Están luchando! —indicó innecesariamente uno de los ayudantes—. ¡Hay centenares de muertos en la llanura!

La voz sorprendida del profesor Valera sonó a través de los auriculares:

—¡Parece increíble! Pero no hay duda que se comportan como seres humanos, aunque no sean como nosotros.

—Si se comportan como humanos, no deben ser muy distintos de nosotros —dijo Fidel.

—¿Se da cuenta, profesor Valera? —exclamó el profesor Castillo —. Si el planeta está habitado por gentes como nosotros… ¡nosotros deberíamos poder habitar también este mundo sin dificultad!

Se hizo el silencio.

—Nos estamos acercando mucho —observó Fidel—. ¿Qué les parece si aterrizamos y nos dejamos ver por ellos?

—Eso puede ser peligroso. Ellos están armados. Tal vez nos ataquen —objetó Verónica Balmer.

—Por sus armas se deduce que esta humanidad vive una época atrasada… más o menos como en tiempos de la guerra de Troya. Si descendemos sobre ellos con nuestra aeronave probablemente se asustarán y dejarán de luchar.

—Seguro que echan a correr —aseguró Ricardo.

—Es una buena idea, Fidel —dijo el profesor Castillo a través del teléfono—. Recogeremos un par de muertos o heridos y nos los llevaremos con nosotros. Un análisis de su sangre nos aclararía muchas cosas acerca de la naturaleza bacteriológica de este planeta y su compatibilidad con la nuestra.

—Bien, vamos allá —dijo Fidel—. Ricardo, toma los mandos. Nos inmovilizaremos sobre el campo de batalla y descenderemos verticalmente sobre ellos. Cuando nos encontremos más o menos a doscientos metros de altura, si no nos han descubierto, harás sonar la sirena.

Fidel abandonó su sillón y seguido de Verónica Balmer fue a situarse sobre la plataforma con la que descendieron hasta el puente inferior. Aquí se les unieron los profesores Durero, Valera y Castillo con sus ayudantes, que habían escuchado por el teléfono lo que se decidía en el puente de mando. También habían seguido por televisión las escenas que tanto sorprendieron a todos.

Como biólogo, el profesor Castillo se mostraba particularmente excitado. La Ciencia había pronosticado con siglos de anticipación que, a igualdad de condiciones, la vida debería haberse desarrollado por caminos coincidentes en otros planetas iguales a la Tierra.

Todos los elementos que podían encontrarse en la Tierra existían también en el Universo. En cualquier lugar donde prendiera la llama de la vida, los seres vivientes deberían tener el órgano de la visión semejante al ojo humano. Dispondrían de un sistema nervioso, y éste estaría seguramente alojado en la cabeza. Deberían

alimentarse y quemar en sus organismos substancias que generarían calor y energía. Y probablemente tendrían miembros para la locomoción.

Cumplidos estos condicionamientos, los seres vivos de otros mundos habitados podían adoptar formas insospechadas. La originalidad de la Naturaleza iba más allá de toda fantasía humana, tal como se manifestaba en el propio planeta Tierra.

De aquí que el encuentro con una humanidad hermana de la terrícola revistiera caracteres de auténtico acontecimiento.

Sin embargo, todavía no habían visto a los hombres de Redención de cerca. Fidel Aznar era el más impaciente de todos por comprobar si realmente podían considerarse hermanos de aquella Naturaleza. Rápidamente se dirigió a la escotilla y la abrió.

El destructor "Navarra" se inmovilizó un instante en el aire y luego empezó a descender verticalmente sobre el campo de batalla.

A medida que el buque sideral perdía altura, se escuchaba más claramente el rumor de la lucha. El "Navarra" penetró en la alta columna de polvo amarillo que envolvía a los contendientes. Crujían las armas al chocar con violencia corazas y escudos. Un griterío ensordecedor se alzaba sobre el ondulante mar de cascos empenachados de plumas multicolores y el bosque de lanzas relampagueantes.

En este momento hizo sonar Ricardo Balmer la sirena de la aeronave, un bramido estridente, largo y tremulante. El "Navarra" se encontraba entonces apenas a doscientos metros de altura. Desde la escotilla abierta, estirando el cuerpo, los terrícolas vieron alzarse hacia el cielo algunos millares de ojos sorprendidos.

La visión de aquel enorme huso amarillo flotando en el espacio debió causar un tremendo impacto en el ánimo de los bravos guerreros. Robustos brazos, alzados para descargar el golpe de gracia sobre el enemigo vencido, se detuvieron en el aire. Lanzas enarboladas, dispuestas para ser arrojadas, quedaron en suspenso. Arcos tensos para soltar su mortífero dardo perdieron su rigidez. Sudorosos torsos se irguieron haciendo crujir el bronce de petos y espalderas, y en todo el campo de batalla, los caballos, armados de un cuerno sobre la frente, se encabritaron y relincharon de terror.

Los gritos, las maldiciones, las llamadas, los lamentos de los moribundos y el estruendo de las armas se apagaron como si

hubiese caído sobre el campo de batalla un espeso acolchado.

La sirena, bramando en el cielo, paralizó todo movimiento y silenció todo el ruido.

—Si no se mueren del susto ahora echarán a correr como diablos asustados —se oyó la voz de Ricardo Balmer en las radios del resto del grupo.

—Apaga la sirena, Ricardo —ordenó Fidel.

Al final del tercer aullido enmudeció la sirena. El "Navarra" descendía lenta y majestuosamente, dejando oír el sordo y poderoso zumbido de su reactor nuclear en mitad de un silencio impresionante.

Los guerreros no se dieron a la fuga, en contra de lo que creía Balmer. Pero empezaron a retroceder, dejando bajo el "Navarra" un claro cada vez mayor, en donde quedaban gran número de cadáveres de hombres y caballos, de escudos y armas de todas clases tiradas en el polvo.

Amigos y enemigos, en apretado círculo codo a codo, siguieron retrocediendo, mirando con infinito asombro al enorme huso amarillo que, descendiendo con suavidad, quedó finalmente inmóvil a un metro del suelo, sin llegar a aplastar los cadáveres desparramados por el polvo.

La rampa quedó tendida entre la aeronave y el suelo y Fidel Aznar echó a andar por aquella con paso tranquilo y seguro.

Un silencio profundo cernióse sobre la atmósfera sofocante saturada de polvo. No se escuchaba más ruido que el sordo zumbido del reactor nuclear de la aeronave, y este zumbido era tan impresionante como la misma aeronave en sí.

Lo que pensaron los salvajes guerreros, sólo Dios y ellos mismos podían saberlo. La criatura que se mostraba ante ellos iba cubierta de titanio de pies a cabeza, a excepción del cristal azul que le tapaba el rostro. La armadura de Fidel, enteramente pavonada, tenía un color oscuro con apagados reflejos azul metálico.

Fidel era alto y la armadura aumentaba su volumen dándole un aspecto macizo y hercúleo. Detrás de Fidel y cubiertos igualmente de titanio, descendieron el profesor Valera, Castillo y dos hombres jóvenes del equipo del segundo.

Un círculo erizado de lanzas rodeaba a los terrícolas. Por encima de los escudos varios cientos de pares de ojos, agrandados por el

estupor y el miedo, les contemplaban siguiendo todos sus movimientos.

—¡Son hombres idénticos a nosotros! —exclamó admirado el profesor Valera.

En efecto, no existía diferencia apreciable entre la constitución anatómica de los nativos y la de los propios terrícolas.

Aquella gente, ruda y primitiva, parecía como arrancada de una lámina de la Historia antigua de la Tierra. Rostros humanos en los que el polvo se amasaba con el sudor y la sangre… largas cabelleras recogidas en gruesas trenzas… cráneos cubiertos con cascos de bronce rematados por cimeras de plumas multicolores… brazos musculosos, torsos desnudos o cubiertos con corazas de bronce…

La emoción de este inesperado encuentro hacía latir con fuerza el corazón de Fidel Aznar. Pero éste no había caído en la cuenta de que, si bien ellos veían en aquella gente una humanidad hermana, los nativos en cambio no debían pensar lo mismo de aquellos extraños seres sin rostros que llegaban directamente del cielo.

La voz de Ricardo Balmer llegó por la radio hasta el interior de la escafandra de Fidel:

—No me gusta la actitud de esa chusma, Fidel. Deberían haber echado a correr al vernos. Mejor no os alejéis de la escotilla. Tendré el dedo sobre el disparador de Rayos Zeta. Observo que casi todos llevan coraza y casco de metal. Si os atacan dispararé.

—No haga eso, Balmer, bajo ningún pretexto —dijo el profesor Valera con energía—. Si desintegra sus armaduras les matará. Éste debe ser un encuentro pacífico. Ellos no pueden siquiera sospechar cuál es nuestro verdadero aspecto debajo de estas armaduras. Les hablaré. Ellos no me entenderán, pero comprenderán por el tono de la voz que están ante seres humanos.

—Bueno, allá ustedes con lo que pueda pasar —refunfuñó Ricardo Balmer—. Tú quédate a bordo, hermanita.

El profesor Valera echó a andar con paso decidido. Fidel le siguió algo rezagado, sorteando los cadáveres y heridos que yacían ensangrentados en el polvo.

Al avanzar los terrícolas, retrocedieron los nativos.

El profesor Valera se detuvo, conectó a todo volumen su altavoz exterior y levantó los brazos diciendo:

—¡No temáis, hombres de Redención! —su voz, varias veces

aumentada por el amplificador, resonó como un trueno e hizo encogerse de temor a los guerreros—. ¡Somos seres como vosotros y deseamos vuestra amistad!

Un murmullo de admiración se elevó de la aguerrida muchedumbre.

—Todo sería más sencillo si pudiera quitarme esta maldita escafandra —dijo el sabio como para sí mismo, pero su altavoz exterior expuso su pensamiento en alto tono de voz—. Me acercaré a ellos para que puedan ver mi cara a través del cristal.

—No sea demasiado imprudente, profesor —aconsejó desde atrás el profesor Castillo a través de su radio.

Pero Valera no le escuchó. Echó a andar…

Uno de los guerreros que yacían inmóviles en el polvo dio repentinas señales de vida extendiendo una mano y agarrando al profesor Valera por el tobillo.

—¡Profesor! —exclamaron varias voces a un tiempo.

Valera cayó sobre rodillas y manos en el polvo. El hombre que le había derribado, como si no fuera capaz de mayor esfuerzo, se limitó a tenerle agarrado por el pie.

Un sonido gutural salió de la chusma armada.

Se había roto el encanto. El extraordinario ser descendido del cielo estaba humillantemente caído en el polvo sobre rodillas y manos.

Fidel corrió a ayudar al profesor. La chusma estaba avanzando, lenta pero amenazadoramente, estrechando el círculo en torno a la aeronave amarilla. El profesor Valera acababa de incorporarse cuando alguien disparó una flecha desde la segunda fila de los guerreros.

La punta de la flecha se quebró sin hacer mella en la sólida armadura de titanio del profesor Valera. Pero era toda una advertencia. El aviso de que la chusma ignorante había perdido su miedo.

—¡Retrocedan! —ordenó Fidel a través de su radio.

Dos nuevos dardos silbaron en el aire y se estrellaron contra el pecho acorazado de Fidel. El profesor Valera dio media vuelta y echó a correr.

No debió hacerlo. Los guerreros, viendo en fuga a los extranjeros, se envalentonaron profiriendo un ensordecedor aullido.

Fidel empezó a retroceder andando hacia atrás.

—¡Corre, Fidel, no te entretengas! —gritó Ricardo Balmer a través de la radio—. ¡Van a cortarte el camino por detrás!

Fidel dio media vuelta y echó a correr hacia la aeronave. Pero una armadura de titanio no era el equipo más apropiado para una carrera de velocidad. Los guerreros avanzaban por el otro lado del “Navarra”, por proa y popa, dispuestos a cerrarle el paso. El profesor Valera llegaba en este momento al pie de la plataforma de acceso al aparato. Dos de los jóvenes ayudantes del profesor Castillo saltaron a tierra y fueron a recoger un par de espadas abandonadas en el suelo.

En este momento, una lanza hábilmente arrojada trabó los pies de Fidel y le hizo caer con su pesado equipo.

Un pequeño grupo de los más rápidos perseguidores alcanzó la rampa, cruzando sus espadas con los dos jóvenes terrícolas.

En la cámara de derrota del “Navarra”, Ricardo Balmer decidió actuar por su cuenta contra el consejo del profesor Valera y en ayuda de su amigo. Apretó un botón rojo sobre la consola.

De la torrecilla central del destructor, rodeada de una especie de reflectores, salieron en todas direcciones unos rayos de luz deslumbradora. Eran los temibles “Rayos Zeta”, un arma desarrollada a partir de los rayos “Laser”, que lanzaban chorros de electrones activados con fuerza para someter a los metales a una vibración de alta frecuencia que los desintegraba en menos de un segundo.

Los cascos, los escudos, las corazas y las armas de todos los guerreros que se encontraban en primera fila saltaron estallando en mitad de una luz enceguecedora.

Si Fidel Aznar y sus compañeros se hubiesen encontrado en la zona batida por los terribles “Rayos Zeta”, sus armaduras y escafandras de titanio habrían sido volatilizadas también al mismo tiempo que las armas y piezas metálicas de los nativos.

Casi un millar de guerreros rodaron por el polvo, unos muertos, la mayoría sufriendo graves quemaduras en sus cuerpos. En la cámara de derrota, Ricardo Balmer soltó el botón. No quería seguir matando enemigos si no era absolutamente necesario. Y ya no lo era.

La chusma se detuvo amedrentada, protegiéndose los ojos

deslumbrados por aquellos rayos misteriosos. Pero junto a la escotilla del destructor seguía la lucha entre los terrícolas y una docena de feroces guerreros que por encontrarse junto al casco de la aeronave tampoco resultaron alcanzados por los “Rayos Z”. Los tres terrícolas estaban sobre la pasarela cuando cuatro o cinco guerreros cargaron a la vez sobre ellos.

El empujón de los nativos obligó a los terrícolas a retroceder sobre la pasarela hasta el interior de la aeronave. Y tras los terrícolas, cinco guerreros entraron también blandiendo sus espadas y profiriendo terroríficos aullidos.

En la cámara de derrota, Ricardo Balmer seguía esta escena a través de la televisión. Viendo a todos sus compañeros a bordo, Ricardo Balmer apretó el botón eléctrico que, accionando un sistema hidráulico, cerraba automáticamente la escotilla.

Las dos hojas de la puerta se deslizaron sobre sus guías cerrando la escotilla. Al mismo tiempo, la pasarela se recogía en una ranura bajo el umbral, derribando a los restantes guerreros que pugnaban inútilmente por entrar en la aeronave.

—¡Ya están todos a bordo! —dijo Verónica Balmer a través de la radio—. ¡Despega, Ricardo!

Mientras Ricardo Balmer hacía elevarse el destructor una furiosa batalla se libraba en mitad del corredor. Se luchaba en un reducido espacio utilizando todos los medios: puñetazos, puntapiés, coscorrones y hábiles combinaciones de grecorromana.

Los bravos nativos estaban ahora en desventaja numérica, y para desesperación suya, las cuchilladas y golpes de espada eran inútiles contra aquellos seres acorazados de pies a cabeza.

Sudorosos, agotados y asustados, los cinco fueron reducidos uno tras otro, desarmados y acorralados. Todos eran de raza blanca, rubios, de ojos azules la mayoría, altos y bien proporcionados.

Jadeantes y amedrentados, los cinco nativos miraban en silencio a aquellos extraños seres vestidos de metal de pies a cabeza, como esperando alguna terrible sentencia.

Fidel se fijó especialmente en el más pequeño de los cinco prisioneros, un muchacho barbilampiño de grandes ojos azules. Calzaba unas rudas sandalias atadas con tiras de cuero a las espinilleras de bronce toscamente labrado que le llegaban casi hasta las rodillas. Llevaba desnudos los muslos, un faldellín hecho de

hojas de bronce, un ancho cinturón con un atalaje para la espada, y el pecho cubierto por una abombada y brillante coraza que se unía por los costados a una espaldera también de bronce.

El muchacho se cubría la cabeza con un yelmo curiosamente parecido al de los guerreros troyanos, o sea, en forma de cepillo corrido hasta casi la espalda. La cimera del casco era de plumas rojas. El casco quedaba firmemente asegurado por un barbuquejo de metal que casi le cubría la totalidad de las mejillas.

Fijándose en los bien torneados muslos del guerrero y en la abultada coraza, Fidel entró en fundadas sospechas sobre el sexo del salvaje.

—“Éste” es una mujer —dijo apuntándole con el dedo.

—¿Una muchacha? —exclamó Verónica con sorpresa.

—Quítenle ese peto —ordenó Fidel a los ayudantes del profesor Castillo.

Uno de los astronautas avanzó decidido. El guerrero retrocedió enseñando una doble hilera de blancos y afilados dientes. El hombre se detuvo, intimidado por la agresiva actitud del jovenzuelo.

—Déjamela a mí —dijo Fidel apartando al otro y avanzando hacia “el guerrero”.

El nativo retrocedió hasta que su espaldera chocó contra el mamparo de acerco. Fidel alargó una mano y el guerrero se la apartó de un golpe.

—Denme uno de esos cuchillos —pidió Fidel.

Se lo alargaron. Era un arma pesada y tosca, la hoja de bronce y la empuñadura de asta. Al verse frente al cuchillo, la supuesta muchacha irguió su busto con arrogancia. Parecía dispuesta a dejarse asesinar sin oponer resistencia, esforzándose por mostrar un olímpico desdén frente a la muerte.

Fidel se arrojó sobre ella, estrujándola contra el mamparo y cortando los cordones de cuero que unían el peto con la espaldera. No hubo resistencia, pero al separarse Fidel con la coraza en la mano, había infinito asombro en los azules y limpios ojos de la muchacha.

Porque era una muchacha. Debajo de los bronces, la joven vestía una blusa de suave piel que acusaba el firme relieve de unos senos bien proporcionados, agitados por la acelerada respiración.

—¡Es una chica! —exclamó Verónica entre sorprendida y regocijada. Se acercó a la muchacha y le tendió la mano amistosamente.

La rubia amazona se la apartó de un manotazo, mostrando de nuevo sus fuertes dientes en actitud agresiva.

—Tiene malas pulgas la moza —dijo el joven Cano riéndose.

—Tendremos que disculparla. Ella todavía no ha visto nuestras caras —dijo Fidel—. Enciérrenles, pero asegúrense antes de que no pueden causarse ningún daño. Quítenles las armaduras y los cinturones. Comprueben que no traen armas ocultas.

Fidel apretó el botón que hacía bajar a la plataforma. Los cinco indígenas vieron maravillados cómo una sección circular se desprendía del techo y bajaba hasta el nivel del piso colgando de dos columnas de acero. A continuación vieron cómo Fidel se montaba en la plataforma y ésta se lo llevaba hasta desaparecer en el techo.

Ricardo Balmer estaba ante los mandos de la aeronave y volvió la cabeza para mirar a su amigo a través del cristal de la escafandra.

—¡Vaya follón que armasteis ahí abajo, amigo! —exclamó Ricardo, que había seguido todas las incidencias a través de la pantalla de televisión—. ¿Y qué me dices de la chica?

—Pues eso, que es una chica.

—Y guapa, ¿eh?

—No me di cuenta. ¡Con tanto bronce y porquería encima…!

Fidel tomó asiento ante los mandos ciñéndose el cinturón de seguridad.

—Comunícame con el “Rayo” —dijo a Balmer.

—¿Regresamos a casa?

—Daremos cuenta de nuestro descubrimiento y que decida el viejo.

El “viejo”, se sobreentendía, era don Miguel Ángel Aznar. No había sentido peyorativo en esta adjetivación. Desde el siglo XX, en la Marina de Guerra de los Estados Unidos, el “viejo” era siempre el comandante del buque, cualquiera que fuera su edad. Esta costumbre había acabado por extenderse a las marinas de todo el mundo, y seguía utilizándose aún hoy día.

Poco después el “viejo” estaba ante el aparato de radio. Fidel le dio cuenta de su increíble aventura, concluyendo el informe con la

noticia de que traían a bordo cinco prisioneros.

—Regresen inmediatamente —ordenó el señor Aznar con voz excitada—. La búsqueda de uranio puede esperar. Es mucho más importante saber que en ese planeta habita una humanidad semejante a la nuestra. Tal acontecimiento puede influir y de seguro influirá en nuestro futuro. Regresen enseguida.

—De acuerdo, regresamos. Ténganlo todo preparado para aislar a los prisioneros. El profesor Valera teme que sean portadores de virus desconocidos para nosotros. Hasta luego. Corto.

Fidel encendió los motores de popa. La aeronave levantó la proa y empezó a cobrar impulso, saliendo disparada hacia el cielo azul.

CAPÍTULO IV

OPERACIÓN DESEMBARCO

Después de pasar por la Inspección de Sanidad, cansados, contentos y vestidos con ropajes blancos esterilizados, Fidel Aznar y los hermanos Balmer salían del ascensor en la planta primera del edificio de la Comandancia.

En la sala de reuniones, bajo la presidencia del señor Aznar, un grupo de científicos y técnicos asistían llenos de interés al “pase” privado de la película que los expedicionarios del “Navarra” tomaron a través de la televisión.

Fidel y los Balmer esperaron en silencio hasta que terminó el filme y se encendieron las luces entre los animados comentarios de todos los asistentes. En este momento fue advertida la presencia del señor Aznar, que ocupaba la cabecera de la larga mesa junto a mister Balmer.

—¡Hola, muchachos! Buen trabajo el vuestro. Estaréis cansados —dijo el Almirante.

—Un poco nada más —sonrió Fidel—. Pese a todo, fue una experiencia inolvidable. Los nativos debieron tomarnos por dioses del cielo, o algo por el estilo. Pero el profesor Valera perdió el equilibrio en el momento menos oportuno y dio al traste con nuestra pretendida divinidad.

—Habría sido mejor que siguieran considerándonos criaturas divinas por mucho tiempo —dijo mister Balmer.

—No somos dioses, y sería una tontería pretender que estos inocentes indígenas lo creyeran así —repuso don Miguel Ángel Aznar con su habitual brusquedad—. Considero que debemos tratar a esa gente como iguales, no como seres inferiores a quienes

podemos esclavizar o exterminar con un rayo.

—Ellos son más numerosos que nosotros. Si nos declaran la guerra van a crearnos muchas dificultades.

—No tiene por qué haber guerra. De nuestra habilidad depende que sepamos atraerlos a nuestra causa. Ni un sólo momento puedo apartar de mi recuerdo aquella humanidad que quedó en la Tierra, esclava del “thorbod”. Nuestro deber es regresar a la mayor brevedad posible y tratar de liberar a nuestros hermanos. Será preciso para ello reunir un numeroso ejército embarcado en una flota de autoplanetas más grandes y poderosos que nuestro “Rayo”. ¿Y cómo conseguir ese contingente humano, partiendo de nuestra reducida colonia de seis mil cuatrocientas ochenta almas? ¡Tendrían que transcurrir siglos hasta multiplicarnos en número tan considerable! En cambio, todo sería distinto si nuestra raza pudiera mezclarse con esta raza nativa. En el transcurso de dos generaciones se crearía un mestizaje en el que encontraríamos reunidos los caracteres distintivos de las dos razas. Nuestra avanzada cultura y el vigor físico de esta raza nativa. La genética ha demostrado que nada ayuda tanto a vigorizar una raza como la mezcla de sangre entre razas distintas.

—En efecto —dijo mister Balmer—. Sólo que en este caso la genética todavía no ha dicho su última palabra. Ignoramos si nuestros genes son compatibles con los de esta raza, y cuál será el resultado de su mezcla.

—Los muchachos tuvieron la suerte de traer consigo cuatro hombres y una mujer. En cuestión de días sabremos a qué atenernos. Otro aspecto interesante de esta captura es que podremos estudiar la lengua y la cultura de la población indígena. En fin —suspiró don Miguel Ángel Aznar—, estimo que hoy ha sido un gran día para el futuro de nuestra nación. Vamos a esperar el resultado de esos dichosos análisis.

Fidel decidió por su cuenta esperar echando un largo sueño, después de tomar una abundante comida.

El apartamento de los Balmer estaba en el mismo edificio y el mismo piso que el del Almirante Aznar. Fidel se despidió de sus amigos en el pasillo y se metió en su casa.

La televisión pasaba el filme tomado en “video” por las cámaras del “Navarra”. Una voz en “off” hacía los comentarios oportunos

sobre el aspecto general del planeta, sobre sus especies vegetales y la orografía.

La señora Dolores de Aznar escuchaba muy interesada.

—No te asustes cuando salga la escena en la que lucho con los nativos —advirtióle Fidel—. Si estoy aquí ahora es porque nada malo me ocurrió.

Se metió en la cocina, se preparó un suculento plato de algas verdes, un bistec de carne artificial y una taza de un extraño sucedáneo del café, y luego se retiró a su habitación.

Le costó largo rato conciliar el sueño. Ante sus ojos cerrados volvían a cobrar vida las escenas vividas aquel día inolvidable. Se durmió y siguió soñando en guerreros cubiertos de bronce, en grandes selvas y unos seres unicelulares gigantescos llamados bacterias que le atacaban por todas partes intentando devorarle. Los monstruos le golpeaban y una voz le llamaba por su nombre:

—¡Fidel! ¡Fidel!

Despertó pegando un brinco que le incorporó en la cama. Estaba bañado en sudor. Doña Dolores le sacudió por un hombro.

—¡Fidel!

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

—¡Corre, asómate a la ventana!

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—El profesor Castillo acaba de hablar por la televisión. Han analizado las muestras de la tierra, del agua del mar y las especies vegetales que recogisteis. También han examinado la sangre de los nativos. ¡No hay peligro, hijo! ¡Podemos desembarcar en ese mundo, las bacterias no serán un inconveniente para que podamos habitar en él!

—¿Es cierto lo que dices?

—Escucha.

Fidel prestó oídos. Se escuchaba el estrépito de una banda interpretando una vibrante marcha militar sobre un fondo de voces y gritos.

Saltó de la cama, corrió hasta la ventana y levantó la persiana. Antes de abrir los cristales ya hirió sus ojos una luz resplandeciente. Todas las ventanas del edificio de enfrente, al otro lado de una gran plaza central del autoplaneta, aparecían abiertas e iluminadas. Por primera vez desde que el “Rayo” zarpó de la Tierra, hacia cuarenta

y tres años, estaban encendidos todos los focos de la ciudad, un derroche que los cosmonautas no se habían permitido nunca. De las ventanas caían revoloteando hacia la plaza pedazos recortados de papel como copos de nieve.

Fidel abrió las ventanas de cristal y se asomó a la plaza. Hasta él llegó el griterío ensordecedor de varios miles de personas que corrían, bailaban y daban vítores al “Rayo” y al Almirante Aznar. En el centro de la plaza ardía una hoguera de papeles y libros viejos.

—¿Qué hacen esos locos? ¡Están malgastando todo el oxígeno que queman en la combustión de esa hoguera! ¿Cómo no se lo impide la Policía? —exclamó Fidel.

—Supongo que la gendarmería mostrará algo de manga ancha en razón de las circunstancias —dijo la señora Aznar sonriendo.

—¡Y están arrojando cubos de agua por las ventanas!

—Es en señal de alegría.

—¡Derrochando agua y oxígeno tontamente! ¡Están locos! —exclamó Fidel escandalizado.

—Hijo —se rió la señora Aznar—, piensa que eso ya no tiene importancia. Pronto vamos a tener todo el oxígeno y el agua que necesitemos… ¡mucho más del que podremos consumir jamás! Se acabaron las restricciones. Allá abajo nos espera un mundo enorme, prácticamente virgen, con reservas naturales para todas las generaciones que nos sucedan en el futuro. ¡Hijo, éste es el día más feliz de mi vida! —e incomprensiblemente la mujer se echó a llorar.

Fidel la contempló algo confuso. Tal vez porque había nacido en el “Rayo” cuando éste ya llevaba dos años de peregrinar por el espacio infinito, no alcanzaba a asimilar la enormidad del suceso que acababa de tener lugar. ¡Redención era un mundo habitable para la Humanidad terrícola!

Probablemente, los viejos le daban más importancia a este hecho, porque habían nacido en un mundo como Redención y la mayoría desesperaban de ver de nuevo un cielo azul antes de terminar sus días.

—¿Dónde está papá?

—Le llamaron por teléfono para darle la noticia y salió inmediatamente para reunirse con la Plana Mayor y trazar los planes para el inmediato desembarco.

—¿Vamos a desembarcar? ¿En qué lugar?

—Lo ignoro. Supongo que la reunión tratará de fijar el lugar de desembarco.

—¿Quieres hacerme un favor? Prepárame algo para desayunar mientras me visto y afeito. Voy a bajar a la Comandancia a escuchar qué se guisa allí.

Una hora más tarde, Fidel bajaba la corta escalera hasta la primera planta del edificio. Nada menos que cuatro hercúleos miembros de la Policía y un oficial guardaban la puerta de la Comandancia. Sin embargo, el joven Aznar no encontró dificultades para entrar. El hijo del Almirante era una persona muy popular entre la colonia y gozaba de grandes simpatías por su seriedad y madurez.

La espaciosa Sala de Reuniones aparecía totalmente llena de hombres y mujeres, todos hablando a la vez con gran animación. Por lo que Fidel pudo comprender, la asamblea había entrado en receso para que el Almirante y algunos de sus más destacados ayudantes tomaran un ligero almuerzo.

La enorme mesa estaba llena de fotografías muy ampliadas de la isla que el “Navarra” había explorado el día anterior. Fidel lo advirtió y se lo hizo notar a su padre:

—Veo que los del laboratorio fotográfico han estado trabajando de firme. ¿Qué esperamos encontrar en la isla?

—Uranio. Hemos vuelto a despachar al “Navarra” para que estudie las posibilidades de hallar en ella uranio.

—¿Porqué de nuevo a la isla y no a otra parte?

—Porque no se exploró en su totalidad. Esa isla está situada sobre la línea imaginaria del Trópico de Cáncer del planeta y viene a tener una extensión pareja a la isla de Borneo de la Tierra. El país se beneficia de la influencia de los monzones y está poblado de grandes selvas al sur. Pero en la altiplanicie el clima es más seco y benigno. Nuestros especialistas creen que ese sería un buen sitio para establecer nuestra primera colonia. Estratégicamente hablando, la isla es todo ventajas, ni demasiado pequeña ni exageradamente extensa, es decir, lo conveniente para desarrollar en ella nuestra industria y afirmar nuestro potencial hasta que estemos en condiciones de saltar al continente.

—Pero la isla está habitada.

—Tanto mejor. Nuestra colonia está necesitada de brazos. Los isleños podrían constituir un importante contingente de mano de obra.

—¿Hacer trabajar a los nativos para nosotros? —exclamó Fidel sorprendido—. ¿Por la fuerza, tal vez?

—No por la fuerza, sino atrayéndolos como amigos.

—Pongámonos en lugar de los nativos. Ellos vivían una existencia primitiva y tranquila hasta que llegamos nosotros. ¿Qué derecho nos asiste a interferir en su vida ni cambiar sus costumbres? ¿Qué van a salir ganando?

—Tal vez su vida no fuera tan tranquila —gruñó el viejo Aznar —. Se estaban matando unos a otros cuando los descubriste, ¿no es cierto? Como en todos los pueblos primitivos, habrá entre ellos grandes diferencias sociales; ricos que tienen esclavos, reyezuelos despóticos, gente humilde que sufre hambre y humillaciones, epidemias, sequías y largos períodos de privaciones. Nuestra forma de vida puede que no sea la ideal, al menos no lo hemos demostrado mientras vivimos en nuestro viejo mundo. Pero hemos desterrado algunas de las peores lacras; la esclavitud, el injusto reparto de las riquezas, el hambre y las enfermedades. Para llegar hasta nuestro actual grado de civilización han tenido que transcurrir milenios y hemos tenido que sufrir en nosotros mismos el dolor de infinitos errores. ¿Preguntas qué podemos ofrecerles a estos salvajes? Yo pienso que si les donamos toda la experiencia adquirida por nuestra civilización desde la Edad de Piedra a nuestros días, y les ahorramos el largo camino de errores que hemos tenido que andar hasta llegar al presente, ese será el mejor regalo que nadie les haya hecho jamás.

—¿Pero querrán aceptar ellos nuestra cultura, o eres del parecer que debemos imponérsela a la fuerza por su propio bien?

—Eso es una tontería —gruñó el Almirante—. Naturalmente que no les vamos a imponer nuestra forma de vida. No lo considero necesario. Ellos la aceptarán por conveniencia propia, y si eso no ocurre mañana mismo, será en la próxima generación. La Genética dice que es perfectamente posible la mezcla de nuestras razas. Pongamos por caso que te casas con una mujer indígena. Tus hijos ya no se educarán como salvajes. Con el tiempo serán hombres plenamente integrados en nuestra cultura.

En este momento sonó el zumbador del pequeño televisor que estaba sobre la mesa. La asamblea tal vez esperaba una llamada, pues cesaron las conversaciones y todas las miradas se dirigieron al Almirante. Éste atendió personalmente a la llamada, apareciendo en la pantalla la imagen de un oficial de transmisiones.

—Diga, Lion. ¿Hay noticias? —inquirió el Almirante.

—Sí, señor. El profesor Durero comunica por radio desde el destructor "Navarra". Han encontrado uranio.

—¿En la isla?

—Sí.

—¡Magnífico! ¿Tenemos la situación de ese yacimiento? —preguntó el señor Aznar.

—Tenemos las coordenadas, señor. "E", punto dos y tres punto nueve. El profesor Durero me recomendó le dijera que van a demorar el regreso hasta obtener algunas fotografías aéreas de la zona.

—Gracias, Lion —dijo el Almirante apagando el aparato. Miró en torno a las alegres caras de sus colaboradores—: Bien, señores. Veamos dónde se encuentra situado ese yacimiento.

De pie, el profesor Valera se inclinó sobre el gran plano ortofotográfico de la isla, donde las curvas de nivel aparecían en trazo blanco en cotas de cien en cien metros. Buscó las coordenadas arriba y en el lado izquierdo y señaló el punto donde ambas se encontraban.

—Aquí es.

El yacimiento estaba metido en las estribaciones de la gran cordillera occidental, no lejos de la cabecera del río que, discurriendo primero en dirección SE, se orientaba después al E, cruzando toda la altiplanicie recibiendo la aportación de numerosos arroyos y barrancos para, en el borde del altiplano, precipitarse en imponente cascada hacia la selva y continuar hasta desembocar en el mar.

Alguien propuso hacer un desembarco directamente sobre la ubicación del yacimiento, dejando allí la maquinaria y el equipo necesarios para la explotación, y un segundo desembarco en el borde del altiplano, cerca de la garganta por donde el río se precipitaba en forma de cascada. El "Rayo", efectuados los dos desembarcos, se remontaba hasta 10.000 metros de altura y desde

allí suministraría energía eléctrica simultáneamente a los dos campamentos.

Al parecer, existía un proyecto del doctor Ferrer para instalar una planta de energía eléctrica en el borde de la meseta, aprovechando el gran salto de la cascada como fuente de energía inmediata y barata.

Tal proyecto era perfectamente realizable, teniendo en cuenta que el "Rayo" traía a bordo todo el material necesario para montar una instalación de este tipo: compuertas y tuberías, turbinas, transformadores, cuadros eléctricos y una emisora de energía.

—Estoy de acuerdo en que el "Rayo" lleve a cabo los dos desembarcos en los lugares señalados —dijo el profesor Ferrer—. Sin embargo creo irrealizable el proyecto de que nuestro autoplaneta se sostenga a diez mil metros de altura suministrando simultáneamente energía eléctrica a los dos campamentos. Para mantenerse a esa altura, el "Rayo" necesita prácticamente el ochenta por ciento de la energía eléctrica que su reactor atómico es capaz de generar. Dedicando el diez por ciento al suministro de energía al yacimiento, y el diez restante a la planta hidroeléctrica, el "Rayo" no sólo se encontraría al límite de su capacidad. En estas condiciones, con su reactor funcionando a la máxima potencia, no podría sostenerse en el aire mucho más allá de un par de semanas. En sólo dos semanas nadie puede soñar en haber extraído, clasificado y elaborado uranio suficiente para acudir en ayuda de la exhausta pila del "Rayo". Yo, al menos, no me comprometo a conseguirlo.

—¿Podemos poner en marcha la planta hidroeléctrica en sólo quince días? —preguntó el señor Aznar.

—Se puede intentar. Si no en dos semanas, en tres.

—¿Cómo, si sólo nos quedan reservas de uranio para aguantar dos semanas?

—Hay una forma de obtener un ahorro sustancial de energía. El "Rayo", después de efectuado el segundo desembarco, debe posarse en el mar. El volumen de nuestro orbimotor, incluido el anillo ecuatorial, es del orden de casi cuarenta y dos millones de toneladas. Si posamos el "Rayo" en el mar, enormizaremos la energía necesaria para sostener en el aire esos cuarenta millones de toneladas. Además, sabemos que en contacto con el agua la fuerza

de reacción del material llamado “dedona” es un cuarenta por ciento más eficaz, lo que quiere decir que, entre unas cosas y otras, podemos obtener un ahorro del cincuenta por ciento de energía eléctrica, prolongando al doble la duración del escaso uranio que nos queda en el reactor atómico del “Rayo”. En tres semanas podremos poner en marcha la planta hidroeléctrica, enviar al “Rayo” a una órbita de satélite y ocuparnos con calma a la extracción de mineral de uranio del yacimiento.

El plan propuesto por el profesor Ferrer fue aceptado sin reservas, pasándose a continuación a trazar las líneas generales del desembarco.

El material acumulado en los almacenes del “Rayo” era abundante y de una gran complejidad. Para que el desembarco pudiera llevarse a cabo sin demoras inútiles, cada pieza del equipo debería ser situada en el lugar adecuado, atendiendo a un orden racional.

La primera tarea consistía en repasar las listas de material y separar el equipo que debería ser desembarcado en el yacimiento del otro equipo destinado a ser colocado en tierra firme en las proximidades de la gran cascada.

Se trataba de una labor engorrosa por lo minuciosa, propia para ser llevada a cabo por los expertos en logística, con la colaboración de los ingenieros que estarían a cargo de cada campamento.

Pese a ser un hombre de autoridad absorbente, al estilo de los antiguos caudillos del siglo XX, el Almirante Aznar conocía también sus limitaciones. Entendiendo que aquella era una labor exclusivamente para los expertos, el señor Aznar se puso en pie anunciando que iba a retirarse a descansar.

Fidel Aznar salió en compañía de su padre.

—Estoy contento —dijo el Almirante a Fidel mientras pasaban entre los policías que guardaban la puerta y se dirigían a los ascensores—. Todos nuestros problemas se van resolviendo de manera satisfactoria.

—Sí, espero que tengamos un desembarco feliz —dijo Fidel pulsando el botón de llamada de uno de los dos ascensores.

En este momento llegó desde la plaza el rugido del claxon de alarma que sonaba simultáneamente en todas las dependencias del autoplaneta a través de los altavoces del circuito perifónico.

El Almirante Aznar y su hijo cruzaron entre sí una mirada de perplejidad. El claxon calló para dejar oír una voz que gritaba:

—¡Atención! ¡Tres salvajes han escapado del Hospital después de herir a dos doctores y una enfermera! ¡Tengan cuidado, van armados de objetos cortantes!

Apenas acababa de darse el aviso, cuando dos hombres fornidos, descalzos y sin más ropa que un ligero taparrabos, irrumpieron en el "hall" por la escalera de mármol que conducía al hangar y el Hospital situados bajo el suelo de la ciudad. Uno de ellos esgrimía una enorme llave inglesa, empuñando en la otra mano unas grandes tijeras. El segundo iba armado con una barra de hierro, sin duda tomada a su paso por el hangar.

Los dos hombres se detuvieron jadeantes, mirando azoradamente en rededor. Había temor en sus ojos, pero también la ferocidad del animal salvaje perseguido, dispuesto y atacar si eran atacados.

Naturalmente, los salvajes fueron vistos por los policías que guardaban la puerta de la Comandancia.

—¡Son ellos, los fugitivos! —gritó uno de los policías desabrochando la funda de su pistolera—. ¡Hay que detenerlos, vamos!

Los dos salvajes vieron llegar a los policías y echaron a correr hacia la escalera que conducía a los pisos superiores del rascacielos. Los policías, pistola en mano, cruzaron corriendo por delante de los Aznares. El Almirante salió detrás de ellos gritando:

—¡No disparen, captúrenles vivos!

Fidel había seguido a su padre hacia la escalera cuando de pronto apareció en escena, llegando de los sótanos, la muchacha indígena que Fidel había capturado junto con los cuatro guerreros en su expedición a la isla.

La chica, descalza como sus compañeros, vestía un corto traje de suave piel parecida al ante, de tosca confección. Al llegar al vestíbulo se detuvo, mirando asustada en todas direcciones. Por el ancho corredor que conducía directamente a la plaza llegaban dos policías y un oficial. Los Aznares estaban entre ella y la escalera, y a sus espaldas se escuchaban las voces y las carreras de los hombres que venían en su persecución.

En este momento se abrían las puertas corredizas del ascensor

llamado por Fidel. La chica echó a correr en aquella dirección y Fidel la siguió con toda la velocidad que le permitían sus ágiles piernas, colándose en el ascensor detrás de la amazona.

La chica topó con la pared, se vio en la encerrona y se revolvió haciendo frente a Fidel. En la mano empuñaba un corto objeto niquelado. Era un bisturí.

—¡Quieta, muchacha! —le dijo Fidel, conciliador.

Ella le mostró sus blancos y fuertes dientes murmurando algo en un idioma ininteligible para el terrícola.

En este momento, seguramente llamado desde alguno de los pisos de arriba, el ascensor cerró sus puertas y se puso en marcha. El veloz movimiento ascensional asustó a la muchacha, momento que aprovechó Fidel para arrojarse sobre ella y sujetarle por la muñeca el brazo armado del bisturí.

La chica era fuerte y luchó con bravura, colocando la palma de su mano bajo la barbilla de Fidel y empujándole hacia atrás como si pretendiera arrancarle la cabeza del cuello. Fidel no quería causar daño a la muchacha, pero ella seguía empuñando el afilado bisturí que, aunque pequeño, podía convertirse en una arma mortífera.

Buscando con su mano izquierda por la espalda de la amazona, Fidel consiguió agarrarle por la gruesa trenza de cabello y tiró de ella. La rubia cabeza de la muchacha fue violentamente empujada contra el mamparo del fondo del ascensor. Ella soltó la presa que hacía en la barbilla de Fidel y el joven le retorció el brazo para obligarla a soltar el bisturí.

Luchando y jadeando iban de un lado a otro contra las paredes del ascensor. La chica mordió ferozmente en la mano que le sujetaba la muñeca, pero Fidel aguantó el dolor y la tiró rudamente contra el mamparo, retorciéndole el brazo hasta que ella abrió la mano y dejó caer el arma.

—¡Quieta, pequeña… quieta! —jadeó Fidel empujándola contra la pared.

Permanecieron unos instantes inmóviles, los rostros tan cerca uno del otro que Fidel podía sentir el cálido aliento de la muchacha en sus mejillas. Los grandes ojos azules de la isleña miraban a los ojos de Fidel con odio.

—No quiero causarte ningún daño, pequeña —dijo Fidel con acento cariñoso esperando que ella comprendiera su entonación, ya

que no sus palabras.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron automáticamente a espaldas de Fidel. La amazona vio un amplio espacio libre que se extendía más allá de la puerta.

Haciendo acopio de todo su vigor, la amazona propinó a Fidel un violento empujón que tiró a éste de espaldas contra uno de los rincones del ascensor.

De un salto la muchacha traspuso la puerta y se lanzó corriendo por un ancho pasillo que tenía a derecha e izquierda las puertas de numerosos apartamentos, y al final una puerta abierta sobre la terraza superior de la ciudad.

Fidel la siguió corriendo a lo largo del pasillo. La muchacha traspuso la puerta, salió a la terraza y se paró en seco. Fidel llegó a la puerta y se detuvo a contemplarla con una sonrisa de compresión…

La terraza estaba construida con una lámina de cristal de dos metros de espesor, de transparencia diáfana, con una superficie de 10.000 metros cuadrados entre los cuatro rascacielos a ciento cincuenta metros de altura sobre la plaza.

La salvaje estaba quieta, temblando de terror, mirando a sus pies a través del cristal a la plaza donde, ciento cincuenta metros más abajo, se movía la gente…

Aunque sentía bajo sus pies desnudos la fría solidez del cristal, la salvaje no alcanzaba a comprender cómo podía sostenerse en el aire sobre el abismo. El terror y el vértigo se apoderaron de su ingenuo corazón y empezó a tambalearse… lanzó un grito y volvió la cabeza buscando con los ojos a Fidel, que seguía contemplándola desde la puerta.

—¡Hola, hola! —murmuró Fidel riéndose—. ¿Y ahora qué, preciosa salvaje? ¿No te atreves a dar un paso, eh?

En los bellos ojos azules, nublados por el terror, Fidel leyó un mensaje… una llamada de humana angustia en demanda de socorro. Ella se volvió lentamente, como si temiera que el frágil e invisible piso que tenía bajo sus plantas se hundiera precipitándola en el abismo, y le tendió las manos.

Lentamente, sin dejar de sonreír, Fidel avanzó con los brazos extendidos, realizando para la salvaje el increíble milagro de andar por el aire…

Cuando las manos del sideronato estuvieron a su alcance, la muchacha se aferró a ellas con la fuerza de un náufrago asiéndose a una tabla de salvación. Las manos de la chica estaban frías y temblaban entre las de Fidel. El joven tiró de ellas con suavidad, pero la chica se resistió a dar un sólo paso.

Fidel avanzó otro paso. La muchacha, soltándole las manos, le echó los brazos al cuello abrazándose a él desesperadamente. A través de la ropa, Fidel sintió los senos de la salvaje y el latir vigoroso de un corazón joven y asustado.

Comprendiendo que la chica no daría un sólo paso sobre el cristal, Fidel la levantó en brazos. Cogida al cuello de Fidel y ocultando el rostro en su hombro, la muchacha se dejó llevar hasta que cruzaron de nuevo la puerta de la terraza y él la depositó suavemente en el piso de mármol del pasillo.

En este momento se abrían las puertas de uno de los ascensores, y cuatro policías armados irrumpieron en el corredor.

—¡Quietos, deténganse! —les indicó Fidel con un imperioso ademán.

Los policías se detuvieron respetuosamente. Algunas puertas se abrían y de los apartamentos familiares asomaban los rostros sorprendidos de hombres y mujeres.

—La chica queda bajo mi custodia —dijo Fidel a los inquietos policías—. Vayan a buscar a los otros fugitivos que yo me encargo de ella.

—¿La llevará usted al Hospital?

Fidel dijo que lo haría y entró con la muchacha en la cabina del ascensor. Apretó el botón correspondiente al primer sótano, las puertas se cerraron ante la asustada salvaje, y ésta le apretó la mano al sentir el movimiento del ascensor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Fidel. Pero ella no le entendió. Fidel se tocó rudamente el pecho con la mano y dijo—: Fidel. Fi…del. Fidel.

Luego apuntó al pecho de ella preguntando:

—¿Y tú?

Después de repetir la pregunta y la mímica otro par de veces, mientras el ascensor bajaba velozmente, una luz de inteligencia brilló en los hermosos ojos de la chica.

Pegó rudamente con la mano abierta en el pecho de Fidel y dijo:

—Fidel —y a continuación, dándose con la mano en su pecho, dijo—: Woona.

—¡Bravo, chica! —exclamó Fidel regocijado.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y la muchacha dio un paso atrás asustada. Fidel la tomó de la mano diciendo:

—Vamos, no tengas miedo.

Salieron al hangar y cruzando éste entraron en el hospital. La chica tiró de la mano de Fidel, como dando a entender que no quería entrar en aquel lugar ya conocido, pero Fidel la arrastró suave y firmemente, y ella le siguió.

En recepción, una enfermera miró sorprendida a Fidel Aznar.

—¿Cómo la capturó? ¡Esa salvaje casi degüella al doctor Fabra!

—¿Quién está a cargo de la chica?

—El doctor Gracián, del Departamento Psiquiátrico. Avisaré para que vengan los celadores con una camisa de fuerza —dijo la enfermera echando mano del teléfono.

—Nada de camisas de fuerza —se opuso Fidel con energía—. ¿Es así como han estado tratando a los prisioneros?

—No hay otra forma de manejarlos. Son brutales, rudos y violentos, intentaron quitarse la vida golpeando su cabeza contra los muros, tuvimos que ponerles una inyección para dominarles y poder llevarlos a Rayos Equis y sacarles una muestra de sangre, y aprovechando el primer descuido para apoderarse de un bisturí y estar a punto de asesinar a todo el equipo del Departamento Psiquiátrico. ¡Y fue ella, esa salvaje, quien cogió el bisturí!

—Creo que empiezo a comprender lo que ha estado ocurriendo aquí —dijo Fidel—. Usted, que también fue niña, ¿qué impresión le producía cada vez que el doctor tenía que inyectarle con una hipodérmica?

—Lloraba, es natural. Sólo era una niña —confesó la enfermera enrojeciéndose.

—¿Y cómo creen ustedes que debemos considerar a esta pobre gente? Son como niños. Con la diferencia de que nosotros abrimos por primera vez los ojos a un mundo tecnificado, de puertas que se abren solas, de sorprendentes aparatos como el teléfono, la radio y la televisión, de luces eléctricas que se encienden y apagan con sólo pulsar un botón, de agujas hipodérmicas y Rayos Equis. ¡Y ustedes esperaban que esta gente fuera diferente a un niño, sólo porque en

talla y edad parecen adultos!

—Llamaré al doctor Gracián —dijo la enfermera.

—Sí, llámele y dígale que la chica está conmigo en mi casa.

—¿Cómo dice? ¡No estará hablando en serio! ¡No puede hacer eso!

Sin contestar a la enfermera, Fidel tiró de la mano de Woona volviendo a cruzar la puerta del Hospital.

Minutos después, Fidel y Woona abandonaban el ascensor en la segunda planta del edificio de la Comandancia, donde los Aznar tenían su apartamento familiar, puerta con puerta con el apartamento de sus amigos los Balmer.

El viejo Richard Balmer había acudido con su hija Verónica al apartamento de los Aznar, para escuchar de boca de su viejo camarada los planes referentes al próximo desembarco.

—¡Hola! —exclamó el Almirante al ver entrar a Fidel llevando de la mano a la rubia y escultural amazona—. La capturaste, por lo que veo.

—La seguí hasta la terraza. Allí se detuvo asustada sin atreverse a caminar sobre el cristal.

—Es una chica muy guapa —dijo doña Dolores Aznar admirando las proporciones de la salvaje—. ¿Cómo se llama?

—Woona.

—¿Diste cuenta a la policía de que habías capturado a la chica? —preguntó el Almirante.

—Por supuesto. La devolví al Hospital, pero allí querían ponerle una camisa de fuerza. Me negué y la traje aquí. ¿Sabes lo que han estado haciendo con esta pobre gente?

—Espero que no les hayan torturado —dijo el señor Aznar con su mordacidad característica—. ¿Qué hicieron?

—Les pusieron camisas de fuerza, les inyectaron drogas hipnóticas para reducirles, les llevaron ante las pantallas de Rayos Equis y les clavaron otras agujas para extraerles muestras de sangre.

—¿Nada más que eso?

—¡Papá, tienes que tratar de ponerte en lugar de estos infelices para comprender lo que significó para ellos!

—Sí, comprendo lo que quieres decir —murmuró el Almirante abandonando su acento festivo—. Ni siquiera a mí me gusta que me pinchen con esas malditas agujas.

Sonó el zumbador de la puerta. La selvática Woona pegó un brinco de sobresalto y Fidel fue a abrir. Era el doctor Gracián acompañado de dos celadores que traían una camisa de fuerza. Tanto el doctor como los enfermeros conservaban todavía sus batas blancas. El doctor entró muy enfadado, preguntando a Fidel:

—Veamos, ¿dónde tienes a la salvaje?

—Hola doctor —saludó el señor Aznar poniéndose en pie—. Pase, no se quede en la puerta.

En verdad, el médico ya estaba dentro del apartamento. Enrojeció y se disculpó.

—Usted perdone, don Miguel. Se trata de esa chica. Fidel vino con ella al Hospital y luego desatendió las indicaciones de nuestra enfermera jefe, llevándose de nuevo a la salvaje.

—Sí, mal hecho —dijo el Almirante sacudiendo la cabeza—. Al parecer, mi hijo formó una mala opinión de los procedimientos que ustedes están utilizando con los nativos. Más o menos da la impresión de que han estado torturándoles…

—¡Torturándoles! —exclamó el doctor indignado—. No habrá creído usted eso.

—Yo no. Pero bien mirado, si nos colocamos en lugar de los prisioneros, puede que ellos no piensen lo mismo que nosotros.

—Hemos hecho lo que estábamos obligados a hacer. Examinar su esqueleto y sus órganos a través de Rayos Equis, analizar su sangre, sus mucosas y su orina… Gracias a nuestro trabajo sabemos ahora que estas criaturas están biológica y anatómicamente constituidos como nosotros. Hemos llevado a cabo una gran labor, ni más ni menos que lo que se esperaba y exigía de nosotros, y hemos tratado en todo momento de ser pacientes y comprensivos con estos salvajes.

—¿Por qué les llama salvajes, doctor?

—Bueno, ¿es que no lo son? —se extrañó Gracián.

—Suponga que ellos nos llamen a nosotros bárbaros. ¿Lo somos? No en nuestro propio concepto, claro que no. Sin embargo, ¿cómo hemos aparecido ante ellos? Los muchachos se presentaron ante ellos vestidos con una forma extraña, salieron de una aeronave que descendía directamente del cielo, y matamos o producimos graves quemaduras a muchos de los nativos con nuestros rayos Zeta. Les trajimos a nuestro autoplaneta, les metimos en un laboratorio y nos

dedicamos a examinarlos, sobarlos y pincharles por todos lados como si fueran bichos raros. ¿No seremos nosotros, con razón, más raros que ellos con respecto a nosotros, doctor Gracián? Usted es psicólogo, entre otras muchas cosas. ¿Qué me dice a esto?

—Que es posible que tenga usted mucha razón. Ellos no están en condiciones de comprender nuestras intenciones ni nuestros procedimientos. Soy psicólogo y tuve en cuenta este aspecto del problema. Sin embargo, no existía otro procedimiento para llegar rápidamente a las conclusiones que finalmente pudimos obtener gracias a nuestro trabajo de investigación.

—Pero su trabajo de investigación ya ha terminado, ¿no es cierto? —dijo Fidel—. Ya no hay razón para que la chica siga en el Hospital, encerrada como un animal salvaje en una celda acolchada, prisionera de una camisa de fuerza, rodeada de hombres vestidos de blanco que la contemplan como un bicho raro…

—Quedan otras muchas cosas por investigar —aseguró el doctor —. Necesitamos estudiar su lengua, por ejemplo. Sólo cuando aprendamos su idioma podremos penetrar en su mentalidad, conoceremos su cultura, su sistema social y sus creencias religiosas entre otras muchas cosas. Yo y mis ayudantes hemos empezado ya con la tarea.

—Dígame, doctor —preguntó el señor Aznar—. ¿Sabe ya como se llama esta chica?

—No. Es demasiado pronto. Supongo que habrá de trascurrir un tiempo hasta que vayan calmándose y acostumbrándose a nosotros y a los objetos que nos rodean.

—La chica se llama Woona —dijo el Almirante.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Gracián con incredulidad.

—Ella me lo dijo —contestó Fidel.

—¡Pero si se han negado a cruzar una palabra con nosotros! Y no sólo eso. Tampoco quieren comer, ni beber. Intentaron suicidarse, y en la primera oportunidad nos atacaron y casi nos matan.

—¿Fue ella quien se apoderó de un bisturí y atacó a los hombres de su equipo? —preguntó Fidel.

—En efecto, fue la chica. Nunca debimos compadecernos de su condición de mujer. Es muy peligrosa, se lo aseguro. ¡Y ahí donde la ve tiene la fuerza de un titán!

—Pues yo la veo muy tranquila ahora —dijo el señor Aznar sonriendo irónicamente—. A decir verdad, parecía mucho más tranquila hasta que usted llegó. ¿No es lógico que la chica sienta temor ante usted, asociándole al recuerdo de las agujas hipodérmicas, los Rayos Equis y las camisas de fuerza? Yo no soy psicólogo, doctor. Sin embargo, temo para mí que poco será lo que usted y sus ayudantes consigan de estos nativos. ¿Por qué no permite que se ocupe Fidel de ella? Él es joven y no mal parecido, y ella es una mujer al fin y al cabo. Quizás ha encontrado en este majadero su campeón y protector, ¿quién sabe?

—No me opondré a que Fidel haga una prueba. Puede venir mañana al Hospital y colaborar con nosotros.

—Nada de volver al Hospital —dijo el Almirante con rudeza—. La chica se quedará aquí. Espero conseguir con un trato familiar mucho más que ustedes con todas sus retorcidas teorías.

—Muy bien, si ese es su deseo —dijo el doctor con mal disimulado enojo—. Bien entendido que no me hago responsable de cuanto pueda ocurrir.

—¡Vaya, doctor! ¿Se ha enfadado? No lo tome así, no sea chiquillo. No tratamos de competir con usted, sólo se trata de hacer una prueba —dijo el Almirante Aznar.

—Les deseo mucho éxito —dijo secamente el doctor. Y con una leve inclinación de cabeza—. Buenas noches, señora Aznar. Buenas noches a todos.

Salió y se llevó consigo a los celadores. Apenas se hubo cerrado la puerta, el Almirante soltó una carcajada.

—¡Allá va el doctor echando chispas! ¿Por qué serán tan quisquillosos estos doctores cuando alguien intenta interferirse en los asuntos de su competencia?

—Suponte que el doctor Gracián quisiera indicarte la mejor manera de llevar el autoplaneta a un rumbo determinado —dijo el señor Richard Balmer—. ¿Qué dirías a eso?

—Le mandaría a paseo, sencillamente. Pero no es lo mismo, ¡qué caray! Yo no he estudiado psicología ni sociología, pero he vivido muchos años, igual que tú, y creo saber algo acerca de las reacciones del espíritu humano. Dicen que los prisioneros se niegan a comer. ¿Significa eso que se han declarado en huelga de hambre, o sencillamente que no les gusta nuestra comida? ¡Lola, prepara

algo de comer para Woona!

—Será mejor que todos comamos con ella —apuntó Fidel—. De lo contrario puede pensar que intentamos envenenarla. Tío Richard, ¿habéis cenado?

Los Balmer no habían cenado y se quedaron con sus amigos, atraídos por la novedad de la presencia de la rubia salvaje. Woona, evidentemente, no se encontraba muy a sus anchas allí, entre gente desconocida, pero de cualquier modo esto debía ser para ella mucho mejor que la celda acolchada del Hospital donde hasta entonces había estado aislada.

La muchacha todo era mirar a su alrededor, observando los muros y los techos, las lámparas y los cuadros que colgaban de unos y otros, los muebles, espejos y cuanto de novedoso era para ella, que era prácticamente todo.

Los cosmonautas no tenían mucho que elegir en su parco repertorio de alimentos. La cena de aquella noche consistía en sopa de mejillones, carne sintética con buñuelos de harina artificial, pan de algas, margarina y melaza.

Puestos los platos sobre la mesa por Verónica, la señora Aznar vino de la cocina con la sopera y todos se sentaron alrededor de la mesa.

Woona, que debía estar ferozmente hambrienta, husmeó el agradable olor que salía con el vaho del plato de sopa. Tomó la cuchara, la examinó con curiosidad y miró a sus indiferentes comensales para observar cómo usaban el instrumento. Finalmente, metió la cuchara en la sopa, la probó… ¡y le gustó!

Terminó Woona rápidamente con su ración, entre grandes sorbos que provocaron la sonrisa comprensiva y complaciente de sus anfitriones, y miró ávidamente a la sopera como queriendo más.

—¿Más? —le preguntó la señora Aznar. Pero la chica no pareció entenderla y doña Dolores le sirvió lo que quedaba en la sopera.

La carne sintética, por el contrario, no fue del gusto de Woona. Para empezar, ni siquiera tenía el aspecto de carne, y su sabor se parecía a la nuez moscada. Woona apartó con repugnancia aquella pasta rojiza presentada en forma de pasta en rodajas, y sólo aceptó, aunque haciendo muecas, una rebanada de pan untada con margarina.

Tampoco le gustó el sucedáneo del café que los cosmonautas

tomaban después de las comidas.

—Como no desembarquemos pronto y obtengamos carne “de verdad”, ésta se nos muere de hambre —comentó el Almirante Aznar.

Esto suscitó un largo comentario acerca de los planes para el inminente desembarco, tema que había quedado interrumpido cuando Fidel llegó acompañado de Woona.

Fidel y Verónica acompañaron a la indígena a la habitación de los huéspedes. Le mostraron el cuarto de baño y la forma de utilizar los distintos servicios. Aunque echando recelosas miradas al retrete de impoluta blancura, la muchacha encontró muy agradable el agua caliente y fría que salía de los grifos.

Le mostraron la cama, reclinando Fidel la mejilla sobre la palma de la mano para indicarle que aquello era para dormir. Woona comprendió lo que quería decirle y se tiró sobre la cama, mas al sentir que los muelles cedían bajo su cuerpo, pegó un grito de susto y se puso en pie de un brinco.

Fidel se echó a reír.

—Apuesto a que nunca has dormido sobre una cama tan blanda —dijo. Y tendiéndose en el lecho le demostró que no había ningún peligro en su voluptuosa blandura.

Woona volvió a probar con gran lujo de precauciones, hasta que adquirió confianza y empezó a dar saltos, haciendo flexionar los muelles, lo que le causó gran risa.

Fidel, finalmente, le mostró la forma de encender y apagar la lamparilla eléctrica, tirando del cordón que accionaba el interruptor. Woona, siguiendo su mímica, tiró del cordón y apagó. Volvió a tirar y encendió, y como si hubiera realizado una gran hazaña, miró orgullosamente a sus amigos.

Fidel y Verónica se retiraron cerrando la puerta.

—¿Intentará escapar? —preguntó Verónica un poco intrigada.

—Si lo intenta no voy a impedírselo —contestó Fidel.

Pero los Balmer se marcharon una hora más tarde, y en la habitación de los huéspedes todo seguía en silencio. No obstante, antes de retirarse a su propia habitación, Fidel y el Almirante se acercaron de puntillas para escuchar.

Por debajo de la puerta salía intermitentemente un rayo de luz que se apagaba y encendía. Woona seguía practicando aquél

maravilloso milagro de encender y apagar una luz tirando de un cordel.

CAPÍTULO V

LA GRAN AVENTURA

Montada a escala de una operación militar, cada fase del desembarco había sido planeada en sus menores detalles.

El inventario del “Rayo” comprendía una copiosa variedad de material, que tuvo que ser clasificado y ordenado, de modo que cada máquina, cada pieza de equipo y cada herramienta se encontraran a mano en el lugar previsto para ser depositados en el sitio donde tendrían que ser utilizados.

Se asignó cada máquina y cada herramienta a un hombre y se eligieron jefes de equipo sobre quiénes recaería la responsabilidad de la correcta ejecución de las órdenes. Los planes se trazaron sobre gran cantidad de ortofotogramas, utilizándose también maquetas de arena a gran escala.

Después de largas deliberaciones se modificó el primer plan, en el sentido de efectuar un tercer desembarco en la altiplanicie, a una distancia aproximadamente equidistante entre la cordillera occidental y el borde de la meseta.

Se decidió así porque ni la región montañosa, ni el accidentado borde de la meseta eran lugares apropiados para el establecimiento de la futura ciudad. El clima en el centro de la altiplanicie parecía ser salubre, y allí existía un lugar adecuado, cerca del río y junto a uno de los tributarios de la gran corriente que estaba llamada a mover las turbinas de la central hidroeléctrica.

El primer desembarco se efectuaría en las montañas, directamente sobre el yacimiento de uranio. Más de mil hombres, escogidos entre los más jóvenes y aptos para desarrollar un trabajo rudo, serían desembarcados allí juntamente con cierto número de

pesadas máquinas excavadoras, martillos neumáticos, trenes de vagonetas y locomotoras eléctricas, incluyendo los elementos necesarios para el montaje de una instalación para la elaboración primaria del mineral.

Desplazándose en el aire doscientos kilómetros al Este, el "Rayo" realizaría otro desembarco masivo de personal y materiales junto a la confluencia de los dos ríos. Más de cinco mil personas, la mayoría mujeres, niños y hombres que pasaban de los cuarenta años de edad, es decir, la mayoría de los veteranos que conocieron el día dramático en que, arrollados los ejércitos terrícolas por el Hombre Gris, el autoplaneta "Rayo" se dio a la fuga llevando consigo a los restos de una Humanidad condenada a la esclavitud y el exterminio.

Posteriormente, el "Rayo" se movería hasta el borde de la meseta, desembarcando junto a la gran cascada la maquinaria, el personal y el equipo técnico destinado a montar la primera planta eléctrica, de la cual dependía el futuro de la colonia.

El "Rayo", por último, marcharía a sumergirse en el océano, desde donde seguiría enviando energía eléctrica para el movimiento de las máquinas junto a la gran cascada. Ni el campamento principal, en la llanura, ni el yacimiento recibirían energía eléctrica hasta en tanto la central hidroeléctrica empezara a funcionar.

Sin embargo, los tres campamentos estarían comunicados por radio.

La moral era alta entre los colonos, pese a la inevitable alteración de sus tranquilas costumbres, la renuncia a las comodidades que disfrutaban a bordo del "Rayo" y los grandes sacrificios que se verían obligados a realizar hasta completar la instalación de su nueva ciudad. Por aquellos días todo el mundo deseaba que llegara cuando antes el momento del desembarco. Y el momento llegó.

En los días que antecedieron al desembarco se respiraba a bordo una atmósfera como electrizada. La gente se movía aprisa, los altavoces intercalaban las marchas marciales con las llamadas al personal, y en todos los hogares las familias hacían los preparativos para la marcha.

A medida que cada hombre y mujer iba conociendo su destino, las visitas de despedida eran frecuentes entre familiares y amigos. Las voces y las risas tenían un acento agudo, como no había

sucedido desde el lejano día que el autoplaneta abandonó la Tierra para emprender aquella increíble aventura a la búsqueda y conquista de un nuevo mundo.

Esto ocurría incluso en el apartamento de los Aznar, donde Fidel avanzaba rápidamente en el aprendizaje de la lengua de Woona, felizmente auxiliado por Verónica Balmer.

Ayudándose de un proyector de cine y de una máquina traductora de idiomas, Fidel sometía a la amazona a cortas y amenas sesiones. Pasaba la película, y parando la imagen en determinada escena preguntaba a Woona.

—¿Qué es esto?

La escena podía presentar a un hombre pescando. Woona, para quien todavía era algo incomprensible aquello de ver escenas en movimiento proyectadas sobre una pantalla blanca, contestaba a las distintas cuestiones que le iba señalando Fidel; el hombre en su función de pescador, la caña, el anzuelo, el sedal, el pescado…

Fidel introducía en la máquina grabadora los términos correlativos…

—Jasak… pescador. Jas… pescado. Briyes… caña.

Fidel utilizaba su propia voz para las palabras castellanas, y hacía que Woona pronunciara su equivalente ante el micrófono.

La pronunciación era muy importante, pues la máquina traductora, del tamaño de una máquina de escribir portátil, era de una sensibilidad extremada. Esta máquina "leía" sílaba por sílaba la reproducción gráfica representada en una pantalla en forma de curvas sinusoides, fotografiaba la palabra completa y la archivaba en su memoria electrónica. A continuación hacía lo mismo con la palabra equivalente quedando ambas impresas en un circuito colateral. El resto era relativamente sencillo, pues cuando Fidel deseaba repasar el vocabulario, sólo tenía que apretar un botón y hablar en castellano ante el micrófono.

La máquina fotografiaba las vibraciones representadas en la pequeña pantalla, extraía de su memoria la fotografía archivada con anterioridad y hacía sonar en el altavoz la palabra equivalente en lengua nativa. Hacía todo esto tan rápido que, prácticamente, estaba recibiendo las palabras en castellano por el micrófono y dando su traducción literal a través del altavoz.

En la práctica, sin embargo, era preferible hacer una pausa entre

párrafo y párrafo, o incluso entre parlamentos completos.

Después de una semana, Fidel tenía en su máquina un vocabulario de dos mil palabras, que eran suficientes de momento para sostener una conversación seguida con Woona. Pero la amazona todavía no había visto funcionar la máquina traductora hasta la víspera del día “D”, fijado para el desembarco.

Ésta era una sorpresa que Fidel le tenía reservada.

En el apartamento de los Aznar los preparativos seguían idéntico ritmo que en el resto de los hogares de la colonia. Sólo se permitiría llevar un fardo por persona y éste no debería exceder en ningún caso de 25 kilos. De hecho, cada familia sólo podría llevar consigo un par de mantas por cabeza, cubiertos, vajilla y enseres de cocina, y algunos objetos de uso personal. Ni muebles, ni aparatos electrodomésticos. Solamente lo estrictamente indispensable.

Woona parecía haber intuido que algo se estaba preparando y miraba preocupada las idas y venidas de la señora Aznar. Fidel vino con la máquina traductora, la puso sobre la mesa y obligó a Woona a sentarse.

Fidel puso el aparato en marcha, tomó el micrófono y habló:

—Querida Woona, no te asuste escuchar a tu voz hablando palabras mías. Éste es uno de los pequeños milagros de nuestra “magia” que tú no puedes comprender. Si tú quieres hablarme, cosas, háblale a la caja en tu lengua. La caja me repetirá tus palabras en mi lengua.

Fidel apretó un botón y esperó a ver el asombro de Woona cuando la caja “mágica” empezó a emitir sonidos en la lengua y la propia voz de la salvaje. Woona no esperaba nada parecido y pegó un respingo mirando a la caja temerosamente.

Fidel le sonrió y le puso en la mano el micrófono.

—Habla —le dijo.

Woona tomó el micrófono, quedóse meditando unos instantes y habló. Soltó una larga parrafada y después se detuvo mirando a Fidel con aire perplejo. Fidel apretó un botón y de la caja brotó su propia voz traduciendo las palabras de Woona.

—Tu magia es grande, ¡oh Fidel! Grande es tu poder, que hace hablar a una caja con la voz de Woona. Si alguna vez Woona regresa con su gente, nadie creerá las grandes maravillas que ella puede contar. Ni la misma Woona puede creer lo que ve. ¿Será todo

producto de un sueño, o esta es la realidad más allá de la muerte? ¿Dónde moráis? ¿Pertenecéis al pasado… al presente… al futuro?

Fidel tomó el micrófono y habló:

—Querida Woona, comprendo tu confusión. Somos seres reales, existimos en el presente y no sueñas ni formas parte del mundo de los muertos. Mírame, soy un ser mortal como tú misma. No hay diferencia en el color de nuestra piel o nuestra sangre, ni en la forma de nuestros cuerpos. Sólo hay una diferencia. Mi pueblo es mucho más viejo que el tuyo. Ha vivido una existencia anterior en otra tierra perteneciente a otro mundo y hemos llegado hasta aquí en una gran nave que vuela…

Fidel se detuvo indeciso. ¿Podría la primitiva mentalidad de la muchacha comprender los conceptos de lejanía espacio y tiempo?

—Lamento que no puedas comprenderme, Woona. Todo será más fácil dentro de unas horas, cuando nos encontremos juntos en tu mundo, ese mundo que conoces y te es familiar.

Hizo Fidel que la máquina tradujera sus palabras y esperó sin grandes esperanzas de que la muchacha pudiera comprenderle. Woona escuchó atentamente. Luego arrebató el micrófono de la mano de Fidel y habló:

—¿Voy a regresar al País de Amintu, con mi pueblo?

—Sí.

Los bellos ojos de la amazona se iluminaron de felicidad. La conversación no pudo continuar porque en este momento llegó el Almirante Aznar.

—¿Sigues dándole vueltas a ese chisme, eh? —dijo señalando a la máquina traductora—. He estado leyendo el informe del doctor Gracián. Después de todo, él parece haber llegado a conclusiones mucho más convincentes que las tuyas. Supo aprovechar su tiempo interrogando a los prisioneros. Tuve que admitir que había hecho un buen trabajo y felicitarle por ello.

—Hiciste bien en felicitarle —repuso Fidel—. Para mí, el estudio del idioma de los nativos va más allá de una competencia de tipo personal entre el doctor y yo.

—Bien, si lo tomas de ese modo —dijo el señor Aznar.

—Papá, quiero que comprendas esto. Mientras al equipo del doctor sólo le urgía obtener la información sobre la isla, yo he llegado mucho más lejos en el conocimiento de la mentalidad y el

corazón de los nativos. Apuesto a que la máquina de Gracián no es capaz de traducir conceptos tan empíricos como los sueños, el amor, el temor o la esperanza. La información obtenida por los psicólogos nos basta para lo que queremos ahora. Pero más adelante, cuando tengamos que entablar relaciones de verdadera amistad con los nativos, mi máquina contendrá todos esos valores que el doctor ha desdeñado ahora para redactar un simple informe sobre el clima o el número de habitantes y las fortalezas con que cuenta la isla. ¿Quieres hablar con Woona utilizando la máquina traductora?

—No tengo tiempo ahora, estoy muy cansado y todavía faltan por concretar algunos detalles. Parece mentira que después de una semana queden tantos cabos por atar.

—¿Ha surgido alguna dificultad seria?

—No, nada grave. Son los pequeños detalles lo que me fastidia. Desembarcaremos al amanecer. Se dará el toque de diana a la media noche. El primer contingente deberá llegar a tierra firme cuando el sol asome sobre el horizonte en Nueva España. Te he confiado una misión. Te encargarás del servicio de información y seguridad. Ricardo irá contigo en un helicóptero. Vigilaréis los alrededores en previsión a un ataque de los nativos mientras se lleva a cabo el desembarco. Ve a ponerte de acuerdo con Ricardo.

Durante la última semana, Fidel se había mantenido bastante alejado de la Comandancia. Conocía al dedillo los detalles del desembarco a través de los comentarios de su padre, pero no había asistido a ninguna de las agotadoras sesiones de la Plana Mayor.

Sintiéndose un poco culpable, Fidel fue a ver a su amigo Ricardo en el apartamento de los Balmer. Ricardo lo tenía todo dispuesto; el helicóptero, la tripulación, el equipo, las armas e incluso los víveres que llevarían consigo.

—Bien, parece que me he dormido un poco mientras los demás trabajabais —dijo Fidel dolido—. Son las ocho, todavía puedo dormir dos o tres horas hasta el toque de diana.

—Fidel —dijo Ricardo ya junto a la puerta—. ¿Qué habéis dispuesto respecto a Woona?

—Nada en concreto. Me gustaría conservarla con nosotros al menos hasta que vayamos a parlamentar con su gente.

—¿Por qué no la llevamos con nosotros? Ella conoce el terreno.

Puede sernos de alguna utilidad.

—Se lo diré al viejo. Si está de acuerdo la llevaremos con nosotros en el helicóptero.

Fidel regresó a su apartamento, donde encontró a su padre cenando. Woona hacía esfuerzos por engullir aquella masa rojiza y extraña a la que los cosmonautas llamaban carnes.

—Pobre muchacha —dijo Fidel—. Espero que mañana podamos ofrecerle algo más consistente.

—¿Cómo qué? —preguntó el Almirante.

—Aves… algún animal de los que ellos cazan. Ricardo ha previsto llevar un par de escopetas. Tal vez tengamos ocasión de disparar sobre algún bicho.

—Sería muy conveniente —dijo el Almirante—. El más grave de los problemas con que vamos a encontrarnos en tierra va a ser el del aprovisionamiento. Hemos cosechado todas las algas de nuestros víveres y llevaremos todas nuestras reservas de alimentos. Pero estos no van a durar más allá de un par de semanas.

—Woona conoce el territorio y debe conocer no sólo las especies animales, sino el lugar donde habitualmente los cazan. ¿Qué te parece si llevamos con nosotros a la chica en el helicóptero?

—Sí, es una buena idea. Allí estorbará menos y tal vez pueda sernos de alguna utilidad.

Muy satisfecho de su maniobra, Fidel esperó a que terminara la cena para poner sobre la mesa la máquina traductora y grabar un mensaje para Woona.

—Woona, al amanecer de mañana todo el pueblo terrícola va a desembarcar en el País de Amintu. Volverás a pisar tu tierra. ¿Quieres venir conmigo?

Woona escuchó la traducción, sus ojos se iluminaron de alegría y arrebató el micrófono de la mano de Fidel.

Habló rápidamente a la máquina y ésta tradujo:

—Woona estará muy feliz de regresar al País de Amintu contigo. Contaré a mi gente todas las cosas maravillosas que aquí han visto mis ojos. Mi viejo padre se sentirá muy honrado de teneros por huéspedes. La comida es muy buena y abundante en el País de Amintu, el vino fuerte y el agua clara y fresca, sin ese mal sabor que tiene la vuestra. Tengo dos hermanos, Acanto y Loganho. Ellos cuidan del rebaño de mi padre. Son fuertes y rudos, pero valientes y

nobles de corazón. Yo les diré de qué forma tan exquisita me habéis tratado y ellos serán vuestros amigos.

El viejo Almirante escuchaba sorprendido la casi perfecta traducción del parlamento de la muchacha, hasta que al terminar éste exclamó:

—Veo que has hecho un buen trabajo, hijo. Tal vez debía darte la oportunidad de comparar tus resultados con los del equipo del doctor Gracián. Pero quizás sea mejor no haberlo hecho. Los doctores psicólogos se habrían sentido muy humillados. Déjame la maquinita sobre la mesa para que yo la lleve conmigo mañana. Tú conoces suficiente el idioma de los nativos para entenderte con ellos sin necesidad del aparato. A mí puede venirme muy bien para parlamentar con los nativos si se tercia el caso.

El Almirante se puso en pie exhalando un suspiro.

—Bien, vamos a descansar un rato. Mañana será un día muy movido. ¡Dios mío, temo que no voy a pegar ojo en toda la noche!

Realmente, pocos pudieron conciliar el sueño aquella noche a bordo del autoplaneta. La excitación se extendía por toda la ciudad y hacía víctimas del insomnio a los inquietos cosmonautas. En la vigila todos los pensamientos iban hacia aquel planeta al cual tendrían que ganar con su trabajo, su voluntad y quien sabía si con su sangre.

Mientras tanto, allá en Redención, la noche extendía su negro manto sobre la isla que, en unas horas, iba a ser escenario de la más increíble aventura llevada a cabo por el hombre.

Aunque el diámetro de Redención era casi el doble que el de la Tierra, todo el globo daba una vuelta completa sobre su eje en sólo dieciséis horas. El día de aquel mundo sólo tenía ocho horas de luz diurna. El desembarco debería comenzar al amanecer para concluir antes de la puesta del sol.

A las veinticuatro horas del horario de a bordo, el circuito perifónico dejó oír a través de los altavoces el marcial toque de diana interpretado por cornetas y tambores. Simultáneamente, brillaban los grandes focos eléctricos, y como estirados tableros de damas, se encendían las luces en todas las ventanas de los sesenta pisos de cada uno de los cuatro rascacielos.

Durante cinco minutos atronaron los ámbitos las trompetas y tambores. Siguieron diez minutos de alegres marchas militares, y

después los altavoces empezaron a impartir órdenes y recomendaciones:

—Atención… Mantengan la calma y el orden. Todos los tiempos han sido calculados con margen suficiente para que no se produzca tumultos ni atascos. Las familias disponen todavía de dos horas antes de concentrarse en la plaza. Dispongan sus fardos en la forma que se les instruyó. Cosan bien las etiquetas y asegúrense de que su número está correctamente escrito en ellas… No pierdan de la mano a sus niños cuando tengan que salir a la plataforma exterior… Ingieran con el desayuno las pastillas para evitar el mareo… ¡Atención al grupo primero, diríjanse hacia las compuertas! ¡Pelotón número uno a la compuerta número uno! ¡Pelotón dos a la compuerta número dos…! ¡Patrulla número dos a la compuerta número dos…! ¡Patrulla de acompañamiento y seguridad, acudan al hangar!

En el apartamento de los Aznar toda la familia había saltado en pie al primer clarinazo. Fidel se dirigió al cuarto de baño en primer lugar para lavarse la cara y afeitarse. Había dormido bien y se encontraba feliz y lleno de entusiasmo.

El Almirante golpeó con los nudillos en la puerta.

—¿Qué haces, maldición? ¿Afeitándote, para qué? No vas a un concurso de belleza.

Fidel recogió su afeitadora, su peine, su cepillo de dientes y lo envolvió todo en una toalla junto con una pastilla de jabón.

Desde el baño, Fidel se dirigió a la cocina para desayunar, llamando con los nudillos en la puerta de la habitación de Woona. La muchacha debía estar despierta, pues abrió enseguida.

—Ven a desayunar. Hoy verás de nuevo el País de Amintu —le dijo Fidel.

Los ojos de Woona brillaron. Siguió a Fidel hasta la cocina, donde la señora Aznar preparaba el desayuno. La amazona había adelgazado mucho desde que cayó prisionera, aparte del impacto psíquico que representó para ella verse trasladada a un mundo supertecnificado, porque rechazaba y no era capaz de acostumbrarse al régimen de comida seguido por los extranjeros.

Como de costumbre, sólo aceptó una rebanada de pan de algas untada con margarina.

Salieron al comedor, donde la señora Aznar ataba un fardo con

las ropas de la cama y el escaso vestuario de Fidel.

—Llevaré el fardo conmigo en el helicóptero —dijo Fidel.

El Almirante tenía costumbre de desayunar en el comedor y esperaba a que le sirvieran el café, si por tal podía pasar el negro sucedáneo que tomaban los tripulantes del “Rayo”.

La despedida fue breve, tal como a aquella misma hora ocurría en el resto de los hogares de la ciudad. Toda persona joven, capaz de desarrollar un esfuerzo físico de importancia o conducir una máquina, había sido movilizada sin distinción de sexo o estado.

Muchos hombres fueron separados de su esposa y sus hijos, y muchas jóvenes de sus novios, padres y hermanos. Pero no se registró ni una sola protesta. Los tripulantes del “Rayo” eran conscientes de la trascendencia del momento y aceptaban responsabilidades y sacrificios con alegría e ilusión. La gran aventura, prolongada durante más de cuarenta años a través del Cosmos, debía culminar hoy con la conquista de un nuevo mundo por los hijos de la Tierra.

—Sabrás de mí por los informes que demos a través de la radio —dijo Fidel a su padre.

—Claro que sí, hijo. Ve y no te preocupes.

Fidel cargó con el fardo y salió seguido de Woona.

En el corredor coincidieron con Ricardo Balmer, que salía de su apartamento también con un fardo. Por no esperar al ascensor, tomaron las escaleras hasta el hangar.

El hangar parecía más grande esta madrugada. Sólo quedaban en él los destructores siderales y las “zapatillas volantes”, que estaban momentáneamente fuera de uso por falta de combustible fisionable para sus motores atómicos. Todas las máquinas que antes atestaban el hangar habían sido trasladadas durante los días anteriores a la enorme plataforma que formaba el anillo exterior del “Rayo”.

Aparte de los destructores y las “zapatillas volantes”, que hoy podrían haber prestado servicios inestimables, sólo había en el hangar dos helicópteros de tipo medio que esperaban con las palas del rotor plegadas.

Estos helicópteros eran del tipo de casco flotante, capaces para posarse lo mismo sobre el agua que sobre tierra firme. Sus rotores eran accionados por energía eléctrica, utilizando el mismo

procedimiento que los vehículos y el resto de las máquinas que iban a ser utilizados en tierra. Esto es, recibían por una antena la electricidad enviada desde la emisora de ondas energéticas del “Rayo” y transformaban la naturaleza de estas ondas aplicándolas a la fuerza motriz.

Como consecuencia de este original sistema de transmisión de energía sin hilos, el helicóptero sólo podía volar dentro del radio de alcance eficaz de la emisora del “Rayo”.

Varios hombres se movían en torno a los helicópteros. De éstos, solamente uno estaba destinado al servicio de patrulla. El otro quedaba para distintas misiones igualmente importantes, entre ellas conducir a tierra a la Plana Mayor, trasladar a los equipos técnicos y servir de ambulancia, en previsión de los accidentes que inevitablemente se producirían durante y después del desembarco.

Cuatro hombres completarían el equipo ya formado por Fidel Aznar y Ricardo Balmer. Se trataba de Luis Orbizabal y Pedro Arza, cámaras del equipo de TV, de José Vicent, topógrafo, y de Daniel Landa, técnico sanitario.

Aunque todos eran jóvenes, no parecían gente demasiado apropiada para empuñar una metralleta si venía el caso. Fidel supo entonces que la misión de los cámaras a bordo era filmar las escenas del desembarco. El helicóptero debería acudir allí donde se produjera un accidente en ausencia del segundo helicóptero, y tratar de auxiliar a los heridos mientras llegaba la ambulancia volante con su equipo médico.

De hecho, se había desdeñado la posibilidad de que los nativos atacaran ninguno de los tres campamentos, en la montaña, en la altiplanicie o en el borde de la meseta, junto a la selva virgen.

Sin embargo, había abundancia de armas a bordo del helicóptero de patrulla, metralletas, pistolas, granadas de mano y machetes. Eran armas de tipo convencional y modelo muy antiguo. La munición, sin embargo, había sido revisada en previsión de fallos y atascos.

En plena penuria de materia radioactiva no había ni que soñar en balas explosivas. Se retornaba a la pólvora y a la trilita como explosivos.

Ricardo Balmer había traído a bordo con anterioridad un par de escopetas, verdaderas piezas de museo con las que esperaba

iniciarse en el deporte de la caza.

—¿Cuántos de vosotros habéis disparado una pistola alguna vez? —preguntó Fidel.

Los cuatro hombres a quienes iba dirigida esta pregunta se miraron unos a otros.

—Es fácil —dijo Orbizabal—. Todos hemos visto cómo se hace en las películas.

—Está bien, ceñiros un arma cada uno. Cuando dispongamos de tiempo haremos algunas prácticas —dijo Fidel.

Los hombres se ciñeron los cinturones con las pistolas. Los fardos fueron estibados en un rincón de la amplia cabina, donde no estorbaran. Vicent traía consigo algunos aparatos de topografía y los operarios de TV se cuidaron de sus cámaras.

El altavoz del hangar dejó oír un silbido, seguido de una voz que ordenaba:

—¡Atención la patrulla aérea! ¡Sitúen su aparato en el montacargas!

Fidel y Ricardo fueron a ocupar los puestos del piloto y copiloto respectivamente. Apenas se había ceñido Fidel los auriculares cuando recibió una comunicación por radio desde la Cámara de Control:

—¡Atención, patrulla aérea! ¿Están preparados?

—Helicóptero de patrulla de Control. Estamos preparados —contestó Fidel.

—Su aparato va a ser empujado hasta la plataforma de vuelos cuando el “Rayo” se encuentre a cuatro mil metros de altura. A tres mil metros de altura despegarán y volarán en círculo alrededor del autoplaneta. Sus cámaras de televisión serán nuestros ojos para ofrecernos una visión de conjunto del desarrollo de la operación, tanto de lo que ocurre en tierra como en la plataforma de desembarco.

—Sí, señor. Entendido.

El personal de servicio del hangar cerró la portezuela y luego empujó al aparato, que rodó sobre sus ruedas hasta quedar sobre la plataforma entre las cuatro columnas de acero. Los hombres se retiraron, la plataforma elevó al helicóptero hasta la esclusa y la cabina fue invadida de la luz roja procedente del exterior.

Poco después Fidel y Ricardo escuchaban en sus auriculares el

aviso de la Cámara de Control. Ante la proa del helicóptero se abrieron las compuertas. Un rayo de sol entró en la cabina a través de los cristales. Los hombres que esperaban en el interior de la esclusa, provistos de trajes especiales contra el frío y mascarillas de oxígeno, empujaron por detrás al helicóptero haciéndolo rodar hasta el centro de la plataforma de 90 metros de ancho que en forma de anillo rodeaba al autoplaneta.

La enorme plataforma, a derecha e izquierda del helicóptero, aparecía completamente cubierta de cajas, paquetes, bidones y maquinaria.

Destacaban las enormes “bulldozers” sobre orugas, las pesadas apisonadoras y escarificadoras, las compactadoras y las locomotoras eléctricas. Pero también se veían plataformas de ferrocarril, cantidad de vagonetas, excavadoras y camiones volquete sobre enormes neumáticos. Además de otro material diverso había montones de raíles, vigas de acero, bombonas para la soldadura y montañas de plancha de hierro.

Enormes grúas se habían montado junto al mismo borde de la plataforma, destinadas a descolgar todo aquel complejo arsenal hasta tierra. Pero de momento no había un alma viviente sobre el anillo. Un fuerte viento barría la plataforma haciendo tambalear al helicóptero. Sin embargo, el “Rayo” estaba perdiendo altura continuamente y el viento tendía a amainar.

Fidel comunicó con la Cámara de Control del “Rayo”:

—Mi altímetro indica tres mil metros, pero el viento es muy fuerte. Si desplegamos el rotor ahora corremos el riesgo de volcar.

—Esperen un poco, ya les indicaremos el momento en que pueden desplegar el rotor.

En la espera advirtieron que el “Rayo” estaba girando lentamente sobre su eje, dejando el sol a estribor. Al cabo de un rato estaban sumidos en la sombra que la mole esférica del autoplaneta proyectaba sobre el anillo, al propio tiempo que les ponía a resguardo del viento.

—Ya pueden desplegar el rotor.

Ricardo desplegó el rotor, esperó hasta que se encendió una luz verde en el tablero e indicó:

—Rotor desplegado.

—Despeguen —ordenaron desde la Cámara de Control.

El rotor empezó a girar sobre las cabezas de los pilotos, lentamente al principio y acelerando hasta que las palas de acero dibujaron un círculo brillante. Con un suave tirón el helicóptero despegó dirigiéndose hacía el borde de la plataforma. Instantes después quedaban suspendidos sobre las montañas, de nuevo expuestos a la luz del sol.

El “Rayo” descendía sobre un angosto valle por donde corría un riachuelo. Las cumbres quedaban tan cerca que parecía que los bordes del anillo iban a chocar en ellas. Pero de forma increíble el “Rayo” mantenía una distancia prudencial hasta las cumbres y seguía descendiendo, como incrustándose en aquella hendidura del terreno.

El helicóptero, mientras tanto, seguía volando en círculos por encima del anillo del autoplaneta. El polo inferior de la esfera quedaba a sólo cuatrocientos metros sobre el fondo del estrecho valle cuando aparecieron sobre el anillo los primeros contingentes de hombres corriendo en dirección a las grúas.

Los gruístas se encaramaron a las casamatas, las grúas movieron sus largos brazos. Los hombres que estaban sobre la plataforma tiraron de los poderosos ganchos colocándolos en su lugar. Las grúas tiraron enrollando el cable de acero y dos pesados “bulldozer” fueron levantados en el aire.

En el extremo opuesto del enorme anillo, otras grúas levantaban unos camiones. Fidel llamó a Woona para que subiera a la cabina. Woona trepó y tomó una banqueta entre Fidel y Ricardo, mirando a través de los cristales.

Como grandes arañas, colgando de un delgado hilo, las máquinas descendían velozmente los primeros doscientos metros, hasta alcanzar el nivel del polo inferior del “Rayo”, donde había instaladas varias cámaras de televisión. Luego seguían descendiendo más despacio, extremando las precauciones cuando la máquina estaba a punto de tocar el suelo.

La primera máquina, un “bulldozer”, fue a descender directamente sobre el riachuelo. Allí se abrió el gancho, que soltó el estrobo y volvió a subir velozmente.

Desde la Cámara de Control solicitaron del helicóptero que volara por debajo del “Rayo” y se mantuviera allí hasta que llegaran los primeros contingentes humanos.

—No podemos apreciar demasiado bien la distancia al suelo desde arriba.

—Entendido, allá vamos —contestó Fidel.

Haciendo descender al helicóptero casi hasta tocar tierra, Fidel lo llevó directamente bajo el “Rayo”, manteniéndolo inmóvil en el aire a unos cincuenta metros por encima del arroyo.

Debido a la estrechez del valle, el “Rayo” sólo podía soltar carga por dos de sus extremos, pues por los otros lados estaban las laderas del valle con sus empinadas rampas.

El primer contingente humano descendió en una gran plataforma pendiente de un cable que la hacía balancear de un lado a otro peligrosamente. Cuando finalmente la plataforma tocó en el suelo, lo hizo con demasiada brusquedad, rodando por tierra la mayoría de los ocupantes.

Con este contingente venían tres cámaras de televisión y varios hombres provistos de emisoras de radio portátiles, cuya misión consistía en dirigir desde tierra los movimientos de las grúas situadas ochocientos metros más arriba en el borde del anillo ecuatorial del “Rayo”.

La plataforma volvió a subir llevándose un par de lesionados en el choque. El resto de los hombres corrieron hacia las máquinas, montaron en ellas y las pusieron en marcha llevándolas río abajo donde no estorbaran.

De la Cámara de Control llamaron al helicóptero:

—Vuelvan a su posición anterior, ya tenemos cámaras y emisoras de radio para dirigir las grúas desde tierra.

El helicóptero salió volando por debajo del “Rayo”, ganó altura y se situó por encima del anillo, dando incesantes vueltas sobre éste.

El sol se elevaba rápidamente en el cielo, pues el planeta daba un giro completo sobre su eje en sólo dieciséis horas, pese a su tamaño mayor que la Tierra. El desembarco sobre el yacimiento de uranio empleó no menos de tres horas, una más del tiempo calculado en un principio.

La Plana Mayor estaba poniéndose nerviosa. Decían que habría que recuperar el tiempo perdido en el segundo desembarco, que era el más importante de todos en cuanto a la cantidad de material depositado en tierra.

El “Rayo” hizo sonar su poderosa sirena, se elevó un poco para evitar las nevadas cumbres de las montañas y se movió hacia el Este. El helicóptero de la Plana Mayor despegó del anillo del autoplaneta y se adelantó en su vuelo a éste, aunque siguiendo una ruta más al Sur.

Fidel llevó su helicóptero hasta el lugar escogido para el segundo desembarco. El terreno era una llanura parda ligeramente elevada que ocupaba un extenso triángulo con un promontorio en el vértice, sobre la confluencia del Río Grande y el llamado Río Azul.

Apenas el tren de aterrizaje había tocado el suelo cuando todos los tripulantes del helicóptero saltaron a tierra a estirar sus músculos. El sol estaba verticalmente sobre sus cabezas, lo que indicaba que era cerca del mediodía.

El helicóptero de la Plana Mayor vino a posarse junto al patrullero, y casi en seguida el “Rayo” estuvo sobre ambos aparatos, cubriéndoles con su sombra.

Del helicóptero saltaron a tierra los profesores Ferrer, Castillo y Valera, seguidos del Almirante Aznar y el equipo sanitario que tripulaba la máquina. El señor Aznar, ante la sorpresa de todos, se puso de rodillas y besó el polvo. Los ojos húmedos de lágrimas le brillaban cuando Fidel le ayudó a incorporarse.

—Dios es bueno —dijo el Almirante—. Él escuchó mis oraciones, guió nuestro “Rayo” hasta este mundo y me ha permitido ver este día. En verdad ya no me importaría morir.

Todos los presentes guardaron silencio.

Se sabía que, consciente o inconscientemente, el viejo Almirante se había arrogado el papel de un moderno Moisés, conductor de un pueblo sin Patria en busca de una nueva Tierra de Promisión.

Frecuentemente, Fidel había ridiculizado esta manía de su padre. Pero viendo ahora la tierra parda a su alrededor, y las máquinas que empezaban a bajar desde el “Rayo”, sintió un respeto como nunca había sentido por este hombre extraordinario, quien con su testarudez sin límites, venciendo al desánimo y a los mil peligros que les acecharon en el camino, había llevado a cabo la increíble hazaña de volar cuarenta años luz, a través del Cosmos inexplorado hasta dar con aquel planeta presentido, este nuevo y hermoso mundo que sería, en adelante, la nueva patria del pueblo escogido de Dios.

CAPÍTULO VI

CRIATURAS DE SILICIO

Bajo el brillante sol de la tarde, en un ambiente caluroso, el desembarco se inició a un ritmo vivo. No había apenas viento, el “Rayo” estaba muy cerca del suelo, y las grúas multiplicaban su rendimiento con condiciones francamente favorables.

Desde los bordes del gran anillo ecuatorial del “Rayo” pendía una cortina de cables en continuo movimiento. Las máquinas automóviles bajaban con sus conductores en el pescante, y apenas soltado el gancho, las explanadoras, las excavadoras, los camiones y demás artefactos echaban a correr levantando nubes de polvo.

Detrás de las máquinas se desembarcó el material de construcción: vigas de acero, montañas de plancha ondulada y de láminas de plástico… montones de rollos de hilo de acero y cobre… pirámides de sacos, de fardos, de cajas de madera…

Los hombres, desnudo el torso, sucios de sudor y de polvo, hacían rodar barriles, se lanzaban fardos unos a otros formando cadena, manejaban las carretillas… Todo era ruido: voces, gritos, maldiciones, crujir de cables, estrépito de hierros… Y calor. Y polvo.

Sobre el estruendo se alzó dominante la llamada de un altavoz del “Rayo”:

—¡Fidel Aznar, acuda a la radio de su aparato!

Había una comunicación para Fidel desde la Cámara de Control del autoplaneta:

—Los habitantes de la altiplanicie deben haber visto al “Rayo” y es probable que se acerquen atraídos por la curiosidad. Vuelen en descubierta en un radio de treinta kilómetros hacia el Norte, e

informe al regreso.

Fidel asomó a la portezuela del helicóptero:

—¡Muchachos, vuelvan a bordo!

Woona, que parecía haberle tomado gusto a viajar por el aire, vencido de una vez su temor instintivo, fue la primera en subir al helicóptero. Fidel rogó a Ricardo que tomara los mandos y ocupó el asiento contiguo, haciéndolo Woona en una banqueta entre los dos.

El rotor empezó a girar, azotando el aire con sus palas, y el helicóptero se elevó entre una nube de polvo.

Una de las cualidades del helicóptero movido eléctricamente, aparte la robustez y seguridad de su motor fuera el silencio. No se escuchaba más ruido que el traqueteo de las palas del rotor al golpear el aire.

—Hacia el norte siguiendo el río —ordenó Fidel.

Woona, al advertir el rumbo que tomaban, preguntó:

—¿Vais a llevarme a Isonte?

Fidel sabía que Isonte era la capital de Ngami, un pequeño reino independiente formado principalmente por pastores.

—¿Dónde está Isonte?

—A dos jornadas de aquí, río arriba. ¿Me vais a llevar? —insistió Woona.

—Hoy es imposible. No vamos a llegar tan lejos en este vuelo. Pero algún día, dentro de poco, te llevaré.

Fidel espió con el rabillo del ojo la expresión del rostro de la muchacha. Pero en contra de lo que esperaba, Woona no mostró disgusto alguno. Más bien al contrario, diríase que la respuesta de Fidel le proporcionaba un punto de alivio.

¿Habría sido dominada la salvaje por el irresistible encanto de la forma de vida que practicaban los terrícolas, con sus maravillas tecnológicas y sus comodidades?

El helicóptero volaba rápidamente sobre el río. En repetidas ocasiones pusieron en fuga bandadas de pájaros. Ricardo se lamentaba de no disponer de tiempo para disparar contra las aves con su escopeta. Poco después descubrían un rebaño de grandes animales parecidos a antílopes que habían ido a abrevar al río.

—¡Amapos! Muy buenos para comida —señaló Woona con alborozo.

Los amapos debían ser animales muy asustadizos y se pusieron

en fuga corriendo a grandes saltos, alejándose del río.

—¡Comida! —exclamó Fidel con ojos brillantes—. Podríamos cazar algunos de ellos y hacer un suculento asado para cenar.

—Les obligaré a regresar al río —dijo Ricardo con entusiasmo—. Volaré a su altura cuando los tenga cercados y tú dispararás sobre ellos. ¡Utiliza la metralleta, las escopetas están cargadas con perdigones solamente! —gritó todavía cuando Fidel y Woona ya estaban descendiendo hasta la carlinga inferior.

Ricardo Balmer llevó el helicóptero hacia babor y obligó con su presencia a que los antílopes giraran a la derecha volviendo hacia el río.

El cámara Arza filmaba el elegante galope de los amapos desde la portezuela abierta del helicóptero. Fidel tomó una de las metralletas, introdujo el primer cartucho en la recámara y apartó a Arza a un lado.

—¡Ahora los tienes a tiro, Fidel! —gritó Ricardo desde la cabina —. ¡Dispara!

Fidel apuntó a un animal de gran corpulencia que trotaba en una trayectoria paralela al helicóptero. Disparó una ráfaga de dos segundos y dio con el animal en tierra.

Orbizabal vino a situarse junto a Fidel, también empuñando una metralleta, disparó contra otro animal y lo tumbó dando volteretas en medio de una nube de polvo. Fidel derribó al tercero alcanzándole en la grupa. El animal quedó herido dando sacudidas en el suelo, entre los altos matorrales.

—¡Vuelve atrás, Ricardo! —gritó Fidel—. Tenemos que volver a rematar a un animal herido.

El helicóptero giró a la izquierda y el resto de la manada se alejó velozmente dejando atrás una nube de polvo. Poco después el aparato se posaba en el suelo y Fidel saltaba a tierra seguido de Orbizabal, ambos armados con las metralletas.

El amapo herido intentaba incorporarse. La descarga de Fidel le había alcanzado en la columna vertebral y el pobre animal parecía estar sufriendo mucho.

—Pobre bicho, lo siento mucho —murmuró Fidel. Y le descerrajó un tiro en la cabeza que lo dejó muerto en el acto.

Orbizabal dio una vuelta alrededor del animal, que tenía una bella cabeza armada de largos y retorcidos cuernos, y un pelaje

color castaño, suave y brillante.

—¡Eh, vengan acá! —gritó a los del helicóptero—. El bicho es grande y debe pesar lo suyo.

Woona saltó por la portezuela del aparato y se acercó llevando un largo machete en la mano. Levantó el machete y asestó un tajo en el cuello del animal, que empezó a echar sangre a borbotones por la yugular. La sangre salpicó las desnudas piernas de Woona. Orbizabal se alejó haciendo muecas de repugnancia.

Woona dejó que el animal se desangrara y mientras tanto miró a su alrededor como distraídamente. Se alejó unos pasos, se inclinó ligeramente y luego se volvió con brusquedad hacia Fidel.

—¡Esferas! —exclamó, y Fidel la vio palidecer—. ¡No bueno quedar aquí! Ellas olfatear sangre y acudir pronto.

—¿De qué hablas, muchacha? —preguntó Fidel acercándose a ella.

Miró al suelo en el lugar donde Woona le señalaba con la punta del machete ensangrentado. Vio una extraña huella, como la señal que habría dejado una barrica al rodar aplastando el polvo.

—¡Vamos pronto… vamos! —apremió Woona echando a andar hacia el helicóptero.

Fidel se quedó allí, sorprendido de la extraña actitud de la nativa. Sintió un extraño malestar, y, pese al calor reinante, también frío. Se movió unos pasos. La sensación persistía. Creía sentir una mirada penetrante en su nuca…

Su mano se crispó sobre la “metralleta”. Giró repentinamente sobre sus tacones, y entonces “lo vio”. ¡Dios! ¿Qué era “aquello”?

A veinte pasos de distancia, a medias oculto por un arbusto, yacía una gran esfera, de casi la estatura de un hombre. De una transparencia extraña, esta esfera dejaba ver en su interior otra esfera más pequeña, del tamaño de una cabeza humana, la cual parecía latir irradiando con intermitencias una fantástica luz roja. Largas venas de color rojo parecían prolongarse como tentáculos de aquel increíble globo interior, adelgazándose hacia la superficie exterior de la esfera.

Fidel quedó como clavado al suelo por el asombro. Y mientras contemplaba aquel ser extraño, el corazón rojo de la esfera aumentó de brillo y empezó a parpadear en rápidos destellos, como transmitiendo un ininteligible mensaje en Morse.

Por más que a él mismo le pareciera un absurdo, Fidel tuvo la íntima certeza de que aquel globo destellante era un ojo… ¡un ojo que le miraba guiñando diabólicamente!

Ricardo Balmer había parado el motor y saltaba del helicóptero, cruzándose con Woona que le dijo algunas palabras señalando el lugar donde se encontraba Fidel.

—¡Ricardo, ven! —le llamó.

De pronto, como si el grito de Fidel hubiera sido la señal de partida, la enorme esfera se puso en movimiento rodeando el arbusto, mostrándose enteramente a los ojos de Fidel. Se detuvo un momento e, inesperadamente, con brusca arrancada, rodó sobre sí misma abalanzándose contra el joven.

Mientras rodaba sobre sí misma, la alucinante esfera desplegó a cada lado un par de horribles brazos… cuatro miembros de aspecto vítreo, articulados y terminados con sendas pinzas.

—¡Cuidado! —gritó Fidel. Instintivamente bajó el cañón de la metralleta y disparó contra la esfera rodante.

Las primeras balas levantaron el polvo ante la esfera, pero todas las demás se incrustaron en el monstruo.

¡La esfera siguió rodando, cada vez más rápido, sin que le afectara la rociada de proyectiles que llevaba incrustados en su mole!

Fidel tuvo el tiempo justo para saltar a un lado, apartándose de la trayectoria de aquel ser extraño lanzado como un proyectil contra él. No obstante, fue alcanzado por una de las pinzas en el pecho. El golpe fue brutal y se encontró tendido en el polvo.

El monstruo rectificó su carrera para dirigirse en línea recta contra Ricardo Balmer, Éste se apartó como antes hiciera Fidel, saltando a un lado. Pero también le alcanzaron las volteantes pinzas, asestándole un golpe en la cara que lo derribaron de espaldas echando sangre por nariz y boca.

Fidel se puso en pie y fue a buscar la metralleta que había perdido. Luego miró y vio con los cabellos de punta cómo la gigantesca esfera se dirigía contra Orbizabal.

El joven cámara hizo cara al monstruo apuntándole con la metralleta. Disparó. Todas las balas se clavaron en aquella mole de aspecto vítreo y duro, pero la extraña criatura no se detuvo. Instantes después arrollaba a Orbizabal, el cual dejó oír un grito

terrible cuando la maciza mole pasaba sobre él aplastándole.

La bestia se detuvo, volvió atrás y cayó sobre Orbizabal. Sus enormes pinzas se abrieron como poderosas tenazas… ¡de un sólo tajo cercenó uno de los brazos de Orbizabal!

Con los pelos erizados, Fidel corrió hacia donde la esfera empezaba a devorar a Orbizabal. Se escuchó un grito, una especie de alarido salvaje que no procedía de Orbizabal, sino de Woona.

Fidel la vio corriendo, esgrimiendo un largo y pesado machete. Se dirigió contra la esfera, y cuando en su carrera parecía que iba a estrellarse contra aquella, se plantó de un salto prodigioso sobre la esfera.

¡Zas!, el machete cayó con furia sobre los brazos del monstruo, y una pinza saltó por el aire, limpiamente cercenada por la articulación.

El monstruo soltó la presa que hacía en Orbizabal y empezó a moverse. Pero sobre ella, Woona se mantenía con idéntica habilidad que ciertos madereros se sostenían sobre un tronco haciéndolo girar en el agua.

La posición de la amazona sobre la esfera era inmejorable en tanto mantuviera el equilibrio, pues el monstruo evidentemente no podía levantar tanto los brazos, y en cambio el largo machete alcanzaba a las pinzas.

¡Zas!, saltó por los aires otra de las descomunales pinzas.

El monstruo, acosado a machetazos, giró sobre sí mismo y emprendió loca carrera en dirección al río. Woona saltó ágilmente al suelo, dejando que la esfera, siempre rodando sobre sí misma, llegara al agua y se alejara de la orilla flotando como una boya. Mientras flotaba, la increíble criatura movía las dos pinzas que todavía le quedaban para alejarse… ¡nadando!

Pasado el momento de estupor, conjurado el peligro, Fidel y Ricardo reaccionaron al mismo tiempo corriendo hacia el inmóvil Orbizabal. Del brazo cercenado de éste brotaba un chorro de sangre. Tenía la cabeza hundida en el polvo y sangre en un oído.

Fidel llamó a gritos al ayudante sanitario que no se había movido del helicóptero. El sanitario acudió con su maletín de urgencia.

—¡Dios mío! —murmuró aterrado, viendo el estado en que había quedado Orbizabal.

—¿Puedes detener la hemorragia? —le preguntó Fidel.

—Lo intentaré —dijo el sanitario temblando, sacando del maletín una goma y un palo para hacer un torniquete.

Fidel dejó allí a los demás y se alejó unos pasos sintiendo náuseas. Sus ojos cayeron sobre una de las pinzas amputadas por el machete de Woona. La pinza, como dotada de vida propia, abría y cerraba su tenaza. Aunque le repugnaba su aspecto, se inclinó y levantó la pinza cuidando de que no le mordiera.

Pesaba una enormidad y tenía un aspecto extraño, como de cristal ligeramente coloreado de rosa. La pinza al abrir sus fauces mostró una doble hilera de afilados dientes y una lengua vibrátil y hendida, de color amarillo.

Fidel se dirigió con la pinza al helicóptero y la echó dentro de la carlinga para un posterior examen. Daniel Landa venía hacia el aparato.

—Ayúdame a sacar la camilla —le dijo.

—¿Cómo está Orbizabal?

—Ha muerto —contestó el topógrafo lacónicamente.

Cargados con la camilla, regresaron junto al grupo que rodeaba el cadáver del infortunado Orbizabal. Mientras sus compañeros lo conducían hasta el helicóptero, Fidel buscó con los ojos la maldita esfera. La vio saliendo del agua en la orilla opuesta, donde se detuvo con aire desafiante, haciendo centellear su diabólico ojo.

Los muchachos regresaron para recoger el antílope, aunque ya habían perdido todo su entusiasmo por la caza. La carne de aquellos anímales, sin embargo, sería muy bien recibida por los depauperados colonos. Fidel decidió recoger los tres animales cazados.

Durante el vuelo de regreso volaron en
zig-zag
tratando de descubrir otras esferas vivientes, pero el terreno estaba sembrado de altos matorrales, resultando muy apropiado para que aquellos extraños animales se refugiaran entre ellos.

El “Rayo”, en el horizonte, parecía un gigantesco globo anclado a tierra por innumerables cables. Contingentes humanos eran transportados masivamente a tierra sobre plataformas suspendidas de los cables de las grúas. Las máquinas y los montones de diverso material estaban desparramados en una superficie de diez

kilómetros cuadrados alrededor del punto de desembarco.

El terreno se elevaba suavemente en dirección al promontorio. En el punto más elevado de éste, dominando la turbulenta confluencia de los dos ríos, ondeaba la bandera de la Unión Iberoamericana izada en un mástil.

Otra bandera, blanca con una cruz roja, estaba izada sobre un barracón de estructura metálica con techo de plancha galvanizada, no lejos del punto de desembarco. Camiones y ambulancias corrían levantando nubes de polvo entre la posta sanitaria y el punto de mayor concentración humana, que en estos momentos estaba situado debajo y alrededor del “Rayo”.

El autoplaneta, suspendido en el aire a doscientos metros de altura, semejaba una gigantesca redoma de laboratorio calentada por un fuego invisible del que se elevaban densas nubes de polvo amarillo.

Era un espectáculo impresionante desde el aire, algo que hacía sentirse orgulloso a Fidel Aznar de su sangre y su origen. ¡Los restos de una civilización extragaláctica tomando posesión de un nuevo y todavía inexplorado planeta!

El helicóptero fue a posarse junto al pabellón sanitario, atendido por médicos y enfermeras de blanco uniforme. A un lado, bajo un árbol de copa achaparrada, se alineaban media docena de camillas cubiertas con mantas. Eran las víctimas de los varios accidentes ocurridos durante el desembarco: caídas, aplastamientos, atropellos y colisiones de vehículos… el precio de una operación apresurada en la que intervenían más de cinco mil personas y centenares de máquinas.

Los muchachos de la Cruz Roja se llevaron a Orbizabal para ponerlo junto a las otras víctimas. El helicóptero remontó el vuelo.

La cocina de campaña había ido a buscar la proximidad del agua, junto al Río Grande. No lejos de la cocina, ondeaba la bandera de combate del autoplaneta “Rayo” sobre una gran tienda de campaña de lona azul.

El helicóptero se posó junto a la tienda sólo el tiempo necesario para que Fidel y Woona echaran pie a tierra. El helicóptero se elevó de nuevo para dirigirse a la cocina de campaña y depositar allí los tres antílopes cazados por la patrulla.

Los hombres del Cuerpo de Transmisiones trabajaban alrededor

de la tienda extendiendo hilos telefónicos por todas partes. Fidel entró en la tienda llevando consigo la monstruosa pinza envuelta en un trapo.

El Almirante Aznar, el profesor Castillo y el profesor Valera estaban sentados alrededor de una mesa de campaña tomando un sucedáneo de café. Sobre la mesa había extendido un croquis del terreno sobre el cual se desarrollaba la operación.

—Hola, hijo —dijo el Almirante. Tenía aspecto cansado, pero parecía alegre—. ¡Vaya un día más movido! ¿Qué te trae por aquí? Estamos dando fin a la fase número dos. El "Rayo" va a trasladarse al borde de la meseta para rematar la operación.

Fidel depositó sobre la mesa el envoltorio, tiró de las puntas del trapo y descubrió la horripilante pinza.

—¿De qué se trata? —preguntó el profesor Castillo observando curiosamente la pieza—. ¿Es la pinza de un cangrejo gigante?

—El animal a quien pertenece esta pinza tenía tres más iguales, y no se parece a nada conocido. Era como una esfera de casi dos metros de diámetro, de una materia transparente, como cristal, a través de la cual podía verse un globo rojo que se encendía y apagaba como una lámpara. No tenía patas, solamente un par de largos brazos armados de pinzas a cada lado… y se movía a gran velocidad girando sobre sí misma, rodando como una pelota.

—Hijo, el animal que describes no se parece a nada conocido —dijo el Almirante—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Habíamos disparado contra un rebaño de grandes antílopes y descendimos para recoger a los animales. Allí estaba la esfera. Echó a rodar sobre mí y le disparé una ráfaga de ametralladora. Las balas no le afectaron. Siguió rodando y me derribó de un golpe. Luego se arrojó sobre uno de nuestros hombres, lo arrolló y lo aplastó. Inmediatamente empezó a devorarlo… El hombre se llamaba Orbizabal, y está muerto. Woona acudió con un machete, cercenó dos de las pinzas del animal y éste huyó atravesando el río… ¡Fue algo espeluznante!

El Almirante Aznar, Castillo y Valera cruzaron una mirada.

—¿Estás seguro que las balas no afectaron al animal, hijo? —preguntó el Almirante.

—En absoluto. Y eso es lo que me preocupa. Woona asegura que esos monstruos son abundantes en esta llanura. Los nativos les

conocen con el nombre de moany. Se alimentan de carroña, atacan a los animales heridos o enfermos y también a los hombres. Según Woona, no hay forma de matarlos. Rechazan las flechas y las lanzas. Su único punto vulnerable son sus brazos. Esas pinzas, al parecer, son la boca por donde ingieren los alimentos. Un moany sin pinzas no podría comer… aunque seguiría siendo peligroso si persiste en atacar lanzando su pesada mole contra nosotros.

—¿Quieres decir que no hay forma de detenerles?

—No con las armas que poseemos. Tal vez con balas explosivas, pero carecemos de ellas. Toda la munición atómica se utilizó en el reactor del “Rayo”. Creo que si los moany se reúnen en manada y nos atacan, nos van a poner en un compromiso.

—De cualquier forma, esas bestias no lograrán echarnos de aquí.

—La cosa puede ser grave, Almirante —dijo el profesor Valera —. En tres horas habrá anochecido. El “Rayo” se alejará hasta el mar y sus ondas energéticas no alcanzarán a este campamento. Si hemos de excavar un foso o levantar una empalizada, tenemos que hacerlo ahora.

—Bien, no estará de más adoptar algunas medidas de seguridad —dijo el señor Aznar—. Reuniremos los materiales y las grandes máquinas formando un círculo y mantendremos a la gente detrás de la barricada. Si esos animales se mueven rodando sobre sí mismos, van a encontrar difícil escalar los obstáculos que les pongamos.

En este momento se escuchó el poderoso mugido de la sirena del autoplaneta. El Almirante dijo:

—Vuelve a tu puesto, hijo. El “Rayo” va a partir.

—Me gustaría quedarme. Temo que esas malditas esferas van a crearnos graves quebraderos de cabeza.

—¿No confías en la capacidad de tu viejo padre para resolver el problema, eh? —gruñó el Almirante. Y cuando Fidel esperaba una negativa, le sorprendió oírle decir de buen talante—: Bueno, quédate si quieres. De todos modos creo que la planta eléctrica llegará a funcionar sin necesidad de ti.

Afuera se escuchaba el traqueteo del helicóptero que regresaba. Fidel salió de la tienda y se acercó al aparato para indicarle a Ricardo Balmer que siguiera, que él se quedaba en el campamento. A Ricardo no le gustó la deserción de su amigo y se marchó refunfuñando.

El autoplaneta, después de recoger los cables de las grúas, se elevó y empezó a moverse alejándose. El Almirante salió de la tienda y contempló largo rato al “Rayo” hasta que éste fue un diminuto punto en el horizonte.

Acompañado de su característico batir, apareció volando el helicóptero de la Plana Mayor. Éste vino a tomar tierra junto a la gran tienda de campaña, cuyas lonas agitó como un vendaval, y el coronel Davis, jefe de la seguridad, asomó por la portezuela diciendo:

—Unos extraños animales están atacando el extremo Oeste del campamento. Son como grandes pelotas y se mueven a gran velocidad rodando sobre sí mismos.

El Almirante miró a Fidel y luego preguntó a Davis:

—¿Cómo los han detenido?

—¿Detenerles? —exclamó el coronel—. ¡No hay forma de parar a esos bichos! Mis hombres han disparado repetidamente sobre ellos sin hacerles mella. Necesito refuerzos…

—¿Qué clase de refuerzos? —preguntó el Almirante con ironía —. ¿Quiere un cañón, tal vez?

—¡Ojalá lo tuviera! —suspiró el coronel—. Sinceramente, no sé qué hacer.

—Vamos a ver qué ocurre —gruñó el Almirante.

El coronel le tendió una mano desde arriba y Fidel le empujó por las posaderas hasta izarlo al helicóptero. Fidel llamo a Woona, que les miraba desde la puerta de la tienda, junto al profesor Valera y el profesor Castillo.

—Vamos, Woona. Y usted también debería venir, profesor Castillo —dijo Fidel.

Ninguno se hizo repetir la invitación. Castillo y Woona treparon al helicóptero, que inmediatamente remontó el vuelo.

De pie, ante la portezuela abierta, no tardaron en presenciar un extraño espectáculo, que habría podido resultar cómico si, en lugar de estar protagonizado por unos monstruos asesinos, lo hubiese sido por un par de juguetonas vaquillas.

Los materiales desembarcados estaban esparcidos por el terreno formando un círculo de bordes discontinuos, y era dentro de este círculo donde se desarrollaba la escena. Los hombres corrían por todas partes, se encaramaban a las montañas de materiales y

agitaban los brazos llenos de excitación.

Dos “bulldozer” sobre orugas y una pala hidráulica sobre altos neumáticos intervenían en la curiosa refriega intentando dar caza a las esferas que rodaban en persecución de los hombres, levantando entre unos y otros una enorme polvareda. Las esferas llegaban hasta los montones de traviesas y raíles, chocaban violentamente y giraban para correr en dirección opuesta. Mientras corrían agitaban en el aire sus largos brazos articulados armados de horribles pinzas.

—Se están metiendo hacia el interior del campamento. Si llegan allí causarán un destrozo entre las mujeres y los niños —dijo el coronel Davis angustiado.

En efecto, buscando ávidamente una presa, las malditas esferas iban corriéndose hacia el interior del círculo, donde eran más nutridos los montones de material, y también los contingentes humanos.

—Les detendremos con las máquinas —dijo Fidel señalando una docena de pesados “bulldozer” formados en batería—. Llévenme a tierra.

El helicóptero descendió hasta el suelo. Fidel saltó antes que las ruedas tocaran tierra y el aparato volvió a elevarse. Utilizando un megáfono, el coronel Davis empezó a gritar órdenes a la gente que, todavía ignorante de lo que ocurría, se movía torpemente en mitad del campamento buscando donde acomodarse.

—¡Atención! Procedan con rapidez pero sin perder la calma. Las mujeres y los niños súbanse sobre cualquier lugar elevado… sobre las máquinas, donde puedan. Hay un par de animales salvajes atacando el campamento.

Mientras tanto, Fidel llegaba hasta los “bulldozer”. Había varios hombres junto a las máquinas y le miraron asombrados.

—¿Dónde están los conductores de estas máquinas?

—Somos nosotros —dijo un hombre joven.

—Vamos a tratar de sacar del campamento a esos animales. Situaremos las máquinas en fila, tal como están formadas ahora, y avanzaremos formando un sólo frente contra esos bichos. Suban a las máquinas.

Los conductores treparon a sus respectivas máquinas y Fidel se encaramó junto al pescante de una de ellas. La Policía acudía con sus pequeños vehículos todo terreno, haciendo sonar las sirenas.

Pero Fidel sabía muy bien que las armas de la Policía no podrían con los monstruos.

Las máquinas echaron a andar siguiendo a la que montaba Fidel, y después de sortear varios montones de material diverso salieron al espacio donde las monstruosas esferas corrían de un lado para otro. Aquí Fidel agitó los brazos y las otras máquinas avanzaron hasta situarse una junto a la otra.

Una esfera de dos metros de diámetro vino furiosamente contra las máquinas, chocó contra el férreo frontal de un “bulldozer” y salió repelida rodando hacia atrás. Las máquinas siguieron avanzando, y aunque el monstruo trató de escapar por un lado, fue alcanzado por otra máquina que le propinó un terrible trompazo.

Uno de los conductores, dando muestras de gran inventiva, hizo elevarse el frontal de su máquina, empujó a la esfera y dejó caer de golpe la pala empujadora. La bestia quedó atrapada, fue pillada bajo una de las orugas y estalló con un crujido. La máquina se detuvo medio ladeada, montada en parte sobre la aplastada esfera.

La segunda esfera era algo más pequeña y fue capturada de forma ingeniosa por el conductor de una pala cargadora montada sobre neumáticos. Repetidamente el conductor había tratado de cazar al monstruo, hasta que finalmente logró arrinconarlo contra un montón de raíles. El conductor embistió con la pala por delante, movió los mandos hidráulicos y consiguió levantar en el aire al monstruo que, dentro del cajón metálico, se debatió inútilmente por salir.

El público, después del susto, celebró con gritos y aplausos la victoria sobre aquellos extraños animales. Poco después, el helicóptero de la Plana Mayor se posaba en el terreno junto a Fidel Aznar. El profesor Castillo se acercó para examinar la esfera aplastada. Hizo retirar a la máquina y se puso de cuclillas para mirar más de cerca. Fidel también se acercó.

—Es curioso —murmuró el biólogo—. No hay sangre ni fluido alguno en este animal.

—¿Es un animal? —preguntó Fidel.

—Muchacho, si tiene vida es animal. Tal vez sea muy distinto a los animales que nosotros conocemos, pero no cabe duda que viva y hasta tiene una inteligencia.

—¿Qué hacemos con el bicho vivo? —preguntó Fidel.

—Me gustaría tenerlo en una jaula u otro lugar donde pudiéramos conservarlo. ¿Quieres ayudarme?

A Fidel no le complacía mucho aquel trabajo, pero pasó el resto de la tarde colaborando con el profesor hasta lograr encerrar al monstruo dentro de un depósito metálico, cuya tapa fue soldada para mayor seguridad.

Mientras tanto, y hasta el anochecer, se trabajó de firme en el campamento para garantizar la seguridad de la colonia. Las grúas móviles, las palas cargadoras y las carretillas elevadoras removieron centenares de toneladas de pesado material para levantar una barricada en forma de un círculo de casi un kilómetro de diámetro, en el interior del cual se acogieron los acampados.

Las grandes máquinas cerraron los huecos, de forma que ningún "moany" pudiera penetrar en el recinto.

Los trabajos se prolongaron durante toda la tarde, hasta después de anochecido, bajo la luz de los focos eléctricos, hasta que gradualmente las luces fueron perdiendo intensidad, hasta apagarse por completo.

Era que el "Rayo" se alejaba para sumergirse en el océano, a más de trescientos kilómetros de distancia, después de haber realizado con éxito el último desembarco junto a la Gran Cascada.

La primera noche de los exiliados en el nuevo mundo comenzaba bajo los peores auspicios. Todas las previsiones habían fallado. La cocina no pudo servir a tiempo la cena, los barracones provisionales no pudieron montarse, ni en el tiempo ni el lugar designado. La gente tuvo que dormir en el suelo, tiritando de frío y debilitada por el hambre…

En la tienda de la Plana Mayor la familia Aznar y sus amigos los Balmer, con el profesor Valera y Woona como invitados, despacharon su frugal cena a la luz de un improvisado candil.

Con todo, el Almirante estaba satisfecho, pues acababa de recibir una comunicación por radio del profesor Ferrer desde el campamento de la Gran Cascada, anunciándole que todo marchaba felizmente.

A última hora, cuando la mayor parte de los acampados dormían, la cocina distribuyó la carne de los antílopes cazados aquella noche.

Un pequeño pedazo de carne chamuscada fue todo lo que llegó

al plato de Fidel. Éste husmeó la carne, la probó y la rechazó haciendo muecas.

—¿Saben? Con tanta ilusión como tenía por comer carne de venado… ¡no me gusta!

Woona, en cambio, comió vorazmente su parte, la de Fidel y la de Verónica. Poco después entraba en la tienda el profesor Castillo.

—¿Dónde estuvo metido? —gruñó el Almirante—. Temo que se haya quedado sin cena.

—No se preocupen por mí. ¿Cómo se maneja ese chisme? ¿Puedo usarlo para hablar con la indígena? —dijo el biólogo señalando la máquina traductora de idiomas que estaba sobre la mesa.

Fidel le cedió su silla y le enseñó el sencillo manejo del aparato. El profesor Castillo empuñó el micrófono, apretó la tecla correspondiente y habló en castellano:

—Muchacha, esos animales que capturamos esta tarde, los "moany"… ¿son numerosos en la isla? ¿De qué se alimentan? ¿Cómo se les puede dar muerte?

La máquina tradujo las palabras del profesor. La muchacha escuchó con atención y, familiarizada con el aparato, tomó el micrófono y habló en su idioma. La traducción, en la voz de Fidel Aznar, fue:

—No se puede dar muerte a un "moany" clavándole una lanza o una flecha. Sólo cortándole sus cuatro brazos. El "moany" come por las cuatro bocas que tiene en sus brazos, pero hay que cortarle los cuatro para que no pueda alimentarse por ninguno, pues si le cortan uno, o dos, y quedan otros, el "moany" se alimentará por la boca que le quede mientras le crecen los otros brazos, y al cabo de un tiempo vuelve a tener sus bocas completas. Los pastores excavamos fosos muy profundos y los cubrimos con ramas, engañando al "moany" y haciendo que se caigan dentro, donde no pueden salir. Los asamos arrojando ramas encendidas sobre ellos, y entonces mueren. A veces también mueren de hambre en el fondo de los pozos. El "moany" es malo. Ataca a nuestros ganados y llega hasta los muros de nuestras ciudades, pero afortunadamente es torpe para escalar las murallas.

El profesor Castillo tomó de nuevo el micrófono para preguntar a Woona si conocía la forma de reproducirse de los "moany".

—¿Cuáles son sus costumbres? ¿Dónde habitan?

Woona contestó a través del aparato:

—Los "moany" son criaturas del infierno. Llegan de las profundidades de la tierra a través de largas y oscuras cavernas. Nadie que haya penetrado en esas cavernas logró salir con vida. Hay que andar largas jornadas a través de negros laberintos para llegar a su mundo. Ese mundo, dicen, es más grande que mil países de Amintu. Allí crecen extrañas plantas de cristal y reinan las tinieblas más oscuras que jamás se hayan visto.

Woona terminó su parlamento mirando a los atentos terrícolas, asintiendo con enérgicos movimientos de cabeza como para apoyar sus palabras. Fidel tomó el micrófono para preguntar:

—Si nadie ha salido jamás con vida de esas cavernas, ¿cómo sabéis que allí crecen plantas de cristal? ¿Quién ha medido las leguas de camino ni las dimensiones de esa caverna gigantesca?

—Naturalmente, la chica habla sin más base que la pura leyenda, nacida del deliro de unas mentes ignorantes y primitivas —dijo el Almirante Aznar.

—Pues es curioso que la leyenda coincida con la posible realidad —dijo el profesor Castillo—. Este planeta tiene un volumen de cinco billones y medio de metros cúbicos, a pesar de lo cual su fuerza de gravedad es sólo cero coma dos, superior a la gravedad terrestre. El planeta tiene que ser hueco para tener una masa casi igual a la de la Tierra. Ésa podría ser la caverna "mil veces más grande que el País de Amintu", un mundo totalmente distinto de este mundo exterior…

—¿Con plantas de cristal? —preguntó el Almirante.

—Sí —afirmó el biólogo—. Curiosamente la descripción que Woona hace de ese mundo se identifica plenamente con la posible realidad. He estado examinando la pinza de "moany" que trajo Fidel. Esa criatura no es de carne y hueso. Dicho de otro modo, no es una criatura de carbono. Su materia la constituyen cristales…

—¡Cristales! —exclamó Verónica Balmer.

—Se trata de criaturas de silicio —dijo el profesor Castillo.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Aznar aterrada—. ¿Es posible la existencia de criaturas de silicio?

—Señora, la Ciencia siempre ha aceptado como posible la existencia de otras formas de vida distinta de la nuestra. Entre más

de cien elementos, de cuya combinación está formado el mundo, la Tierra escogió en primer lugar al carbono como portador de la vida, al cual dio tres auxiliares principales: el oxígeno, el nitrógeno y el hidrógeno, y en todos los planetas de nuestro sistema solar, estos cuatro elementos sostienen la parte decisiva del mecanismo de vida. Pero el silicio, que ya en la Tierra está difundido en masas enormes, podría resultar particularmente apropiado para formar en otros mundos la materia constitutiva de la vida. Quizás una de las pocas formas de vida completamente extrañas que podemos intuir sea el del mágico mundo de los cristales. Les hemos visto construir su propio cuerpo, caer en letargos de años y de siglos, para luego reanudar su labor e incluso moverse. La estructura del cuerpo cristalino es todavía un misterio para nosotros. De vez en cuando nuestra mirada ha podido captar el movimiento de vida de los cristales, pero sólo hemos sido capaces de percibir sus más burdas manifestaciones. Lo que esconde su enigmática arquitectura no ha podido ser desvelado por nuestra Ciencia. Ahora aquí, en este planeta, se ha realizado el milagro. Los cristales se han desarrollado hasta una forma de vida superior.

—¿Llama usted "vida superior" a la de esos horribles monstruos que nos atacan? —protestó la señora Aznar.

—No he querido decir que sean superiores a nosotros. Aunque, bien mirado, ¿por qué hemos de considerarles inferiores? Viven, se mueven y poseen alguna forma de inteligencia. Por lo menos habrá que considerarles en el mismo orden que nuestros tigres o nuestros caballos. ¿Y quién sabe si en algún lugar, allá en aquel mundo del interior del planeta, no existirán otras formas de vida todavía más evolucionadas?

Un silencio opresivo cayó sobre la tienda de campaña. Los terrícolas se miraban unos a otros sin atreverse a pronunciar palabra.

CAPÍTULO VII

LA CONQUISTA DE UN IMPERIO

Amanecía. Los colonos estrenaban un nuevo día, el primero en que veían alzarse el sol sobre un horizonte totalmente inédito.

La gente había dormido poco y mal. Con las primeras luces del alba ya todos estaban en pie, moviéndose de un lado a otro sin saber qué hacer. Encaramado a un montón de raíles el Almirante Aznar contemplaba los extraños guiños de cinco “moanys” que rondaban el campamento. Tras él estaban el profesor Castillo, Fidel y Woona.

—Tendremos que deshacernos de ellos —murmuró el Almirante —. Sólo son cuatro.

—Ahora son cuatro, pero más tarde pueden acudir en manada. No sé si será cierto, pero Woona asegura que los “moany” se hablan entre sí haciéndose guiños con su ojo luminoso.

—¡Tonterías! Eso sería tanto como admitir que poseen una inteligencia superior a la de nuestros animales de la Tierra —gruñó el Almirante. Y añadió—: De cualquier forma, tendremos que inventar algo para combatir a esos monstruos. Somos cinco mil personas encerradas tras esta barricada. Si sopláramos todos a un tiempo deberíamos hacer volar a los “moany” a veinte kilómetros de distancia. Si dedicamos toda nuestra actividad mental a encontrar una solución, por fuerza tiene que surgir la idea salvadora.

—Yo tengo una idea —dijo Fidel—. Podríamos reinventar algunas armas antiguas, como por ejemplo el bazooka.

—Es una gran idea —dijo el viejo con sorna—. Sólo que también tendremos que construir los cohetes… y la pólvora para

impulsarlos… y trilita para cargarlos. No, hijo. Lo que necesitamos es una solución inmediata, no inventos a larga fecha. Los nativos han habitado esta tierra durante siglos y han sabido sobrevivir al ataque de los “moany”, sin pólvora, sin explosivos, sólo con su astucia y sus espadas de bronce. Cuando dentro de dos o tres meses tengamos armas nucleares se habrá resuelto el problema en un momento.

—Lo sé —asintió Fidel—. El problema es sobrevivir esos tres meses.

—Ayúdenme a bajar. Y que el corneta llame a asamblea —gruñó el Almirante.

Poco después la corneta dejaba oír en todo el campamento el toque de asamblea. Camino de la gran tienda, la gente se apartaba y hacía calle a derecha e izquierda del Almirante. Le miraban como si esperaran de él un milagro, algo que despejara su horizonte de las preocupaciones que a todos embargaban.

Ante la tienda esperaban ya varios jefes con sus problemas. La cocina había sido cambiada de emplazamiento ante el temor a los “moany”, pero la Intendencia necesitaba agua para preparar el café del desayuno. El jefe de Sanidad tenía otro problema. No se habían construido letrinas. Los ingenieros querían saber si empezaban a montar los barracones, y en qué lugar.

Mientras el Almirante trataba de calmar a unos y otros y esperaba a los rezagados, se escuchó una gritería en la barricada. La gente encaramada sobre las pilas de material chillaba y aplaudía.

Poco después llegaba el profesor Valera con cara de satisfacción.

—Los muchachos están podando a los “moany”. Les han cortado los brazos a machetazos y ahora los llevan a puntapiés hasta el río.

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó Fidel.

—Muy sencillo. Si el corazón de esos animales es también su órgano de la vista, lo único que hay que hacer es taparles el ojo. Dos chicos saltaron la barricada armados de bombonas de aire comprimido y pistolas de pintar. Cuando las esferas atacaban, las rociaron con pintura. Privados de la vista, los “moany” no pudieron defenderse de los machetes.

El Almirante miró a su hijo.

—¿Te das cuenta? Las ideas más sencillas surten a veces los efectos más espectaculares.

Fidel enrojeció. ¿Cómo no le había ocurrido a él la idea? ¡Si era tan sencillo!

La Plana Mayor tenía muchos asuntos importantes que tratar aquella mañana. Pero de todos, ninguna revestía tanta urgencia como el problema de los alimentos.

Los colonos habían traído consigo todas las reservas alimenticias de la despensa del “Rayo”; la última cosecha de algas, proteínas, azúcares y grasas. Pero la compleja industria que durante más de cuarenta años les proveía de estos alimentos básicos se había quedado a bordo del autoplaneta. No era posible traer la industria a tierra, ni aquí habría servido para nada sin energía eléctrica. Todas las provisiones, incluso racionadas, no alcanzarían apenas para diez días.

Ahora disponían de un ilimitado territorio. La tierra parecía fértil, el agua estaba cerca y los colonos traían consigo desde la Tierra toda clase de semillas.

Pero los cultivos tardarían en ponerse a punto, y las semillas no darían fruto antes de algunas semanas.

Les quedaba el recurso de la caza, con el que ya habían contado al elaborar los planes para la supervivencia de la colonia en las primeras y difíciles semanas.

Pero había surgido el problema de los “moany”.

—Con “moany” o sin “moany” saldremos a cazar —dijo Fidel Aznar—. Los indígenas destruyen a los “moany” con fuego. Nosotros podemos enfrentarnos con esos monstruos con algo todavía mejor. Lanzallamas.

—Señor, ¿por qué este muchacho habrá de salirse siempre por los cerros de Úbeda? —exclamó el Almirante—. La pintura nos ha dado buenos resultados.

—Podemos fabricar esos lanzallamas —dijo un joven profesor en química llamado Duarte—. Tenemos abundancia de líquidos inflamables y sustancias químicas.

—Bien, construyan esos lanzallamas —consintió el Almirante.

Otro problema era el combustible. La madera era un material sumamente escaso entre las enormes cantidades de otros materiales desembarcados.

Previendo las necesidades de la colonia, al menos durante las cuatro primeras semanas en tierra, el profesor Ferrer y sus

ayudantes habían construido en los talleres del “Rayo” media docena de máquinas de vapor. Tres de estas máquinas habían sido acopladas a otros tantos lanchones. Una se había aplicado a una bomba para la conducción de agua hasta el campamento, y las dos restantes estaban acopladas a sendos generadores eléctricos para atender a los más elementales servicios de la colonia.

Pero no había combustible en el territorio ocupado, salvo matorrales y algunos arbustos leñosos. En cambio, existían grandes bosques al sureste, cubriendo las laderas de los montes que formaban el borde de la altiplanicie. También había bosques al noroeste, en las estribaciones de la gran cordillera occidental.

Se tenía previsto que los lanchones navegarían por el río remolcando otras barcazas para traer madera hasta el campamento. Los madereros aprovecharían para intentar obtener alguna caza en el bosque.

Como de momento no se disponía de madera, ni siquiera para levantar presión en las calderas, se decidió que los barcos navegaran río abajo, a favor de la corriente, en busca de los bosques del lado sureste. Fidel Aznar fue responsabilizado de esta misión por designación directa del Almirante.

La misión era de las más duras que podía asignársele a nadie, estaba erizada de riesgos e implicaba una gran responsabilidad. Parecía como si el Almirante buscara de ex profeso probar a su hijo en los trabajos más difíciles, tal vez preparándole para misiones futuras más decisivas.

Fidel aceptó complacido la designación. Su espíritu aventurero le impulsaba hacia la acción agotadora, el peligro y la emoción de descubrir nuevas tierras.

Después de dos horas de deliberaciones, la Plana Mayor abandonó la tienda para distribuir el trabajo.

La idea del Almirante Aznar era mantener a la colonia tan ocupada que nadie tuviera tiempo para quejarse de todas las incomodidades que estaban forzados a soportar.

De momento, las poderosas máquinas, de que tan bien sabían valerse los colonos, estaban inmovilizadas. Todo tenía que hacerse con las manos, y en opinión del Almirante ésta era una buena ocasión para que la gente descubriera que tenía músculos y energía insospechados hasta hoy.

Mil hombres provistos de picos, palas y azadones, fueron enviados a cavar una línea zigzagueante de hoyos muy profundos en una extensión de 1.500 metros entre el Río Grande y su afluente. Dos mil mujeres y niños colaboraron con cubos y cuerdas para extraer la tierra de los hoyos y transportarla 200 metros más atrás, extendiéndose en el suelo para formar una capa donde se sembrarían hortalizas de crecimiento rápido.

Hombres, mujeres y niños fueron empleados también para acarrear grandes cantidades de raíles de ferrocarril. Éstos se clavaron profundamente entre los hoyos, de modo que obligaron a los “moany” a seguir un camino serpenteante que les conduciría hasta las trampas.

El resto del personal fue empleado en actividades diversas, tales como transportar materiales de un lugar a otro, montar barracones, cavar letrinas y ordenar el campamento.

Mientras tanto, en un taller al aire libre, los especialistas cortaban, doblaban y soldaban plancha de acero inoxidable construyendo los lanzallamas.

Fidel quería llevar consigo alguno de estos lanzallamas, previendo un posible encuentro con los “moany”.

En general, fue una jornada agotadora para toda la colonia, que adquirió nuevas y aleccionadoras experiencias. Al caer la tarde, la gente formó en largas colas ante la cocina para recibir su ración de algas y proteínas.

Desde la Gran Cascada, el profesor Ferrer anunció por la radio de campaña que habían comenzado los trabajos de explanación y desmonte del terreno para la simultánea instalación de las tuberías de conducción y la planta de turbinas.

Ferrer tenía consigo el contingente más especializado de la colonia, mil ochocientos hombres entre ingenieros, electricistas, montadores, torneros, soldadores, encofradores y especialistas de la construcción. Y un número importante de máquinas alimentadas por las ondas energéticas que el “Rayo” les enviaba por su antena desde 200 kilómetros de distancia.

—Bueno, ha sido un día agotador, pero muy bien empleado —suspiró el Almirante Aznar.

Las mujeres llegaron con los platos de la cena que habían ido a buscar en la cola ante la cocina. Las redes echadas al río habían

salido repletas de pescado. La ración fue de medio pescado por persona, que los cocineros sirvieron frito con grasa con ensalada de algas verdes.

Woona, que detestaba las algas, no quiso aceptar sin embargo las raciones de pescado que todos le ofrecían.

—¡Pobre Woona, que mal lo está pasando! —exclamó Fidel—. Mañana podrás hartarte de carne. Cazaremos mientras navegamos y también pescaremos algo.

En efecto, Fidel había decidido llevar a Woona con la expedición, y ni siquiera le preguntó su opinión. La amazona se sentía de tal forma vinculada a Fidel que le seguía a todas partes cómo un perro faldero. Constantemente estaba preguntando cosas, y esta curiosidad, junto a su natural intuición, la hacían progresar mucho en el conocimiento y la comprensión del carácter de los terrícolas. Incluso estaba aprendiendo palabras en castellano.

La mañana siguiente sorprendió a los colonos con agujetas. Pero la moral era muy alta y había alegría en las largas colas formadas ante la cocina para tomar el desayuno.

Fidel aprovechó para empuñar un megáfono, y encaramándose sobre un barril gritó:

—Atención. Necesitamos doscientos hombres robustos para talar árboles. No será un trabajo descansado, pero viajarán y podrán conocer esta tierra.

Inmediatamente se reunieron en torno a Fidel casi medio millar de hombres. Fidel tuvo que escoger los doscientos que le parecieron más aptos, excusándose ante el resto por no poder llevarles a todos.

—Tal vez en el próximo viaje —dijo.

Mientras los leñadores iban en busca de su equipaje, Fidel iba a presenciar la prueba de los lanzallamas. El “moany” capturado seguía prisionero de la caja de acero. Lo dejaron salir y el propio Fidel se enfrentó con el extraño ser empuñando la manguera del lanzallamas.

El “moany” salió de la caja y rodó furiosamente cargando contra el hombre que, solitario, le aguardaba a pie firme. Un arco de líquido ardiente brotó de la manguera y cayó sobre el “moany”. Envuelto en llamas, dejando tras sí un reguero de fuego sobre las hierbas, el “moany” rodó locamente de un lado a otro, estrellándose repetidamente contra la barricada que lo cercaba y agitando sus

horribles pinzas, hasta que al cabo de tres minutos quedó inmóvil, ardiendo como una antorcha.

El lanzallamas demostró tan alta eficacia contra el “moany” que dejó impresionados a todos. Woona, que contemplaba al monstruo con sus grandes ojos abiertos de par en par, apenas podía dar crédito a lo que acababa de ver.

—Vuestro chorro de fuego es un arma terrible —dijo a Fidel—. Ningún “moany” podrá sobrevivir al fuego.

Fidel decidió llevar seis lanzallamas consigo.

Al mediodía, transportado a bordo equipajes y equipo, se botaron las embarcaciones. Los hombres empuñaron los remos, se desplegaron las velas y la flotilla empezó a navegar río abajo a favor de la corriente, siendo despedida desde el acantilado por una multitud de ancianos y chiquillos.

El río era ancho y profundo, aunque de corriente lenta, lo cual debía favorecer la navegación al regreso, cuando los barcos remolcaran los lanchones cargados de troncos. Fidel había traído consigo un telémetro para verificar distintas mediciones, y podía ver a través del instrumento numerosos rebaños de animales que iban a abrevar al río.

Además de los antílopes, que los indígenas llamaban “amapos”, vio otros grandes animales parecidos al búfalo americano, y una especie de caballo salvaje que tenía la parte anterior acorazada de placas óseas.

La fauna del País de Amintu era rica en especies terrestres y en aves, y en el río abundaba la pesca. A la caída de la tarde las embarcaciones se acercaron a la orilla. Fidel quería probar fortuna tratando de cazar algún animal.

En efecto, cazaron un par de “amapos” y un búfalo, que Woona desolló con gran habilidad mientras los hombres preparaban el fuego para asar la carne. Mientras cenaban, cayó la noche y por consejo de Woona los hombres regresaron a las embarcaciones, donde estarían más seguros.

Las embarcaciones permanecieron amarradas a la orilla durante toda la noche. Al amanecer vieron un par de grandes “moany” en la orilla, guiñando diabólicamente su corazón luminoso.

La flotilla soltó amarras y reanudó la navegación río abajo. Aquella mañana Ricardo Balmer abatió un par de aves que volaban

sobre los barcos. Los terrícolas empezaban a tomarle gusto a la carne, encontrando particularmente exquisita la de ave. Al final de la tarde alcanzaron los primeros árboles. Las embarcaciones echaron amarras en la orilla.

Al día siguiente, después de navegar un par de horas, decidieron hacer alto. Los árboles eran abundantes por ambas orillas y los leñadores echaron pie a tierra provistos de hachas y sierras.

Las barcazas eran de plancha de acero, de fondo plano, y estaban equipadas de pluma a proa y popa, lo que facilitaba mucho la carga de los grandes troncos. Fidel distribuyó el trabajo por equipos, y el bosque se llenó del sonido de las hachas y el chirrido de las sierras.

Tres días más tarde, con los lanchones cargados de troncos, las calderas, alimentadas con madera, levantaban previsión y los dos barcos empezaban a navegar de regreso al campamento.

La carga era pesada, los lanchones navegaban hundidos casi hasta la borda, y la potencia de las máquinas apenas era suficiente para avanzar lentamente contra corriente. Cinco días les llevó el viaje de regreso.

Durante la ausencia de Fidel y su cuadrilla, se habían realizado grandes progresos en el campamento. Las barracas se alineaban ordenadamente formando anchas calles. Improvisadas en su mayoría con los materiales que tenían a mano, el campamento ofrecía un carácter muy especial, pareciéndose a uno de aquellos antiguos pueblos del Oeste americano.

Todos los servicios funcionaban a la perfección.

Se habían levantado varios depósitos de agua, los molinos de viento bombeaban el agua desde el río, y en el extremo más alto del promontorio se elevaba una gran torre metálica para la recepción de ondas energéticas.

Pero la electricidad todavía no llegaba al campamento, aunque se habían tendido postes y colocado lámparas de alumbrado a lo largo de las calles.

Los “moany” caían con frecuencia en las trampas y eran tenidos a raya por los eficaces lanzallamas. Los cazadores salían regularmente todos los días, mataban algún “moany” y regresaban con las carretas cargadas de bisontes y ciervos. Se obtenía pesca abundante del río y el poblado, aunque sin permitirse derroches,

estaba bien abastecido.

La madera traída por Fidel fue muy bien acogida, pues la carestía de combustible constituía de momento el auténtico problema de la colonia.

Fidel expuso su pensamiento ante la Plana Mayor.

—Las máquinas no tienen potencia suficiente para remolcar las barcazas. Ahora que tenemos combustible deberíamos navegar río arriba en busca de los bosques de la cordillera occidental. Los troncos talados los arrojaremos al río para que la corriente los arrastre y sean recuperados aquí mismo.

La proposición de Fidel era razonable y fue aceptada. Dos días después Fidel, Ricardo Balmer y Woona zarpaban de nuevo en los dos barcos.

Cincuenta kilómetros más arriba de la confluencia del Río Grande con el Río Azul, la corriente iba tornándose cada vez más rápida. Finalmente, los hombres tuvieron que desembarcar y marchar a pie para aligerar a los barcos. Pero tampoco esto fue suficiente. La corriente seguía haciéndose más rápida y los barcos tuvieron que ser remolcados desde la orilla por medio de sirgas.

Finalmente, Fidel decidió despachar a uno de los barcos, cuya máquina no andaba muy bien, y seguir adelante con un sólo barco y los doscientos hombres.

El paisaje era de una belleza impresionante a medida que se acercaban a las estribaciones de la cordillera. El terreno en aquel lugar era demasiado accidentado para los “moany”, que por su particular forma de moverse preferían la llanura.

Finalmente, a la semana de haber abandonado el campamento, alcanzaban los primeros y tupidos bosques.

Fidel había traído consigo la radio y establecía contacto cada tarde con la radio del campamento principal. Su padre le contaba las incidencias ocurridas y solía darle cuenta de la marcha de los trabajos junto a la Gran Cascada. Dificultades de orden técnico estaban retrasando los trabajos. Mientras tanto, el autoplaneta “Rayo” estaba agotando las últimas cantidades de uranio. Los informes que llegaban del autoplaneta eran alarmantes. En unas horas el “Rayo” se vería obligado a zarpar para elevarse hasta una órbita de satélite, donde se sostendría indefinidamente incluso con su reactor parado.

La marcha del “Rayo” significaba una paralización casi total de los trabajos al pie de la Gran Cascada. La planta eléctrica tendría que ser terminada sin la valiosa ayuda de la energía que había proporcionado el “Rayo”.

—Queda otra alternativa —dijo el Almirante—. Podemos sostener al “Rayo” aquí hasta que agote el último gramo de uranio.

—¿Qué ocurrirá en ese caso? —preguntó Fidel.

—Las matemáticas son concluyentes en este sentido. Sin energía eléctrica, la “dedona” de que están hechos el casco y el anillo del “Rayo” recobrarán todo su peso. Cada decímetro cúbico de “dedona” pesa cuarenta veces lo que un kilo de hierro, y el volumen total de la “dedona” del “Rayo” es de cuarenta y un millones de metros cúbicos. Sin energía eléctrica el autoplaneta se aplastaría como una pelota de gelatina, aniquilada por su propio peso.

—Papá, no sacrifiquemos al “Rayo”. De todos modos quizá no alcancemos a terminar la planta antes que se agote el uranio del “Rayo”. ¿Qué importa que tardemos más tiempo en obtener energía eléctrica? Todas las colonizaciones del mundo antiguo se llevaron a cabo sin máquinas ni electricidad. Aunque hubiésemos llegado a este mundo desnudos, sólo con nuestras manos y nuestros conocimientos no tardaríamos más de diez años en construir motores de gasolina, plantas eléctricas e incluso reactores atómicos. ¡Por favor, no sacrifiques al “Rayo”!

—Me alegra oírte decir eso, hijo. Yo también quiero salvarlo. Espero que nuestro pueblo sepa perdonarme esta debilidad.

—Sálvalo, papá. Nadie te criticará por ello. Todos queremos al “Rayo”.

—Está bien, hijo. Ya te diré lo que haya decidido.

Al día siguiente, el autoplaneta “Rayo” abandonaba el océano y se remontaba en el espacio para situarse en una órbita de satélite. Al atardecer podía vérsele como una rutilante estrella moviéndose en el cielo de Este a Oeste.

Fidel celebró esta decisión de su padre que ponía a salvo al autoplaneta. Entre los leñadores que trabajan como él era unánime el criterio de que el “Rayo” debía salvarse.

Todos los que estaban allí, a excepción de Woona, habían nacido a bordo del autoplaneta en el largo viaje desde la Tierra a Redención. El “Rayo” era algo más que su hogar. Realmente era su

mundo, su patria.

Los troncos, talados en grandes cantidades y arrojados al río, bajaban en favor de la corriente hasta el campamento, donde eran pescados del agua y trasladados a tierra.

Los hombres del campamento se sentían felices. Pasados los duros días de adaptación encontraban agradable un trabajo que sabían útil para el bien de la comunidad. Tenían agua fresca, caza en abundancia y confortables cabañas de troncos. La llegada de la electricidad podía esperar. No era urgente, y alguno incluso pensaban que ni siquiera necesaria.

Éste no era el pensamiento del profesor Ferrer, que con su tenacidad sin límites lograba poner en marcha la planta eléctrica al cabo de un mes, agotando al máximo sus posibilidades técnicas y el esfuerzo de sus hombres.

—Ya podéis regresar, Fidel —comunicó la voz gozosa del Almirante una tarde—. Ferrer acaba de poner en funcionamiento la planta eléctrica.

La energía eléctrica llegaba aquella misma noche al campamento. Desde aquí, la antena recuperadora la dirigió a la otra antena que los hombres del profesor Durero habían levantado en la cima de una montaña, sobre el yacimiento de uranio.

Al día siguiente, las poderosas "bulldozer", inmóviles desde que fueran desembarcadas en aquel lugar, se ponían en marcha removiendo miles de cantidades de tierra y de roca en busca del precioso uranio.

Cuando Fidel y Ricardo llegaron tres días más tarde a la vista del campamento, apenas pudieron reconocer la ciudad que se había levantado en la confluencia de los dos ríos. Era al atardecer y ya brillaban los focos eléctricos, que salían por encima de los tejados de las barracas señalizando el recto trazado de las calles.

Se había construido un muelle, donde las grúas sacaban los troncos del río. Cerca estaba el gigantesco aserradero. Los motores eléctricos zumbaban por todas partes; bombeaban el agua hasta los depósitos, impulsaban las máquinas y los camiones, los ventiladores y las batidoras domésticas…

Era el comienzo de una nueva época, la meta de salida para la definitiva conquista de un nuevo imperio.

Cuando los tres camaradas iban hacia el nuevo barracón de la

Plana Mayor, una casa de dos pisos de madera todavía fresca, Woona se detuvo de repente al ver tres hombres vestidos de pieles, barbudos, las grasientas crenchas de pelo ceñidas por pesados cascos de bronce, que iban mirando todo entre admirados y recelosos.

—¡Padre! —exclamó Woona. Y echó a correr hacia los barbudos personajes.

Los nativos eran muy ceremoniosos, y Woona saludó a su padre con respetuosas reverencias. Fidel y Ricardo se acercaron, pudiendo escuchar las palabras del padre de Woona:

—Hija, la más grata a mis ojos. Grande es mi contento al verte, pues los dioses saben que te creíamos muerta. Pero vives. ¡Estás más hermosa que nunca! ¡Has engordado, tus senos son más redondos y tu rostro tiene un nuevo brillo!

—Es que ahora Woona se lava todos los días, Jodred —dijo Fidel, que conocía por referencias el nombre del personaje.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Jodred.

—Su nombre es Fidel, y su padre es el Gran Jefe de los extranjeros, el que manda más. Le llaman el Almirante y todos le respetan mucho. Es el jefe más poderoso del mundo.

—Conocemos al Gran Jefe —dijo Amanto, el mayor de los hermanos de Woona—. Nos recibió en su palacio y nos habló de una forma extraña por una caja que hablaba con tu voz. Gran magia debe ser. ¿Cómo es posible que tú nos hablaras, si no estabas dentro de la caja?

—Eso no es nada —dijo Woona dándose importancia ante el regocijo de Fidel—. Cosas mucho más maravillosas he visto en el tiempo que llevo aquí. He volado en su pájaro brillante, he visto a sus bestias de hierro domesticadas arrancando la tierra a dentelladas, he navegado en sus barcos que se mueven sin velas ni remos, y hasta me han permitido cazar con sus cañas de truenos, que matan un búfalo a una distancia que no alcanzaría el mejor arquero. Pero, ¿cómo llegasteis hasta aquí? ¿Os capturaron?

—Los extranjeros dejaron regresar a los cuatro prisioneros que estaban contigo. Ellos contaron también grandes maravillas de esta gente. Nos dijeron que estabas con vida, y que el Gran Jefe de los extranjeros nos invitaba a venir a su ciudad. Vinimos muchos, pero los demás se quedaron fuera de la empalizada sin atreverse a entrar.

—¡Qué pusilánimes! —dijo Woona con desprecio—. Los extranjeros son gente buena y amable.

—Pero os torturaron después de cogeros prisioneros.

—No eran torturas, ese fue nuestro error. Nos tomaron sangre para ver cómo era. Nos miraron a través de una caja para ver cómo éramos por dentro.

—¡Increíble! —exclamó Loganho, el menor de los hermanos de Woona—. ¿También pueden ver dentro de uno sin abrirte el vientre?

—Ellos son magos. Lo pueden todo —aseguró Woona.

—Pues si son tan poderosos, ¿por qué nos ha hablado el Gran jefe con palabras de amistad? El hombre poderoso no tiene que suplicar la amistad del débil. Lo hace su esclavo o le corta la cabeza.

—Sois unos bestias —dijo Woona—. Los extranjeros entienden la vida de forma distinta a nosotros. Su gran poder les permite ser generosos, pues a nada temen ni nadie puede contra ellos. No tienen esclavos ni criados, su religión se lo prohíbe. Reparten su riqueza y su comida entre todos, y viven felices y contentos porque hay suficiente comida para todos. Pero cuando no tienen comida, se reparten lo que tienen. Son muy sabios.

—¿Y por qué han venido al País de Amintu? ¿Qué esperan de nosotros? —preguntó Jodred.

—No os pedimos nada, Jodred —contestó Fidel—. Sólo que nos permitáis vivir en paz y que seáis nuestros amigos. En adelante la riqueza su repartirá por igual entre nosotros y vosotros. Seremos como hermanos, un sólo pueblo.

—¿Repartiréis con nosotros vuestra comida? ¿Qué hemos hecho para merecer tanta magnanimidad?

—Nosotros necesitamos una tierra donde morar, y vosotros tenéis esta tierra. Es vuestra, sin duda alguna, pues llegasteis los primeros. Sólo os pedimos que la compartáis con nosotros.

Jodred se rascó la nuca inclinando el casco de bronce sobre su morena frente.

—Bueno, si se trata sólo de eso… Hay mucha tierra para que quepamos todos. No creo que nadie se oponga a vuestra presencia. Aunque siendo tan poderosos, tampoco sé cómo podríamos oponernos.

Fidel sonrió mientras el rudo Jodred se volvía hacia sus hijos y les decía:

—Salid a la empalizada, hablad a esos cobardes y decidles que vengan. El Gran Jefe nos ha invitado a cenar.

Los dos mozarrones echaron a correr y Fidel tomó la mano de Woona diciendo:

—De acuerdo, vamos a cenar. Celebraremos con un gran banquete nuestra alianza. Por cierto, ¿sabes besar?

—Nunca lo he probado. Debe ser cosa buena, pues vosotros lo hacéis —respondió Woona.

Fidel la tomó por los hombros, se inclinó y la besó en los labios ante la extrañeza de Jodred.

—Es bueno —aseguró Woona sonriendo con los ojos a Fidel—. En realidad, ¿qué expresa un beso?

—Alegría… y amor. Hoy es un día feliz para todos nosotros. Vamos.

Y tirando de la mano de Woona la llevó consigo, adelantándose a Ricardo Balmer y a Jodred que iniciaban una profunda conversación.

En el cielo, sobre sus cabezas, un punto luminoso se movía velozmente en el espacio. Era el autoplaneta "Rayo". Desde él podían divisarse las resplandecientes luces de la ciudad, las primeras en este nuevo mundo.

F I N